

**EL LIBRO
DEL CENTENARIO**



R. LAURENTIN **Vida de
Bernadette**

Vida de Bernadette



Cuanto más sencillo se escriba
será mejor.
A fuerza de querer adornar
las cosas.
se las desfigura.

Santa Bernadette
en su lecho de muerte, abril de 1879

El relato que sigue no es un relato novelado. Los nombres, los hechos, los diálogos y las citas (en cursiva) se han sacado escrupulosamente de los documentos. Se han excluido las ficciones, que todavía hoy abundan en muchas obras. Podrá verificarse la exactitud de cada dato en los volúmenes en que hemos establecido el relato de las apariciones y la vida de Bernadette, *Lourdes, documents authentiques; Lourdes, histoire authentique; Logia de Bernadette*. A éstos remitimos al lector mediante referencias muy breves (véase la tabla de siglas en pág. 258).

'Patois de Lourdes'

Hasta las apariciones, Bernadette sólo hablaba el 'patois de Lourdes', como ella lo designa. Y en ese dialecto de la lengua arcana recibió las comunicaciones de Virgen. Por motivos de autenticidad el relato que sigue da algunas expresiones típicas o insustituibles.

*¿Cómo transcribir ese dialecto? A hi está la manzana de la discordia. Hay en efecto dos escuelas: la École Occitane y la École Gaston Fébus, cuyas grafías difieren, sin que coincidan tampoco con las grafías improvisadas de los documentos de la época. Estos problemas han sido estudiados a fondo en *Lourdes, histoire authentique* (6 tomos), mediante consultas a representantes de ambas escuelas. Para cada palabra de la Virgen se hallará una confirmación entre la ortografía de las *fuentes* y la transcripción según los principios de las dos escuelas citadas.*

La presente obra, destinada a un público mucho más amplio, no puede entrar en esos problemas. Nos hemos decidido por transcribir el *patois* de la manera más próxima a los documentos, con unas convenciones especiales, para evitar controversias y equívocos interminables que surgen en materia de habla local, ya se trate de la Salette, Lourdes o Pontmain.

1º Emplearemos el *acento* como acento tónico. Tal uso se ignoraba en tiempo de Bernadette, pero .y m ha impuesto (los acentos agudos o graves nos atraerían los reproches de especialistas, cuya competencia respetamos).

2º Por consiguiente, recordarnos que ni en el occitano ni el dialecto concreto de Lourdes existe la *e* muda; hay que pronunciar *é* o *è*, según los casos. Esto tiene singular importancia de cara a evitar confusiones sobre la

palabra *Aqueró*, que Bernadette empleaba para designar la aparición; véase pág. 58.

Quiero dar las gracias al padre Point y al equipo de Misioneros de la Inmaculada Concepción, originarios de Lourdes, que han revisado fructuosamente las transcripciones.

René Laurentin

**Vida
de
Bernadette**

1979

Versión castellana de CLAUDIO GANCHO, de la obra de
RENÉ LAURENTIN, *Vie de Bernadette*

ÍNDICE

PREFACIO.....	7
LOURDES	13
LOURDES	13
LA INFANCIA DE BERNADETTE	14
LAS TRES PRIMERAS APARICIONES.....	32
LA QUINCENA DE LAS APARICIONES.....	45
ÚLTIMAS APARICIONES.....	77
TESTIMONIO A LOS CUATRO VIENTOS.....	85
BERNADETTE PROTEGIDA.....	96
LA PASTORA Y EL ESCULTOR.....	105
LA VOCACIÓN DE BERNADETTE.....	110
NEVERS.....	122
NEVERS.....	122
EL NOVICIADO.....	123
LA PROFESIÓN RELIGIOSA.....	138
BERNADETTE ENFERMERA.....	141
ÚLTIMOS EMPLEOS ACTIVOS.....	151
EL EMPLEO DE ENFERMA.....	155
SANTIDAD COTIDIANA DE BERNADETTE.....	165
LAS PRUEBAS DE BERNADETTE.....	170
NOCHE Y NIEBLA.....	185
LOS ÚLTIMOS MESES	193
TRÁNSITO DE BERNADETTE.....	199
SIGLAS.....	208

PREFACIO

de Monseñor Donze, Obispo de Tarbes y Lourdes

Hace cien años, el 16 de abril de 1879, moría en el convento de Saint-Gildard, en Nevers, sor Marie Bernard Soubirous. Y con motivo de ese centenario he aquí un nuevo libro sobre lo que fue su vida, una vida muy corta, de treinta y cinco años.

Debemos la obra a uno de los máximos conocedores actuales de la historia de Lourdes. René Laurentin ha consagrado, en efecto, una veintena de volúmenes al estudio científico de los sucesos que allí ocurrieron hace ciento veinte años. En las páginas que siguen ha puesto a contribución la riqueza y seriedad de esa documentación. Nada hay de novelado en este relato: los nombres, los hechos, los diálogos, están sacados escrupulosamente de los documentos que el autor ha estudiado de un modo crítico, excluyendo cualquier ficción. En una palabra, se trata de un libro para reencontrar a Bernadette en su verdad, en sus gestos y en sus palabras auténticas, y para recibir las lecciones de su vida, animada por completo, hasta la hora de su muerte, por el mensaje recibido de la Virgen.

Un segundo atractivo de ese testimonio conmovedor y verídico, que todos los lectores advertirán en seguida, se halla en el estilo vivo, concreto y límpido con que el autor nos lo presenta. Nada de divagaciones; al contrario, frases sencillas, cargadas de sentido y que nos hacen reflexionar, con detalles vivamente captados y anotados de forma concisa. El resultado ha sido una historia palpitante, en que se redescubre el cándido frescor de la pequeña vidente de Massabielle y la sorprendente fuerza de carácter de la joven religiosa que fue después.

Bernadette Soubirous fue beatificada antes de los cincuenta años de su muerte, y canonizada el 8 de diciembre de 1933, apenas ochenta y nueve años después de su nacimiento. Entre los hombres y mujeres a los que la Virgen se ha aparecido en el curso de los siglos XIX y XX, Bernadette es la única que comparte esa gloria con Catherine Labouré.

De hecho vivió cada día una creciente santidad evangélica

extraordinariamente pura, simple y desnuda. Los trabajos históricos, teológicos y pluridisciplinarios, que desde hace treinta años vienen multiplicándose sobre ella, han puesto cada vez más de relieve que la santidad de Bernadette era una santidad pobre e imitable, en estrecha armonía entre la naturaleza y la gracia. Es una santa a nuestro alcance, una santa para nuestro tiempo, testigo anunciador de la Iglesia de hoy, llamada a vivir, como ella, un misterio de servicio y de pobreza, en la esperanza.

Todo eso y más se encuentra en la obra que me complace presentar aquí, a unos meses vista del año en que celebraremos el centenario del día en que Bernadette entró en la felicidad del cielo, que le había prometido la Virgen Inmaculada. Por lo serio de su información, por su presentación accesible a todas las culturas, por el calor de su estilo y su densidad espiritual, nos permitirá vivir más intensamente ese acontecimiento. Y por ello merece con toda justicia el título de *Libro del centenario*.

Deseo que sean muchos los cristianos que lo lean y mediten.

Tarbes, 11 de febrero de 1978



Bernadette en 1864

PRÓLOGO

¿Quién es Bernadette?

Bernadette Soubirous, la vidente de Lourdes, murió a los treinta y cinco años de edad, el 16 de abril de 1879, en el convento de Saint-Gildard de Nevers, después de 13 años de vida religiosa y 21 años después de las apariciones de 1858.

Sólo ella habla visto a la Virgen en el hueco de la roca, y sólo sobre el testimonio de esa muchacha pobre, iletrada y despreciada, se fundó Lourdes y, todavía hoy, acuden allí cada año cuatro millones de peregrinos y visitantes.

Al anuncio de su muerte acudió la multitud para ver en su féretro a la que había ido allí para ocultarse.

Todavía hoy, en Nevers, continúa la afluencia de gente ante el sarcófago en que reposa su cuerpo, exhumado intacto después de su beatificación, el 15 de agosto de 1925, transcurridos menos de cincuenta años después de su muerte. Pio XI la canonizaría ocho años más tarde, el 8 de diciembre de 1933, en la festividad de la Inmaculada Concepción.

De haber vivido, en aquella fecha Bernadette hubiera tenido 89 años.

Desde entonces Bernadette no ha cesado de manifestar su importancia: justamente la de una santidad de nuevo cuño, que el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia del siglo XIX: una santidad puramente evangélica.

Y, sin embargo, es Bernadette la más secreta de todas las santas. Quienes han afirmado esto no pensaban tanto en los 'secretos' que guiaron su vida como en la calidad íntima de una santidad sin obras ni escritos ni triunfos humanos. Una santidad de pobre.

El secreto de esa santidad escapó a su propia maestra de novicias, mujer notable y santa a su manera, que no quería oír hablar de la canonización de Bernadette. ¿Tenemos nosotros mayores probabilidades de captar ese secreto? Sí, pero en el sentido de Bernadette: a fuerza de sencillez. Ella decía:

La pasión me conmueve más cuando la leo que cuando se me explica

(L 576).

Y a los historiadores de Lourdes:

Cuanto más sencillo se escriba será mejor... a fuerza de adornar las cosas se las desfigura (L 550 y 576).

Su vida, sin introspección ni artificios, nos invita a evitar el comentario y a presentar simplemente sus hechos, gestos y palabras lo más cerca posible de los documentos auténticos. Ésa es la mejor probabilidad de revelar su secreto, que es el de una transparencia.

La vida de Bernadette es una ilustración ejemplar de esta palabra del Evangelio:

'Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra; porque has ocultado estas cosas a sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla' (Mt 11,25; Lc 10,21-22).

La santidad de los pobres

Esa luz, oculta a los sabios y eruditos y revelada en cambio a los pequeñuelos, es la de Bernadette. Bien pronto lo descubrieron los más perspicaces.

Desde el tiempo de las apariciones la joven Antoinette Tardhivail, a quien su escasa salud impedía realizar su vocación de carmelita, hace este descubrimiento en la pequeña aldea en que los Soubirous son unos desarraigados y con mala reputación:

Sus padres son muy pobres... tan pobres como lo fue nuestro Señor sobre la tierra, y en esa niña ha puesto los ojos María, prefiriéndola a tantas jóvenes ricas, que en este momento envidian la suerte de aquella a la que habrían mirado con desprecio, y que se consideran dichosas de poder abrazarla o tocar su mano (Carta del 29 de marzo de 1858, D5 p.77).

Cuatro años más tarde (18 de enero de 1862) el obispo, sin haber leído esta carta íntima, saca la misma conclusión, en la instrucción en que reconocía la autenticidad de las apariciones:

¿Cuál es el instrumento del que se va a servir el Todopoderoso para comunicarnos sus designios de misericordia? Una vez más será aquello que hay de más débil en el mundo: una niña de 14 años... nacida... de una familia pobre.

Y Bernadette escribe lo mismo en el momento en que cobra

conciencia de su vocación, en esta plegaria íntima a la reina del cielo:

¡Qué dichosa era mi alma, oh mi buena madre, cuando tuve la dicha de contemplaros...! Sí, os habéis abajado hasta la tierra para apareceros a una débil niña... Habéis querido servir de lo que había de más débil según el mundo (ESO, pág. 187).

Aquella a quien Bernadette dirigía esa oración debió reconocerse en ella, pues había dicho:

'Porque grandes cosas hizo en mi favor el Poderoso... puso sus ojos en la humilde condición de su esclava. Y así, desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones' (Lc. 1,48-49).

Este fragmento del *Magnificat*, el cántico de los pobres, nos ilumina la vida cotidiana de Bernadette.



I

LOURDES

(1844-1866)

La infancia

Las apariciones

El testimonio

LA INFANCIA DE BERNADETTE

(1844-1858)

Bernadette Soubirous nació el 7 de enero de 1844, en Boly, el penúltimo de los cinco molinos escalonados, en unas cuantas docenas de metros, sobre el escaso caudal del riachuelo Lapaca, entre la enorme roca coronada por el castillo y las colinas de pastos y bosques que se alzan suavemente hacia Bartrès.

Matrimonio de amor

Hay alegría en el molino. Bernadette fue una niña deseada. Su nacimiento colma un matrimonio de amor, cuya historia, nacida de una desgracia, es ésta.

El 1.º de julio de 1841, Justin Castérot, el molinero de Boly, muere en un accidente de carreta, en el camino de Pouyferré. Su viuda, Claire, está ante el corpachón enharinado, que van a enterrar. Ahora la mujer tiene que pensar en su problema. En ese molino, cuya rueda ha dejado de girar tiene cuatro hijas mayores y dos niños de corta edad. El difunto se sentía propietario; pero en realidad no lo era. Y aquella gente sin letras no comprendía una palabra de aquella situación complicada, en la que lo más claro era la obligación de pagar un canon (*fiou*) anual de 130 francos-oro.

Había que casar en seguida a Bernarde, de 19 años, con un muchacho del oficio. La viuda Castérot tanteó a François Soubirous, del molino Latour, todavía soltero a los 34 años. Éste no se hizo rogar, acudiendo al molino amable y sonriente, pero sin soltar prenda sobre el casorio. ¿Qué pensamientos bullían detrás de aquella frente espaciosa, amable y obstinada?

Al final se pudo adivinar su idea. La que 'interesaba' a François no era Bernarde, sino su hermana menor, Louise, una rubia de ojos azules. Cuando se le hizo confesar esta anomalía, evitó las razones sentimentales, que no tenían curso legal entre la molinería de Lourdes del siglo XIX:

—*Louise es mejor anta de casa* —argumentó.

Lo evidente era lo contrario. Bernarde era una mujer con cabeza y con su autoridad donde las hubiera. Además, Louise no tenía más que 17 años; era demasiado joven. Y no era conveniente casarla antes que a la mayor. François no opuso ningún argumento. Allí estaba tenaz y sonriente. Tenía que tomar partido: o se casaba con la que él quería, o no se casaba con ninguna.

Nacimiento

La boda se celebró el 9 de enero de 1843; y Bernadette nació el 7 de enero, un año después. Al día siguiente, según la costumbre, François, orgulloso y desmañado, se fue con la niña a la alcaldía, y al otro, 9 de enero de 1844, aniversario del matrimonio de los padres, se celebró el bautizo de la recién nacida, en el antiguo baptisterio de granito, en el que aún hoy se sigue bautizando a la gente de Lourdes.

Bernadette lloró. ¿Hay que ver en ello un presentimiento de la extraña promesa que recibió de que 'no sería dichosa en este mundo'? En el mismo sentido habla otro símbolo: el ruido familiar de sus primeros años fue el de las muelas y el grano de trigo molturado, con el que se identificará en su lecho de muerte al decir: 'Estoy molida como el trigo'.

La fiesta del 9 de enero de 1844 dejó este simple recuerdo, consignado mucho más tarde 'en patois de Lourdes':

Uo tisto de crespèts è bouteilles de pichè sus era taoulo. On fit une ronde.

Cualquiera puede traducirlo, si sabe que *tinto* es un gran cesto de amplios bordes; *crespèts*, buñuelos, propios de las fiestas; *pichè*, califica unas grandes botellas de 2 a 3 litros, y *taoulo* significa, mesa.

'La heredera'

Cinco eran las mujeres dispuestas a velar la cuna de Bernadette: desde la abuela a la tía pequeña Lucile, que tenía cuatro años. La autoridad allí era Bernarde, 'la heredera'; porque, según la costumbre de Bigorre, el primer nacido, sea varón o mujer, lleva ese título y honor..., haya o no herencia, y su consejo prevalece sobre el de los menores, chicos y chicas.

También Bernadette había nacido 'heredera'. Por lo cual tendrá siempre conciencia de sus deberes familiares.

El amor que rodeó su primera infancia será, a lo largo de su vida, una de las raíces fuertes de las que sabe servirse la gracia para forjar a los santos...

En cuanto a la madre, Louise, dulce y paciente, confusa por haber usurpado con su matrimonio feliz el privilegio de su hermana, aceptaba sin recriminaciones el compartir su hija.

— *Me conocía tan bien como a su madre*, decía orgullosamente tía Bernarde.

Mas, para Bernadette, el punto de referencia fundamental era el silencio y la sonrisa del hombre del molino, su padre, orgulloso como estaba de su primogénita. Para la nueva 'heredera' la imagen regia del libro de su infancia es aquella gorra grande y empolvada de blanco y los ojos (François conservaba todavía los dos) que le miraban con ternura. Así arraigó en ella una seguridad profunda, que se mantendrá indestructible, pese a los embates para desintegrar la roca. El resultado habría podido ser fatal, si esos cimientos humanos no hubieran sido para Bernadette símbolos de otra realidad más honda, la que evocaba al atardecer de cada día el rumor de unas voces rudas al filo del sueño: *Padre nuestro, que estás en los cielos*. Era la hora en que callaba el ruido de las muelas y poco a poco se iba alzando en el silencio el canto del arroyo.

Bernadette no sabía que Soubirous significa 'soberano'. Pero una imagen soberana, la de Dios, compartida en la simplicidad de una existencia cercana a la naturaleza, habitó su infancia, y le dio este orgullo en la humildad que marca toda su persona.

Bartrès

La llegada de la desgracia no esperó a que terminase el año del nacimiento. Una tarde de noviembre de 1844 Louise, de nuevo encinta, se sienta al amor de la lumbre. La candela de resina, colgada de la chimenea, cae sobre ella que se despierta entre llamas. Ya no podrá seguir amamantando a Bernadette a causa de las quemaduras de sus pechos.

Tía Bernarde busca una nodriza. Precisamente en Bartrès, sobre la colina cuyas pendientes descienden hasta el molino, Marie Laguës acaba de perder a su primogénito Jean, con apenas 18 días. Y acepta gustosa amamantar a la niña. Se hace cargo de Bernadette por 5 francos al mes, pagaderos en moneda o en trigo. Bernarde permanece allá arriba 8 días a fin de acostumbrar a la niña.

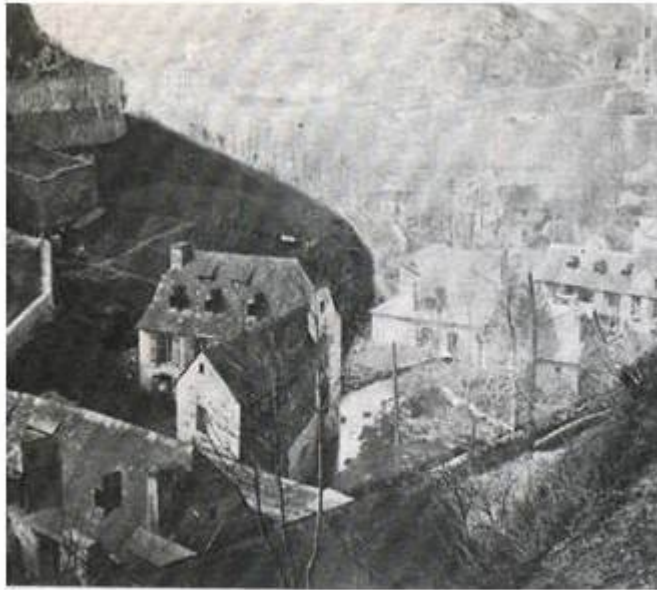
Pero el visitante más asiduo de Bernadette es su padre François. Jamás se le había visto tanta frecuencia sobre la cuesta de 4 kilómetros que sube a Bartrès, so pretexto de recoger trigo, entregar harina o tratar con algún cliente. Bien pronto señala fechas para volver a recuperar a su hija. Marie Lagües se resiste, porque se ha aficionado a la niña. No puede resignarse a ver la cuna vacía. Pero también en Boly está vacía la cuna. El pequeño Jean Soubirous, nacido el 13 de febrero de 1845, ha muerto el 10 de abril. Y en diciembre de ese mismo año destetan a Bernadette...

Marie Laguës se mantiene firme; continuará con la niña *gratis*... Y sólo la devuelve el 1.º de abril de 1846, cuando está segura de un nuevo embarazo, que tanto deseaba. Y todo ello se trata en la forma lenta y ceremoniosa de la cortesía campesina. Al ir a recoger a la pequeña, Louise Soubirous deja un pañuelo de regalo. Bernadette, con 2 años y cuatro meses, vuelve a encontrar, con la primavera, el ruido de las muelas y el rumor del agua, que ahora será ya peligrosa para sus pasos independientes y curiosos.

Gracias y desgracias en Boly

En 1848 llega la separación entre la familia Soubirous en tutela y el clan Castérot. Bernarde, seducida por Tarbès, ha sido madre antes de que los padres de su galán autorizasen el matrimonio. Claire Castérot abandona el molino con sus hijos solteros. En Boly, François y Louise se sienten muy extraños al volver a encontrarse por fin solos, como dos enamorados. ¡Que ligera resulta la vida sin las miradas, las réplicas y los consejos de todos los instantes!

Hubo otro acontecimiento que no pudo escapar tampoco a Bernadette. Su padre, François Soubirous, 'picaba' sus muelas, demasiado alisadas. El martillo golpeaba a buen ritmo; pero de pronto, se detiene con un grito. Y he aquí que llega con la mano sobre el rostro: el ojo izquierdo ha sido alcanzado de lleno por una esquirla. No tiene salvación. En adelante François tendrá que ocultar su enfermedad con ese guiño que tiene en las fotos para ahorrar a los demás la vista de su desgracia.



Barrio de los molinos: abajo, Savy



Molino de Savy

La pasión de los Soubiours

¿Están los Soubiours en trance de revivir la aventura de Job? El dinero falta en el molino, sin que sus moradores sepan bien por qué. La verdad es que trabajan y, pese a la competencia, siempre hay gente. Pero es que estas buenas gentes tienen un corazón demasiado generoso para ser buenos administradores en tiempos difíciles. Acogen bien a los pedigüños, incluido un tal Michel Garicoïts. Les dan lástima los insolventes, y no escatiman el adelantarles trigo y harina 'hasta la próxima cosecha'.

— *Ya pagaréis cuando podáis*, dice Louise.

A los clientes que llevan el trigo o recogen la harina, la molinera les

sirve siempre algo: vino, queso y a veces buñuelos como en el bautizo de Bernadette. Los sabe hacer muy bien. ¿Y por qué escatimar el aceite y la harina que abundan? El ambiente es alegre y animado; pero el rendimiento nulo. Ese ambiente ahuyenta a la clientela 'seria' y fija a la 'mala', la que nunca paga. Los vencimientos se hacen difíciles.

En 1854, cuando Bernadette cumple 10 años y Pío IX define el dogma de la Inmaculada Concepción, hay que mudarse. Y Bernadette abandona el alegre molino de su infancia.

El mobiliario lo trasladan a la casa Laborde y el padre empieza a buscar aquí y allá trabajos precarios para ganarse el pan de sus cuatro hijos, pues después de Bernadette, Louise ha da a luz a Toinette (1846). Jean-Marie (1851) y más tarde a Justin, el 28 de febrero de 1855.

El molinero François ha pasado a ser un 'bracero'. La palabra dice bien lo que significa: el hombre que cada día alquila sus 'brazos' al precio de su fuerza bruta: 1,20 francos por término medio, menos que un caballo o un mulo, cuyo alquiler diario alcanza 1,55 francos al día.

Una familia de 5 personas necesitaba, según el *Indicrateur des Hautes Pyrénées* (Paris 1856), 523 francos anuales como mínimo vital, es decir, para no morir. Los Soubirous eran 6. Con los domingos, las fiestas y los días de paro están lejos de alcanzar esa cifra. También Louise se ha puesto a trabajar: mujer de limpieza, coladas, trabajos agrícolas. Bernadette cuida de Justin. Cuando grita de hambre se lo lleva a su madre para que lo amamante —en verano, a la sombra de las gavillas— con la poca leche que puede darle una madre mal alimentada y seca por su trabajo rudo bajo la canícula. De los nueve niños que alumbrará cinco no alcanzarán la edad de 10 años.

Cuando no tiene empleo, las dos hijas mayores se van a recoger leña, huesos o chatarra, todo cuanto quiera comprarles por algunos céntimos la trapería Letchina de Barràou, que luego lo revende al trapería mayorista, Casteret. Ni hablar de la escuela para Bernadette.

En el otoño de 1855 se abate sobre Lourdes la epidemia del cólera, desencadenando esas diarreas torrenciales que deshidratan a una persona en pocas horas y la reducen al estado de cadáver.

El 23 de septiembre se cuentan ocho muertos, el 10 de octubre son ya treinta. En el momento en que otros huyen, las calamidades descubren a

los hombres de corazón: el abate Peyramale, nuevo párroco, llegado a Lourdes el marzo anterior. Y después el comisario Jaconet, siempre en la brecha con su amigo, el sargento de caballería de Angla. Friccionan a porfía con manojos de paja a los enfermos. Es el tratamiento que ha prevalecido en Lourdes. Bernadette escapa por los pelos; pero su salud, cada vez más débil desde los 6 años, llega a un nuevo grado de deterioro. A pesar de las recetas de Rosine Maillet, la partera, el asma no la dejará.

El 22 de octubre de 1855 Claire Castérot, la abuela materna, que ha escapado de la epidemia, muere catorce años después que su marido.

Su muerte restablece la situación financiera de la familia. De sus economías, 900 francos les tocan a los Soubirous. Compran un poco de ganado, esperando rehacerse con algunos terneros, vacas, cerdos y aves de corral. Invierten más de lo que tienen y toman en arriendo el molino de Sarrabeyrouse, sobre el Echez, en la aldea de Arcizac-ès-Angles, a 4 km de Lourdes. Pero el contrato que dan a firmar a Soubirous, aprovechándose de que es analfabeto, es ruinoso. Y aquello apenas dura un año. Al primer vencimiento tiene que volver a partir, sin la menor esperanza de encontrar a nadie lo bastante loco como para arrendarle el molino.

Cada vez se hunde más. La afección mutua se ve puesta a prueba por un dato material indiscutible: 'Demasiadas bocas que alimentar', según la expresión de Bernadette (H2, p. 30, nota 85).

Habrá que tenerlo en cuenta para sobrevivir.

Moza en una taberna

Durante el invierno de 1856/57 los Soubirous se resignan a separarse de 'la boca que alimentar' número 1. Su madrina, tía Bernarde, se la lleva como chica de servicio. Bernadette la ayuda a cuidar de la casa y de la taberna que la tía ha heredado de su primer marido, en el cruce de las calles Bourg y Baous. Bernadette se ocupa de sus primos, hace la colada, echa remiendos, es una costurera excelente y sirve en el mostrador. Es dócil a la autoridad de su tía Bernarde, que gobierna con mano dura cuando es necesario..., pero Bernadette se siente inclinada a la generosidad, como lo eran sus padres en Boly. Y eso es más fuerte que su docilidad ejemplar. Tiene una manera propia de llenar la medida de estaño en el mostrador de la taberna, y así en el fondo queda un sorbo cuando ha llenado la botella. Y de decir a su amiga Jeanne-Mario Caudeban, que lo ha contado (o a otras amiguitas):

—*¡Bébetete eso, María!*

En Lourdes, el vino, que era relativamente escaso, se consideraba como un tónico y un remedio prestigioso.

El calabozo

A comienzos de 1857, con el agravante del paro, los Soubirous son expulsados de su ruinoso vivienda: le casa Rives. Al ponerlos en la calle, el casero se queda con el armario en prenda. La mudanza se hace cada vez más ligera. ¿Dónde encontrar un techo? ¿Dónde encontrar algo peor? Nadie quiere ya a los Soubirous. La última suerte que queda por tentar es el 'calabozo': 'un tugurio infecto y sombrío', como lo describió el procurador Dutour, en su informe de 1.º de marzo de 1858.

Era la pieza inhabitable de la antigua prisión, abandonada en 1824 por su insalubridad. Jean-Pierre Taillade, el comprador, había hecho saltar las rejas de la ventana, pero no le había quitado ni la humedad ni el mal olor, un olor acre de estiércol de aves de corral. André Sajous, primo de los Soubirous, al que su tío Taillade había legado en vida la casa destartalada, había abierto una segunda ventana, pero siempre sobre el mismo corral. Y hete aquí a François, que llama a la puerta de su primo:

— *¡Yo no estaba contento!*, reconocía Sajous. *Tenían cuatro hijos. Yo tenía cinco. Comprendía que mi mujer, muy buena, les daría mi pan.*

Yo albergaba allí a los españoles que venían a cavar durante el invierno, y se acostaban allí sobre las losas, con su manta, y muchas veces sin paja...

Aquellos inmigrantes del otro lado de los Pirineos representaban entonces el último grado de la miseria en Lourdes: 'un hatajo de españoles', según la expresión despectiva de Zola en su diario de investigación en Lourdes. Los Soubirous habían caído en ese nivel del 'hatajo', como lo ilustra una historia de entonces.

La pequeña Amanda Jacomet, hija del comisario, que tiene 5 años, termina su primera labor de punto: un par de pequeñas medias blancas.

— *Tenemos que dárselas al primer niño pobre que se presente, que seguramente será un español*, dice la señora Jacomet, llevada de su buen corazón.

Pero fue el hermanito de Bernadette el que se presentó primero sin calcetines.



El calabozo

Los españoles habían abandonado el 'calabozo' a finales de aquel invierno de 1856, aunque volverían sin duda al invierno siguiente; era, pues, un dinero que Sajous, dejaría de ganar.

Sajous demora la respuesta hasta la noche, y habla antes con el tío Taillade, que le había legado el calabozo. Y la conclusión se impone:

— *Están en la calle; hay que darles alojamiento.*

En la sombría pieza de 3,72 x 4,40 m encajan como pueden las dos camas (harían falta tres para seis personas), después la mesa, dos sillas, taburetes para los niños, un pequeño armario y el baúl que ahora ya basta para el vestuario y ropa de la familia, incluidas las sábanas. Todo está limpio. Pero no tardarán en descubrir los parásitos de los ocupantes anteriores.

El hambre

En 1856 ha arreciado la escalada de la miseria. El 26 de agosto el procurador general de Pau expide a Paris un informe alarmante y confidencial:

La recolección de grano es, por término medio, la tercera parte de una cosecha normal. El oidio que, desde hace tres años, arruina toda vendimia, ha llegado al máximo. El maíz, que en el mes de mayo estaba a 13 francos, está ahora en los 27. El trigo ha llegado hasta 42 francos.

El hambre está en el horizonte, y el problema es doblemente insoluble, continúa el informe, porque no hay ferrocarril para llevar trigo, ni la población pobre tiene dinero para comprarlo. Y en el 'calabozo' ese hambre se deja sentir con mayor fuerza. Bernadette intenta hacer sopas de hierbas, que solo alimentan a la imaginación...

Un día de aquel trágico invierno Emmanuélite Estrade, que rezaba en la iglesia, queda sorprendida al escuchar un ruido extraño del lado de los catafalcos. ¿Y qué descubre? Un niño desconocido que rasca, como un ratoncillo, la cera caída de los cirios. ¿Qué es lo que no se come cuando se tiene hambre? El niño no quiso jamás decir su nombre. Pero será durante las apariciones, el 23 de febrero de 1858, cuando Emmanuélite identificará a Jean-Marie, el hermanito de Bernadette, que más tarde olvidó (y rechazó) ese recuerdo de infancia (H2, p. 224).

En prisión

Al finalizar aquel invierno sombrío, el 27 del mes de marzo de 1857, la gendarmería se planta en el 'calabozo'. Y se lleva a François Soubirous como un malhechor. En la panadería de Maisongrosse han robado dos sacos de harina la noche anterior. Y el panadero acusa a François Soubirous, al que en septiembre de 1856 le había contratado para entregar harina en Luz. En su favor depone este testimonio:

Durante el tiempo que estuvo conmigo, no he tenido motivo alguno para quejarme de su fidelidad. Pero añade:

Es su estado de miseria lo que me induce a creer que pueda ser el autor de ese robo (informe del procurador, 31 de marzo de 1857).

El argumento impresiona. Los gendarmes se incautaron de los borceguies del antiguo molinero y lo condujeron descalzo a casa del panadero para proceder a la investigación. Las huellas del ladrón tenían poco más o menos 'el mismo tamaño' que los borceguies, subraya el informe, aun reconociendo que difería la disposición de los clavos. François Soubirous añadía que 'la forma de los borceguies era mayor que la de las huellas'.

¿Le dejarán libre? No, porque la investigación que se hizo en su casa halló un tablón. ¿De dónde procedía? François Soubirous se turbó. Aquel trozo de madera llevaba mucho tiempo abandonado contra un muro en la calle de Petits Fossés, y él lo había cogido con su haz de leña al volver de Bartrès. En lugar de la harina, se tenía por fin el 'robo', pues la miseria del antiguo molinero resultaba sospechosa. Fue encarcelado, mientras que el tablón 'se depositó en el ayuntamiento' para devolvérselo a su eventual 'propietario'. Nadie se presentó, y con razón. El tronco tendrá un empleo al año siguiente: sujetará el letrero que prohibirá el acceso a la gruta a partir de junio de 1858.

En su prisión François soñaba con los suyos, hundidos en la ignominia y más castigados que él por el hambre, ya que les faltaba su jornal.

El 4 de abril el procurador puso fin a su detención preventiva por 'razones de humanidad', según los términos del informe. La investigación terminó por sobreseimiento; pero la reputación de los Soubirous había caído hasta lo más bajo. Además de estar tuerto y de que sus negocios van mal, a François se le trata de gandul e incapaz. 'Bebe', le acusan del lado de los Castérot; 'es ella la que bebe', dice el clan de los Soubirous. Todo ello sin gran fundamento, pero la debilidad y subalimentación hace que a veces prefieran un vaso de vino a un alimento más 'normal' para animarse en la tarea. En la región todo el mundo compartía entonces la idea corriente de que el vino 'da fuerzas' (LHA 1, p. 77-80).

Y he ahí a François hundido en la categoría de los ladrones.

Sólo dos cosas sostuvieron su orgullo: ante todo Louise, valiente y sin reproche. Permanecieron unidos en la desgracia como lo habían estado en la felicidad. Jamás 'hubo palabras' entre ellos, reconocen los miembros de la familia, que sin embargo intentaron soliviantar al uno contra el otro.

Y hay algo también que los reúne por encima de ellos mismos. Cada tarde, a través del suelo del primer piso, el primo Sajous oye las voces de los Soubirous que 'gritan' la oración de la noche en francés; un lenguaje que Bernadette no comprendía. Pero a través de unas palabras oscuras ella alcanza una presencia. La ha recibido como algo natural. Y para ella es un sostén por los campos de Bartrès...

Bartrès, 1857

Vemos que sube a casa de su nodriza en septiembre de 1857. Por razones muy prosaicas. El problema es siempre el mismo: la boca de más que hay que alimentar. Pese al placer de estar todos juntos, una boca menos supone un poco más para cada uno a la hora de repartir las pequeñas raciones, que cada uno querría ver convertirse en raciones 'así de grandes'...

Desde marzo de 1858 la vida de Bernadette en Bartrès va a estar envuelta en la leyenda. En los periódicos correrán historias maravillosas en un tono admirativo o irónico: su rebaño había vadeado milagrosamente el torrente acrecentado por la tormenta. Y para asombro de todos las lluvias

no la habían empapado. Bernadette desmintió tales leyendas, pare decepción de sus admiradores.

Nada de idealizaciones ni un paraje encantador, cargado para ella de deberes austeros, ni tampoco el misticismo de la pastora.

Su condición ha inspirado mitologías no menos irreales para el amor de Dios, que las de Honoré de Urfé para el amor humano de los pastores del siglo XVII.

Para Bernadette, Bartrès no es el idilio campestre, el santo Trianón con que sueñan los turistas. Su alimentación es austera; la carne no hace su aparición más que dos veces al año: por Navidad y por san Juan. Mañana y tarde la comida es siempre esa pasta de maíz, que el estómago de Bernadette rechaza desde hace mucho tiempo. En su casa le compraban su parte de pan de trigo; pero en Bartrès eso es 'un privilegio de viejos señores'.

Y, además, Marie Laguës es ruda con su antigua niña de pecho. La quiere a su manera, pero no le ha perdonado jamás que hubiera mamado la leche de su niño muerto, su pequeño Jean. Después de aquello volvió a perder a su segundo Juanito, muerto a los dos años, el 1.º de marzo de 1850. Y el tercero, al que cuida Bernadette, se marchita. No pasará el otoño...

Bernadette no es sólo pastora y niñera; es la pequeña criada para hacerlo y limpiarlo todo. Es dócil y jamás hace ascos al trabajo. Lo que más le duele es que había ido allí con la promesa de, por fin, poder asistir al catecismo con el abate Ader, que lo explicaba en Bartrès. Pero las ovejas también comían los jueves, y el puesto de la pastora está con sus ovejas.

¿Qué fue para Bernadette esa vida de Bartrès, cuyas dulces colinas hacen soñar? Sin duda una larga soledad. Pero ella sabe remediarlo a veces invitando a una compañera, Jeanne-Marie Caudeban, que comparte su condición de niña-criada. Cuando está sola, juega con su perro Pigou y con sus corderos. Le gustan los 'más pequeños'; es éste uno de los recuerdos que han sobrevivido en forma más clara en su memoria hasta el final de su vida.

Le gusta construir pequeños altares, al uso local, para el mes de María, con objeto de dar apoyo a su oración.

Pero el cordero preferido no comparte esa piedad. El animal, que Bernadette gusta de cargar a sus espaldas y de hacerle doblar las rodillas se

divierte también destrozándole los 'altarcillos'. Bernadette no sabe cómo reñirle:

—*Para castigarle le daba sal, de la que era muy goloso.*

Bernadette gusta de ese universo amigo en el que hace reinar el orden y la paz. Esos pequeños incidentes constituyen su diversión en la soledad interminable.

Su padre sube a visitarla, como cuando era una niña de pecho.

Un día la encuentra toda apenada en su prado:

—*Mira mis carneros, hay algunos que tienen el lomo verde. ¿Qué les pasará?*

Las desgracias de aquellos días inducen a François al humor negro:

—*La hierba que han comido se les ha subido al lomo. Se morirán.*

Bernadette llora. Pero, ¿cómo consolarla? La marca verde es la marca del carnicero. Si, sus carneros van a morir.

Por la tarde, en casa, la nodriza se empeña en enseñarle el catecismo. Quiere así calmar sus remordimientos por haber faltado a las promesas hechas. La pedagogía no está a la altura de sus intenciones. Repite las frases de forma imperativa, golpea con ellas como con un garrote.

—*¡Repite, repite!*

Las palabras no entran en aquella cabeza que jamás ha ido a la escuela. Lo que Bernadette comprende lo comprende desde el interior, y no ve la relación entre aquellas frases abstractas y la comunión que ella desea hacer. Todo se esfuma en el momento en que habría que repetirlo. La nodriza se exaspera y termina por tirar el catecismo al suelo, diciéndole:

—*¡Toma! Eres demasiado tonta. ¡Jamás podrás hacer la primera comunión!*

El abate Aravant, hermano de la nodriza, fue testigo de tales bufidos y reproches, que no dejó de afear a su hermana.

—*Ella cambiaba de conducta durante algún tiempo... Después volvía a su manera habitual,* confió una vez Bernadette a Jeanne Védère (H2, p. 58).

Sin esa confidencia a su amiga más íntima, las palabras de Bernadette sólo nos hubieran dejado el elogio de la nodriza y su afecto hacia ella. Han sido otros los que nos han revelado las desgracias de

Bernadette.



El aprisco de Bernadette
En Bartrès

'Cuando el buen Dios lo permite'

Sin otra confidencia a Jeanne, ignoraríamos asimismo uno de los resortes de su paciencia y de su amabilidad. Decía:

—*Cuando el buen Dios lo permite, no hay que quejarse.*

La expresión es justa y afinada. Bernadette no dice: 'La que Dios quiere', cuando se trata de los sufrimientos e injusticias padecidas.

En esa adhesión encuentra ella la paz, pero sin olvidarse de buscar una salida.

Tía Bernarde y la nodriza han atestiguado su dulzura y su docilidad. Pero, ¿era piadosa?

—*Bueno, ¡como cualquier otra!*, responde Justine Laguës al abate Servais en 1913.

—*No me acuerdo de haberla visto con un rosario*, ha dicho Jeanne-Marie Caudeban, que a veces fue su compañera en el prado de Arribans.

¿Rezabais el rosario en los campos de Bartrès?, se le preguntó a la propia Bernadette en su lecho de muerte, el 12 de diciembre de 1878.

—*No me acuerdo*, respondió ella.

Habla olvidado muchas cosas. Louise Soubirous, su madre, observó en ella desde su más tierna infancia 'una tendencia muy pronunciada a la piedad' (testimonio del 12 de noviembre de 1859; D5, p. 327). Le gustaba montar pequeños monumentos durante el mes de María, junto a su cama o en los campos. Pero eso no pasaba de ser una costumbre local, que no la singularizaba (H2, p. 60). Tenía un rosario de dos céntimos, que Toinette le había comprado en 1856 en Bétharram (A7, p. 173). Sabía recitarlo en francés, una lengua que ella apenas conocía globalmente, como los fieles

de antes del concilio podían comprender el latín (H2, p. 50). En el momento de la primera aparición tendrá ese rosario en el bolsillo. Y para ella era un gesto familiar llevarse allí la mano.

Sabía también esta invocación que se decía en la oración de la noche:
—*¡Oh María, sin pecado concebida...!*

Eso es todo lo que pudieron recoger los investigadores que buscaban en Bartrès una fuente maravillosa o, como Zola, el secreto de un 'misticismo' descabellado.

La nebulosa primitiva

Bernadette no era una mística, ni en el sentido popular de un fervor extraño y singular, ni en el sentido técnico de los estados de alma catalogados en los *Tratados de espiritualidad*. Y, sin embargo, estaba muy adelantada en la verdadera mística, es decir, en la unión con Dios. Vivía a la manera de los pobres, una manera que hizo saltar de júbilo a Cristo el día que exclamó 'Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra; porque has ocultado estas cosas a sabios y entendidos, y las has revelado a la gente sencilla.'

Es una gracia silenciosa que no deja huellas brillantes en los diarios, y ni siquiera en los archivos. Pero los sacerdotes de esa región han encontrado a menudo esa experiencia contemplativa entre los pastores o campesinos del país.

En este terreno de la santidad de los pobres hay que saber adivinar y penetrar las medias palabras. Los padres de Bernadette han sido demasiado silenciosos como para poder decir nada de su 'experiencia espiritual', del secreto de su generosidad, de su concordia sin sombras, a pesar de la miseria y de las tentativas por enfrentarlos entre sí. Pero muchos visitantes del lugar han sido sensibles, justamente los que no acudían sólo con preguntas y argucias, sino que sabían percibir los seres y los ambientes.

Azun de Bernéas, que visitó por primera vez el 'calabozo' el 12 de noviembre de 1859, consignó así su primera impresión:

Cuando uno entra en la casa Soubirous queda impresionado por el idéntico aire de familia que prevalece en todas las figuras: la paz, la inocencia y la felicidad parecen desprenderse de los rasgos tan plácidos que les caracterizan a todos: y, sin embargo, están en la indigencia en toda la extensión de la palabra... ¡Qué felices fuimos en medio de aquellos

benditos niños! (D5, p.328).

Sobre sus huellas ha vivido Bernadette el Evangelio, de buena fuente, sin conocimientos ni palabrería. Muy pronto olvidó ella muchas cosas. Su mano derecha ignoraba lo que hacía su mano izquierda, y se mantuvo radicalmente ajena a todo exhibicionismo espiritual. Ha desanimado a los curiosos cuando buscaban su secreto fuera de su simplicidad.

Su unión con Dios la vivió siempre, en una gran indigencia de lenguaje y de medios. Y la vivió en la comunión de los santos: los de la tierra y los cielo, entonces muy presentes entre el pueblo. Juan Bautista iluminaba la iglesia de Bartrès desde lo alto de su bajorrelieve dorado, y san Pedro la de Lourdes. La virgen María derramaba sobre una y otra una luz más dulce. Pero la santidad de Bernadette quedaba al margen de toda instrucción religiosa; ignoraba hasta el misterio de la santísima Trinidad. El abate Pomian no tardarla en darse cuenta de ello con espanto. Bernadette era ajena a cualquier conciencia reflexiva; vivía una noche espiritual, la noche de los pobres simplemente: la de quienes esperan la buena nueva haciendo la 'voluntad de Dios', como lo expresa la palabra de infancia recogida por Jeanne Védère.

Regreso al 'calabozo'

El abandono a la voluntad de Dios no impedía a Bernadette el deliberar en busca de una solución, que comienza a poner en práctica a finales de 1857, domingo tras domingo, cuando baja a dar un abrazo a los suyos.

El 5 de diciembre de ese año el pequeño Jean Lagües (tercero de ese nombre) muere también. La herida, que el corazón de la nodriza llevaba desde 13 años antes, vuelve a abrirse. La atmósfera de la casa se hace cada vez más pesada. Los desahogos de la madre enlutada descargan sobre Bernadette. La esperanza de aprender el catecismo, siempre pospuesta al jueves siguiente, queda eliminada por completo. El 3 de enero de 1858 el abate Ader, que ejercía el ministerio en Bartrès, deja la parroquia después de haber celebrado un último bautizo, un último matrimonio y de presidir una última deliberación del 'consejo' de la iglesia. Parte para la abadía de la Pierre-qui-Vire, siguiendo su deseo de vida benedictina.

No se sabe todavía quién le sustituirá.

Bernadette ha tomado su decisión. Todo consiste ahora en hacer que

se la acepten. Hace saber a sus padres que 'se aburre' en Bartrès. En su boca de propósitos medidos, ese eufemismo tiene peso.

François Soubirous comprende su tribulación. La madre está de acuerdo. El proceso de la partida se pone en marcha con pausa.

El domingo 17 de enero Bernadette baja a Lourdes, como cada domingo, llevando algunas patatas que son una bendición... Al partir se encierra en su concha cada vez que la nodriza repite como un estribillo:

—*Vuelve por la noche, sin falta.*

Pero ese día no reaparece, ni tampoco al siguiente, ni el martes; sólo se presenta el miércoles con una respuesta neta y bien preparada:

—*El señor cura quiere que haga la primera comunión.*

¿Quién podría hablar en contra de la decisión del señor cura, cuando ya no hay cura alguno en Bartrès? Bernadette tiene ya catorce años y diez días. Los Lagües no tienen la conciencia tranquila. Bernadette no precipita la partida. Por última vez utiliza el pañuelo de Jeanne-Marie Caudeban mientras lava el suyo. Es al día siguiente, jueves, cuando toma el camino sin apenas equipaje alguno.

Adiós a las amigas Jeanne-Marie Caudeban y Jeanne-María Garros. Adiós a los hermanos de leche Zephirin, Joseph y Justin. Adiós a papá Legëes, que era la bondad de la casa, y a la nodriza cuyo afecto vuelve a aflorar en las despedidas y en las llegadas.

Bernadette ha vuelto la espalda a la casa Burg. Gira a izquierda una vez pasada la iglesia y saluda en su marcha la cruz del cruce. El camino que sigue ahora no es la carretera abierta después para los turistas. Es un camino de carros, con rodadas profundas y sinuosas, que bordea la altiplanicie antes de descender hacia el Gave. A la derecha, las negras cuestas de la pendiente norte no atraen la mirada. En su lado umbrío, que no ve el sol durante el invierno. Bernadette no distingue el acantilado abrupto de la vieja roca: Mases vielle o Massabieille como se llama en patois. ¿Conocía siquiera el nombre de aquel escondrijo poco accesible y de mala fama, que proporciona pasto a la piara de cerdos de la comunidad? No sabemos si ha oído el dicho poco brillante: '¿Has sido educado en Massabieille?' Bernadette no ha estado nunca por allí...

Al final de la línea recta, el camino rueda hacia Lourdes. Allí aparece el campanario de la iglesia donde ella va a escuchar el catecismo y hará su

primera comunión.

En el ‘calabozo’ reencuentra la miseria, la humedad, el mal olor, la sombra, pero también el afecto de los suyos. Es la elección que ella ha hecho.



François Soubirus



Louise, la madre

LAS TRES PRIMERAS APARICIONES

11, 14 y 18 de febrero

Jueves, 11 de febrero de 1858: un día como los demás en el 'calabozo', en la penumbra nauseabunda que la costumbre hace olvidar. Son las 11 de la mañana. François Soubirous está echado en la cama. Es un día en que no hay trabajo, y economiza sus fuerzas para mañana o para otro día...

—*¡Dios mío, ya no hay leña!*, exclama Bernadette.

La idea está lanzada. Toinette quiere ir también. Entra Jeanne Abadie, llamada Baloum, la hija del cantero, una muchacha brusca que está muy espigada. También ella irá...

—*¡Bernadette, no!*, dice May (la madre).

Fuera hay niebla y una fina llovizna. Tiene miedo al frío por el asma de su primogénita. Pero Bernadette insiste. Oprimida por la atmósfera cerrada, suspira por el aire libre. Al fin obtiene el permiso entre mil recomendaciones. May ajusta sobre la cabeza de la heredera el capuchón blanco todo remendado y comprado de ocasión en el Marcadal.

Buscando leña

Los tres pares de zuecos hacen resonar las losas de la calle Petits Fossés, y luego la bóveda de la puerta de Baous que da al campo. Apenas hay huesos que recoger en la pradera del Paradis, a lo largo del cementerio. Está demasiado cerca del pueblo. Los tres pequeños traperos descienden hacia el puente viejo. Allí está la vieja Pigoune lavando tripas violáceas.

—*Tata, ¿qué estás haciendo ahí? ¿Para quién lavas las tripas?*

—*Es el cerdo del señor Clarens. Y vosotras, ¿qué hacéis par aquí con este mal tiempo?*

—*Estamos buscando leña.*

—*Id al prado del señor La Fitte, que ha cortado unos árboles.*

—*¡No!, protesta Bernadette..., no nos vayan a tomar por ladronas.*

—*Id siempre por el lado de Massabielle.*

300 metros más allá cruzan el puente del canal que mueve el molino de Savy. Penetran así en el prado, una isla entre el canal y el Gave, que ellas no conocen. Nicolau, el molinero de Savy, sale al umbral de su puerta... No le gusta ver a las tres rebuscadoras merodeando por las talas recientes.

—*¡Eh, bribonas, cuidado con tacar la leña!*

Aceleran el paso, pero con dignidad, sin recoger las ramas abundantes.

Alrededor del prado los álamos alzan el esqueleto de sus ramas despojadas.

—*Podíamos ir donde el canal alcanza el Gave, propone Bernadette.*

—*¿Y si no lo alcanza hasta Bétharrain?, dice Toinette, a quien gusta llevar la contraria a 'la heredera'.* La exploración no es larga. A 200 metros las niñas llegan a la punta de arena en que el Gave alcanza el canal del molino, que aquel día está cerrado. A su izquierda se alza el acantilado rocoso, horadado en la base de una gruta; el agua del canal baña la orilla izquierda. Entre las rocas y las morrenas en cuesta ascendente que llenan la gruta, las rebuscadoras ven leña y huesos. Hasta entonces apenas si habían encontrado nada...

Jeanne arroja sus zuecos a la otra orilla y pasa con el haz de leña sobre la cabeza. Toinette la sigue con el haz de leña en la mano. Y he ahí a Bernadette sola junto al río con su asma y las recomendaciones maternas.

—*¡Ayudadme a echar piedras al agua para poder pasar!*

Las otras están de lleno en su recolección

— *¡Pet de periclé! ¡Pasa como nosotras!, le grita Jeanne.*

Pet de periclé es un juramento de su padre, el cantero, y no significa más que 'trueno'. Jeanne está molesta contra aquella perezosa, que no ha recogido tanta leña como las otras...

‘Una ráfaga de viento’

Bernadette busca un vado; pero no consigue nada. *Entonces* escribe ella, *volví hacia la gruta y comencé a descalzarme.*

Apenas me había quitado la primera media, escuché un ruido, como

si fuera una ráfaga de viento.

Mira hacia atrás; pero los álamos no se mueven. Y se inclina para quitarse la otra media.

¡Y otra vez el mismo ruido! Pero esta vez, delante de ella, las ramas se agitan: son las ramas de un rosal silvestre (*rosa canina*), con las raíces en la base de una especie de nicho a 3 metros del suelo, por encima del borde derecho de la gruta. Una 'dulce luz' ilumina aquel agujero de sombra, y en medio de aquella luz he ahí una sonrisa. Es una joven maravillosa, vestida de blanco. Abre los brazos en un gesto de acogida que parece decir: ¡Acercaos! Bernadette está embargada; es una especie de 'temor', más 'no para huir', precisa ella misma. Al contrario, nada le gustaría más que quedarse allí. Y sin embargo, lucha para no abandonarse a un sueño. Se frota los ojos repetidas veces. Y cada vez encuentra la misma aparición con la sonrisa.

Entonces, dice ella:

Me llevé la mano al bolsillo y encontré el rosario. Quería hacer la señal de la cruz... No puedo llevarme la mano a la frente. Las tenía caídas. El sobrecogimiento se adueñó de mí con más fuerza, mi mano temblaba.

La visión hizo la señal de la cruz. Entonces lo intenté yo por segunda vez. Y si pude. En seguida de haber hecho la señal de la cruz, el gran sobrecogimiento que había experimentado desapareció. Me puse de rodillas y recité mi rosario en presencia de aquella hermosa señora. La visión hacía correr las cuentas de su rosario, pero no movía los labios. Cuando terminé mi rosario, me hizo señas para que me acercase. Pero yo no me atreví. Entonces ella desapareció de repente.

No queda más que la roca sombría y la niebla. Feliz, pero en modo alguno soñadora, Bernadette afronta su problema allí donde lo había dejado, con un pie descalzo y el otro calzado. Encuentra la segunda media caída sobre el tobillo. Se la quita y atraviesa la corriente, sin molestia alguna. Y se sienta sobre una de las grandes piedras que sobresalen entre los cantos rodados, en el umbral de la gruta.

Confidencia y traición

Allí estaban las dos compañeras. Al alejarse río abajo, por la margen izquierda, habían visto a Bernadette rezando. Baloum se habla encogido de hombros:

—*Está loca para ponerse a rezar ahí. ¡Ya basta con rezar en la iglesia!*

He ahí que vuelven con una buena provisión de leña. Bailan ahora bajo la bóveda de la gruta, al abrigo de la niebla, para calentarse.

A Bernadette no le gusta verlas allí retozando.

—*¿No habéis visto nada?*

—*Y tú, ¿qué has visto?*

Bernadette cae en la cuenta del misterio que acaba de sucederle. ¡Tiene que guardárselo para ella! Y desvía la conversación.

—*¡Que bromistas sois! Decíais que estaba el agua fría; pero yo la encuentro templada.*

Jeanne ata su haz de leña, mientras que Bernadette inspecciona de nuevo la gruta: la roca maciza, agujereada por numerosas cavernas, el suelo cubierto de guijarros de coloraciones oscuras y a veces rojizas, la 'zarza' inmóvil que pende del nicho vacío. No puede por menos que volver a preguntarles:

—*¿No habéis visto nada?*

—*¿Y tú qué has visto?*

—*Pues nada (Labets, arré: H., p. 181).*

Toinette se interesa, pero Jeanne se enfada:

—*¡No ha visto nada, y lo que ha querido ha sido no recoger leña! May la reñirá.*

Se carga el haz de leña sobre la cabeza, agarra el cesto de los huesos y desaparece entre las malezas de la ladera, dejando allí plantadas a las otras dos. No tiene ganas de volver a meter los pies en el agua helada. Prefiere trepar por la pendiente abrupta y alcanzar el puente viejo por el camino del bosque.

Bernadette y Toinette atan a su vez su haz y se lo cargan. Pero ahora Bernadette ya no va a remolque; es la primera en llegar arriba, deja su carga en la carretera y vuelve para ayudar a Toinette que está sorprendida:

—*¡Pero si yo soy la más fuerte!*

—*¡Que te lo crees tú!, responde Bernadette.*

De repente Toinette insiste:

—*Dime lo que has visto... ¡Sólo a mí! ¡Te prometo no decírselo a*

nadie! ¡Ni siquiera a May!

Confiada, Bernadette refiere en dos palabras la aparición.

La confianza atiza a la vez el temor de Toinette y su envidia hacia Bernadette, la primogénita, 'la heredera', a la que compran medias por su asma, y que tiene el privilegio de comer pan blanco por su estómago.

—*¡Quieres meterme miedo, pero me río ahora que ya estamos en la carretera!*

Y hace por golpearla con una rama de su haz.

—*¡Que tonterías!*

—*Puedes creerme*, dice tranquilamente Bernadette parando los golpes.

Y otra vez la puerta de Baous, los adoquines y el 'calabozo'. François Soubirous sigue echado en la cama. Ha pasado la hora de la 'comida'. Pero la primera idea de May es limpiar las cabelleras de sus hijas sembradas de ramitas. La tiña es su obsesión:

—*¡Toinette!*

—*¡Siempre comienzas por mí! Comienza por Bernadette.*

Bernadette se ha ido al pasillo a comerse su ración de pan, cuya vista hacia rabiar a Toinette. Y ésta cuenta:

Alguna cosa me empujaba a decir lo que Bernadette me había dicho. Y entonces hice por tres veces:

—*¡Hum!, como si quisiera retener mi voz.*

Mi madre me dijo:

—*¿Por qué haces eso? ¿Estás enferma?*

—*No, es que quiero decirte lo que me ha dicho Bernadette* (LHA 2. p. 111).

Y comienza con tono voluble:

—*Bernadette ha visto a una joven blanca en la gruta de Massabielle*

—*¡Pobre de mí! (Práoube de you)*, exclama May.

Tras las expulsiones, la ruina, la cárcel, ¿qué desgracia le sobrevendría ahora? Y moviliza su calma para preguntar a Bernadette:

—*¿Qué has visto? Dime, ¿qué es lo que has visto?*



La Gruta en 1858
bañada por las aguas del Gave

El bastón

Las palabras se bloquean en la garganta de Bernadette:

— ...de blanco.

El bastón de sacudir las esteras se abate sobre las dos hermanas, con menos fuerza sobre la fragilidad de Bernadette.

—*No has visto más que una piedra blanca. Os prohíbo que volváis allí.*

El padre, siempre echado en la cama, pronuncia en tono sentencioso esas palabras, que expresan su sueño de orgullo hacia todo y contra todo:

—*Jamás han tenido que decir nada de la familia. No vayas tú a comenzar ahora.*

Ni el padre ni la madre comprenden una palabra. Pero, ¿qué es lo que le pasa a Bernadette?

—*Hay que rezar*, dice la madre.

Y piensa para sí, 'Quizá sea el alma de algún pariente en el purgatorio'.

Ahí está Jeanne Balo. Viene para negociar la venta de los huesos. ¡Es el momento para celebrar los días de carnaval! Toinette encuentra un montón de huesos amontonados con ese propósito. La oportunidad les

sonríe. Letchina da 20 céntimos por todo y 6 por el cesto de la mañana. Con 30 céntimos compran una libra de pan que vuelven a repartir en el 'calabozo'. Y no se habla más del suceso del mediodía.

¿Es un sueño?

Por la noche, a la hora de la oración, y ante el hogar en que arde la leña recogida en Massabielle, Bernadette está emocionada. Una gran dulzura la invade. Y llora. May pregunta. Pero, ¿qué responderle? Louise, turbada, va en busca de consejo al primer piso, a casa de Romaine Sajous. Las dos interrogan a Bernadette, sentadas en el borde de la cama y a favor de la penumbra. Al fin concluyen:

—*Ha sido un sueño... una ilusión. No tiene que volver a Massabielle.*

Prohibición de volver

El viernes, 12 de febrero, Bernadette se siente atraída hacia la gruta. Pero no hay nada que hacer.

—*¡A trabajar!*, replica May.

Bernadette obedece. No hablará más de ello, ni ese día ni al siguiente.

La madre piensa y espera que esté olvidando sus ideas.

En el confesionario (13 de febrero)

El sábado por la tarde, sin embargo, Bernadette se acerca al *confesionario* de la iglesia vecina. En la penumbra, el abate Pomian está terminando las confesiones de la tarde del sábado. Y al abrir la celosía a la penúltima penitente, recibe de golpe esta extraña confesión en patois:

—*He visto cierta cosa de blanco, que tenía la figura de una señora.*

Deja hablar a la niña sin manifestar ningún interés, y se admira de la coherencia de las proposiciones. Sobre todo le ha impresionado un rasgo:

—*Como una ráfaga de viento (Coumo u cop de bén).*

Y piensa en el 'viento' de pentecostés, según los *Hechos de los apóstoles*, capítulo 2. ¿Dónde ha aprendido esta niña esa convicción y esas palabras tan por encima de ella? Pese a lo cual, no da importancia a esa

confidencia. Más tarde atribuirá a 'una moción de Dios' la idea que se le ocurre de decir a Bernadette:

—*¿Puedo hablar de ello con el señor cura?*

Bernadette consiente, profundamente sorprendida de tal deferencia.

Esa misma tarde el confesor se encuentra con el abate Peyramale en la carretera de Argelès, y le hace partícipe de ese asunto menor en dos palabras:

—*Hay que esperar*, dice simplemente el cura.

Y pasa a otro asunto.

El agua bendita y la piedra

(14 de febrero)

El rumor, no obstante, se ha propagado entre la 'clase de los indigentes', en la escuela de las hermanas del hospicio. Toinette y Jeanne han hablado. El domingo 14, a la salida de la misa mayor, cuaja un proyecto entre las niñas de vestidos remendados, en un clima de interés y de temor: ir a ver lo que ha visto Bernadette.

Louise se opone en redondo; después la remite al padre que no está allí. Las rapazas se dan prisa por encontrarle en el campo comunal. Cuida los caballos de la cuadra de Jean-Marie Cazenave, llamado Ganço, dueño de la diligencia de Bagnères.

—*No*, responde secamente, continuando su trabajo.

Pero las pequeñas, buenas diplomáticas, han buscado en el dueño un aliado:

—*Una dama con un rosario no puede ser nada malo*, dice Ganço.

François cede poniendo restricciones:

—*No os concedo más que un cuarto de hora.*

—*Muy bien, habremos vuelto para las vísperas.*

En el 'calabozo' Louise tiene otra objeción:

—*¡Y si fuera algo malo!*

—*Hay que llevar agua bendita.*

Toman el camino del 11 de febrero hasta el puente viejo. Pero en vez de entrar en la isla por el molino, suben por el camino del bosque. En la cuesta que lleva encima de la gruta el grupo se escinde en dos. Mientras

las más pequeñas se apresuran con Bernadette, las mayores se retrasan. Es el temor lo que las retiene, bajo las apariencias de un menosprecio afectado hacia la clase pequeña...

Bernadette baja de corrida la pendiente abrupta y resbaladiza. Las demás la encuentran de rodillas, sin jadeo alguno:

—*¡Cómo has corrido!*

Ella no las escucha. Ha sacado su rosario de dos céntimos. Y reza de rodillas. Las otras niñas están de pie en derredor. A la segunda decena el rostro de Bernadette cambia.

—*Guérat-la!* (¡Hela ahí!)...el rosario en el brazo...Ella os mira...

Las compañeras no ven nada. Bernadette ha tomado el frasco de agua bendita que le pasa Marie Hillo. Y asperja con fuerza hacia la aparición conjurándola 'a que se quede, si viene de parte de Dios, y si no que se vaya'.

Pero cuanto más la asperjaba, más se sonreía, y yo continué haciéndolo hasta que la botella se vació, explicará más tarde Bernadette.

Está pálida. Parece como si no viera ni oyera a sus compañeras. La inquietud crece en el fondo de aquel barranco cerrado, en aquel callejón sin salida, cortado por el agua del canal, ante aquella roca con anfractuosidades misteriosas. Pero Bernadette parece feliz, y su vista inspira paz.

De repente algo cae en picado, a lo largo de la roca, parece estallar sobre los guijarros, muy cerca de Bernadette, y salta hacia el Gave, cuyas aguas se elevan a modo de surtidores. Es el pánico. Toinette, Pauline y Marie huyen entre gritos estridentes, sintiéndose como perseguidas.

Desde la otra orilla un paseante las ha oído gritar:

—*¡Eso nos sigue!*

Las más valerosas no quieren abandonar a Bernadette. Intentan llevársela; pero su compañera no parece oír nada. Ella se resiste a sus esfuerzos, convirtiéndose en algo increíblemente pesado.

En lo alto de la roca, Jeanne Baloum enloquece, a su vez. Suyos son esos gritos agudos y ese pánico. Fue ella la que para aliviar su propio miedo tuvo la idea de 'asustar', balanceando desde lo alto del acantilado esa 'piedra grande como un sombrero', que había caído en medio del

grupo.

Para hacer moverse a Bernadette será necesaria la fuerza de Nicolau, el molinero de Savy (el molino del canal). Él, que voltea con tanta facilidad los sacos de harina, se pasma de la inercia de esta rapaza, tan pequeña y tan pesada, al tiempo que le impresionan su palidez y sus sonrisas. ¿Es la muchacha la que pesa tanto o es él que está perdiendo sus fuerzas? Durante el camino Bernadette parece ver alguna cosa, con los ojos 'fijos en lo alto'.

—*Yo le puse la mano sobre los ojos e intenté hacerle doblar la cabeza; pero ella volvía a levantarla y abría de nuevo los ojos con su sonrisa* (H2, p. 269).

Con gran esfuerzo se la lleva hasta el molino. Las niñas asustadas han vuelto a sus casas. El rumor invade Lourdes; acuden las gentes... Y Louise, con su bastón. Esta vez, se ha terminado. Bernadette no volverá jamás a esta gruta.

'Carnavaladas'

Al día siguiente, lunes de carnaval, Bernadette es acogida en la escuela con esa reprimenda de la superiora, madre Ursule Fardes:

—*¿Has terminado ya tus carnavaladas?*

A la salida de la escuela está de guardia Sophie Pailhaisson, una ruda cuadragenaria. Ha preguntado a sor Anastasie (la más severa de las maestras de la clase, a la que 'detestan' los niños) cuál es la rapaza que hace 'esas comedias' en la gruta. Sophie tiene un alma moralizadora y viene a darle una lección:

—*¡Ahí tenéis a la bribona!*, dice sor Anastasie.

'Una violenta bofetada' se abate sobre la mejilla de Bernadette:

—*¡Bribona! ¡So bribona! Si vuelves le encerrarán* (H2, p. 291)

Con la mejilla echándole fuego. Bernadette se esfuerza por obedecer y olvidar, aunque sin conseguirlo.

Por la tarde las compañeras vuelven a recordar el asunto, durante la costura en el taller, con sor Damien Calmels, que es una persona de buena pasta:

—*Cuéntale a la hermana lo que has visto.*

Bernadette intenta eludirlo:

—*Yo no sé hablar francés.*

Pero el tema está sobre la mesa. Las otras cuentan a su manera. De pronto Bernadette rectifica enérgicamente. No, no habla ningún ramillete, y la aparición no la perseguía. Sor Damien está perpleja. Vuelve la eferescencia con las pullas sobre la *tute* (gruta) de los cerdos y la dama de los pies descalzos; las burlas se repetirán machaconamente en los días siguientes.

Bernadette lamenta no haberse atendido a su primera idea: guardarse todo aquello para ella sola. Y se envuelve en ese silencio que para ella se ha convertido en una fuerza en los campos de Bartres.

¿Será el alma de Éliisa?

El martes de carnaval, 16 de febrero, la señora Milhet, una opulenta quincuagenaria, que se había establecido con una buena fortuna al casarse con su viejo amo, se pica de curiosidad por el asunto de la gruta. Su costurera Antoinette Peyret, la hija del ujier, le ha hablado de ello. La ‘joven’ que se aparece, ¿no será Elisa Latapie? La santa muerte de aquella ‘hija de María’, ocurrida el 2 de octubre último, había causado una profunda impresión en Lourdes. El cura había escrito una larga carta a monseñor Laurence, para ‘consolar su corazón de obispo’. Algunas horas antes de rendir el último suspiro Elisa Latapie había exigido que le hicieran su aseo mortuario: querría ser enterrada con un vestido pobre, con sus insignias de congregante, pero sin encajes ni puntillas. Aquella túnica blanca, aquel cinturón azul, el rosario... ¿no era Elisa?

— *Hay que esclarecer todo esto*, concluyó la señora Milhet.

Era la patrona de Louise Soubirous. Y entraba y salía del ‘calabozo’ con aire triunfal. Mañana, antes del amanecer, llevará a Bernadette hasta la gruta.

Jueves, 18 de febrero

Pluma y papel

El 18 de febrero, a las 5 de la mañana, le señora Milhet está ante la puerta del ‘calabozo’ con Antoinette. Bernadette está todavía en la cama y se levanta con toda rapidez. Las tres asisten a la primera misa, y luego

bajan, todavía de noche, hasta el puente viejo, para remontar después el camino del bosque. Antoinette lleva consigo la pluma y el recado de escribir de su padre, el ujier. Las dos primeras apariciones habían demostrado que no era posible fiarse de la simplicidad de Bernadette. Por lo que se trataba de conseguir que la visitante escribiera personalmente su nombre.

Bernadette es la primera en llegar a la gruta, en tanto que la señora Milhet es la última ‘hundida en sus ropones...’

Apenas empieza el rosario:

—*Qué-y-ey!* (Ella está ahí), murmura Bernadette.

Cuando el rosario concluye, Antoinette le pasa el recado de escribir. La vidente avanza bajo la cúpula de la gruta, se detiene debajo de una grieta interior que comunica con el nicho y allí ofrece los aparejos del ujier. Se ha convenido que Bernadette formule este ruego:

—*¿Querriais tener la bondad de poner por escrito vuestro nombre?*

La aparición se le ha acercado ‘dejándose deslizar por aquella abertura’, como explicará más tarde Bernadette. Pero sobre el papel no aparece nada escrito.

Las dos mujeres se impacientan. No ven nada y ni siquiera escuchan la voz de Bernadette. Insisten; pero la vidente les hace señas para que se callen o, tal vez, para que se aparten. Al término de la aparición, interrumpen a Bernadette,

—*¿Pero por qué no le has rogado que escribiera su nombre?*

Bernadette se sorprende:

—*¡Pero si se lo he rogado, y muy fuerte!*

¿Cómo no la han oído? La misteriosa joven de la roca —aquella a la que Bernadette llama prudente y respetuosamente *Aqueró* (aquello)— le ha oído muy bien. Ella sólo ha respondido:

—*N'ey pus necessari* (Eso no es necesario).

Y, a su vez, le ha preguntado en patois:

—*¿Queréis tener la amabilidad de venir aquí durante quince días?*

Le ha dicho *Aoué éra gracia*, ‘tener la gracia’, es decir, la gentileza o amabilidad de acudir. Bernadette está confundida por la deferencia de *Aqueró*. Es la primera vez que escucha su voz ‘delicada y dulce’.

Ella, en su impulso, se lo ha prometido, sin reflexionar sobre las consecuencias. Tampoco ha reconocido a Élisa.

—*Y si fuera la santísima Virgen...*, dice la señora Milhet en el camino de retorno. Su razonamiento cae en el silencio.



Señora Milhet (1813-1892)

LA QUINCENA DE LAS APARICIONES

18 de febrero - 4 de marzo de 1858

Con gran secreto

Como Bernadette ha prometido, y nada ha quedado en claro, es necesario volver. Al regreso, la señora Milhet arregla el asunto de forma autoritaria. Se hace cargo de Bernadette a pensión. Así podrá conducirla a la gruta con gran secreto, sin necesidad de idas y venidas inútiles. Pero Louise quiere también ir, y asimismo tía Bernarde, 'la heredera', se empeña en hacerlo. El rumor va creciendo y el viernes, 19 de febrero, ya son ocho las personas que se reúnen en la gruta; el sábado, 20, acuden treinta, y el domingo, 21, los reunidos llegan a un centenar.

La aparición se renueva silenciosa; el rumor se extiende en alas del fervor de quienes rezan el rosario en aquella gruta: comparten el gozo de Bernadette en éxtasis, aunque la vidente no dice nada más.

Una doble inquietud se apodera de las gentes de 'la clase baja': ¿Qué será eso? ¿Y qué pasará el último día de esa quincena, durante la cual la aparición invisible ha citado a Bernadette? ¿Un milagro? ¿Una revelación? ¿Una calamidad? El rumor se agranda cada vez más.

El interrogatorio del comisario

La tarde del domingo, 21 de febrero, las muchachas de la clase indigente salen de vísperas como una bandada de gorriones. El guarda forestal, Callet, está apostado a la izquierda del pórtico, y a su lado hay un señor 'vestido de burgués', aunque más vivaz y menos envarado que los burgueses del pueblo. Callet señala con el dedo a Bernadette:

—*¡Ésta es!*

Y la agarra por el capuchón.

—*Qu'em bas seguí* (vas a seguirme).

El señor que acaba de hablar es el comisario Jacomet, con quien el padre de la niña tuvo un asunto, cuando el robo de la harina. Hay lamentos por la rapaza:

—*¡Pobre Bernadette! Te van a meter en la cárcel.*

Pero se la oye decir:

—*No tengo miedo. Si me meten en la cárcel, ya me sacarán.*

En Lourdes no existe aún comisaría de policía. El comisario se dirige a su domicilio, la casa Cénac, que comparte con Jean-Baptiste Estrade, recaudador de las contribuciones indirectas, y con el vicario Pène. La casa está frente a la cabecera de la iglesia, a 50 metros escasos. La gente les sigue. Los curiosos se aglomeran...

Jacomet está tranquilo. Ya en el umbral se vuelve y detiene en seco a quienes pretenden entrar, incluidas las personas de la familia, a las que la gente empuja hacia adelante.

—*¡Aquí no tenéis nada que ver!*

Se ha cerrado la puerta.

El comisario de policía se ha instalado en su despacho. Comienza el interrogatorio. Para Bernadette es el primero. Detrás de ella hay un testigo discreto, Jean-Baptiste Estrade, al que no tarda en unirse su hermana Emmanuélite. Ambos han obtenido permiso del comisario.

Después de llegar Estrade, Jacomet ha dado comienzo al interrogatorio según la rutina de siempre, en un tono neutro, indiferente y de carrerilla:

—*¿Cómo te llamas?*

—*Bernadette*

—*¿Bernadette qué?*

La niña titubea. En el barrio la llaman Bernadette Boly, por el nombre del molino en que nació. ¿Será eso lo que tiene que decir? O bien...

—*¡Soubirous!*

—*¿Cómo se llama tu padre?*

—*François.*

—*¿Tu madre?*

—*Louise.*

—¿*Louise* qué?

—*Louise Soubirous*.

—*No, su apellido de familia antes de casarse.*

Bernadette duda un instante, y dice luego con la prontitud de una alumna que ha encontrado la respuesta:

—¡*Castérot!*

El comisario aprueba, y estimula su buena voluntad.

—¿*Qué edad tienes?*

—*13... ó 14 años.*

—¿*Son 13 ó son 14?*

—*No lo sé.*

—¿*Sabes leer y escribir?*

—*No, señor.*

—¿*Has hecho la primera comunión?*

—*No, señor.*

Jacomét anota con mano suelta. Ha calibrado que la niña es sencilla y sincera. Entonces, ¿quién la empuja o inspira? ¿Quién la hace ir a aquella gruta, y quién le ha metido en la cabeza que ve a la santísima Virgen? Porque la hipótesis que se trate de un alma del purgatorio ha quedado descartada, pese al prestigio que rodeó la muerte de Elisa Latapie. La idea que prevalece es la que acudió a la mente de la señora Milhet, el 18 de febrero, al regresar de la gruta:

—¿*Y si fuera la santísima Virgen...?*

Eso es lo que ha retenido el rumor público y lo que ha llegado a oídos del comisario. Y así entra en el meollo de la cuestión con un marcado interés, alentando a la niña, casi admirándola, para facilitar la confidencia:

—*Y entonces, Bernadette, ¿has visto a la santísima Virgen?*

—*Yo no digo que he visto a la santísima Virgen.*

¿No lo habrá entendido él bien y estará la niña al margen?

—*¡Ah, bien! ¡Tú no has visto nada!*

—*Sí, alguna cosa sí he visto.*

—¿*Y qué has visto?*

—*Alguna cosa blanca.*

Jacomet está cada vez más desorientado.

—*¿Alguna cosa o alguna persona?*

—*Aquello (Aqueró) llene la forma de una joven señorita (damisèle).*

Este diálogo se desarrolla en el patois de Lourdes, única lengua que Bernadette conoce. Aunque ella considera a quien se le aparece como una persona y dice que se parece a una 'jovencita' o señorita, como el comisario lo ha observado con marcado titubeo. Bernadette emplea palabras neutras para designarla; y sobre todo *Aqueró*, con un acento bien claro en la última sílaba, que en el dialecto de Lourdes significa 'aquello'. En su boca eso es una expresión de prudencia campesina ante lo que ignora; pero también de reverencia frente a una realidad que la sobrepasa. ¿Cómo hablar sin que la gente deforme de modo irrisorio lo que ella dice? Esa es su dificultad desde el primer día. Jacomet, que siempre lo comprende todo y lo comprende en seguida, tiene ahora dificultades para entender. Y la hace repetir:

—*Tú dices Aqueró, Aquello... ¿Y aquello no te ha dicho: 'Yo soy la santísima Virgen'?*

—*Aqueró no me lo dijo.*

—*Y sin embargo, eso es lo que se cuenta por el pueblo.*

AQUERÓ, AQUELLO

Aqueró, aquello. Así es como Bernadette ha designado siempre a la aparición, hasta tanto que ésta no hubo mostrado su identidad; es decir, hasta el 25 de marzo de 1858. Esta palabra 'parola' plantea un problema: y es que *Aqueró*, puede tener dos significaciones según el lugar en que va el acento: —*Aquéro*, *aquélla*, si el acento carga sobre la sílaba segunda, que en este caso es la última, pues la o es casi muda, imperceptible. La palabra se da ampliamente en todos los dialectos occitanos.

—*Aqueró*, *aquello*, si el acento se pone en la última sílaba. Esta forma es propia del patois de Lourdes, y se da en muy pocas otras regiones.

¿Cómo lo pronunciaba Bernadette? Los documentos que yo he encontrado para el centenario no dejan ninguna duda al respecto. *Todos*

cuantos hablaron en patois con Bernadette antes del 25 de marzo como fueron Jacomet, el procurador Dutour, el periodista Romein Capdevielle, Estrade y su hermana Enmanuélite, sor Augustine, Marie Dufo y Pimorin, *todos lo entendieron así* (textos recogidos en LHA 3, p. 142-144). Es Pimorin el que dice con singular precisión el día 21 de marzo de 1858, cuatro fechas antes de que la aparición desvelase su nombre: ‘la dama’ a la que (Bernadette) no daba otro nombre que el de *Aqueró*, aquello. Ninguna discrepancia entre los testigos. Ni uno siquiera que traduzca ‘aquella’ en femenino. Y los que no se han atrevido referir la expresión *Aqueró* la testifican indirectamente al transcribir la frase de Bernadette con alguna fórmula abstracta: ‘el objeto’ dicen los médicos que la examinaron el día 27 de marzo.

Esta expresión de Bernadette (que los historiadores disimularon durante largo tiempo) nos choca, pero con un choque que nada tiene de escandaloso. Traduce su respeto hacia lo inefable, y deriva de la que se llama teología negativa. Así, los místicos —sean o no personas cultas— evocan a veces la luz de Dios en términos de noche, y su existencia trascendental en términos que harían pensar en la nada. Todo ello procede de la preocupación por no expresar de manera vulgar e inadecuada lo que es ‘algo totalmente distinto’.

Quienes desprecian la cultura popular objetan a veces que una persona simple como Bernadette no podía ir tan lejos en sus reflexiones. De hecho, hay una sabiduría y una inteligencia populares de las cosas de Dios, que no son las de los sabios y eruditos, como dice el Evangelio. Los puntos de comparación abundan. Françoise Souchet, una mística de Rennes, de los siglos XVII y XVIII simple e ignorante si las ha habido, no encontraba otro término que *Aquello* para designar el ser misterioso que le hablaba, según cuenta Trochu en su primera edición (1953, p. 82, nota 1).

Recientemente Jean Fourastié, del Instituto de Francia, ha dado nueva actualidad a la hipótesis, en una reseña de *Le Figaro* sobre mi libro *Lourdes, pèlerinage pour notre temps*, donde yo no me había explicado acerca de este punto. Su objeción provenía del hecho de que *Aqueró* no existe en el ‘patois’ de su infancia, que es el habla de Quercy. Después de haber tomado conocimiento de los argumentos históricos aducidos en mis libros, y tras haber consultado los atlas históricos con el abate Toulze, autoridad indiscutible sobre el tema, llegado a la conclusión que se impone: ‘En Lourdes existía una palabra de tres sílabas que significaba “aquello” (neutro): *Aqueró*. Pero en casi todas partes ese neutro sólo tiene dos sílabas: *Acó*, *Aquó*, *Acró* o bien *Ocó*’. Esa palabra *Aqueró* he impresionado profundamente a quienes tienen el sentido del misterio y de

la autenticidad espiritual. También ha inspirado a los artistas: como el dibujante Raymond Gid y el gran pintor abstracto Hartung, cuyo cuadro fue una de las obras más bellas que se vieron en la exposición *Lourdes 64*.

Sí, eso era lo que se decía, y eso es lo que imprime *Le Lavedan*, en aquel momento en prensa y con fecha de 18 de febrero, aunque no saldrá a la calle hasta el día 22, con el retraso habitual de tres o cuatro fechas. Jacomet está el corriente y conoce ya el artículo anónimo del abogado Bibé, que declara en tono irónico y ligero:

Una niña, que todo hace suponer afectada de catalepsia (...) excita la atención de la población. Se trata nada menos que de la aparición de lo Santísima Virgen...

Jacomet intenta volver a tomar la brújula y enfoca el asunto desde el comienzo: la rebusca de huesos, la travesía del canal, las ramas del rosal silvestre que se agitan (*u sarrot de brancos que anaouen*, dice Bernadette), aquel ruido como una ráfaga de viento (*coumo u cop de bén*) y la aparición de *Aqueró*...

—*¿Había otras niñas contigo cuando la has visto?*

—*Sí, señor.*

—*¿Ellas también la han visto?*

—*No, señor.*

—*¿Cómo lo sabes tú?*

—*Ellas me lo han dicho.*

—*¿Por qué no la han visto?*

—*Yo no lo sé.*

Jacomet se guarda todavía de contradecirla. Se trata de llevar a Bernadette hasta el final de las confidencias, donde el fallo se verá por sí mismo.

—*Pero, bueno, esa niña... esa señorita ¿estaba vestida?*

—*Un vestido blanco, sujeto con una cinta azul, un velo blanco sobre la cabeza y una rosa amarilla sobre cada pie... el color de la cadena de su rosario...*

—*¿Ella tenía pies?*

—*El vestido y la rosa se los tapaban, menos los dedos.*

—¿Tenía cabellos?

—*Se le veían un poco (drin), aquí.*

Bernadette se lleva los dedos a las sienes y traza dos líneas simétricas.

—¿*Es bella (béro)?*

—*¡Oh, sí, señor, muy bonita (beroye)!*

—*Bella ¿cómo quién? ¿Cómo la señora Pailhasson? ¿Cómo la señorita Dufo?*

El comisario aprecia las bellezas locales. Es un orfebre en la materia.

Bernadette responde compadecida:

—*¡Ellas no se le pueden comparar! (N 'y poden pas hè).*

—¿*Qué edad?*

—*...joven.*

El comisario ha continuado escribiendo. Ahora se informa sobre todas las personas mezcladas con aquella aparición.

Lo que retiene su atención es la influencia de la señora Milhet, una mujer desocupada, una mujer hábil, que ha sabido labrarse su fortuna casándose con su último amo. Ahí puede haber una pista:

—¿*Es esa señora la que te dice lo que tienes que hacer?*

—*No.*

—¿*Pero te hospeda en su casa!*

—*No, yo volví a mi casa.*

—¿*Eso cuándo?*

—*Ayer.*

—¿*Por qué?*

—*Mi tía no ha querido que volviera con ella.*

—¿*Te ha dado mucho dinero la señora Milhet?*

—*Nada de dinero.*

—¿*Estás segura?*

—*Sí, señor, bien segura.*

—¿*Y las hermanas, has hablado de eso a las hermanas?*

—*Sí, a la superiora y a las hermanas del taller.*

— *Y ellas, ¿qué han dicho?*

— *Que no haga caso de ello... que he soñado.*

Esas mujeres han tenido sentido común, piensa Jacomet. Y se apoya en esas autoridades religiosas para quebrantar la seguridad de Bernadette.

— *Sí, hija mía, tú has soñado.*

— *No, yo estaba bien despierta.*

— *Tú has creído ver.*

— *No, me froté bien los ojos.*

— *Te engañó algún reflejo.*

— *Pero yo he visto a Aqueró muchas veces y estaba oscuro. Yo no me puedo engañar siempre.*

— *¿Y las otras? También las otras tienen ojos. ¿Por qué ellas no la han visto?*

— *No lo sé, pero yo estoy segura de haberlo visto.*

La persuasión ha fracasado. Ahora intentará la disuasión.

— *Escucha, Bernadette, todo el mundo se ríe de ti. Se dice que estás loca. Por tu propio interés conviene que no vuelvas más a esa gruta.*

— *He prometido ir allí durante 15 días.*

— *¡No se lo has prometido a nadie, puesto que te has engañado! ¡Vamos, sé razonable, y prométeme a mí que no volverás más allá!*

Bernadette calla, pero sus ojos negros dicen claramente: 'Si ya lo he prometido, no puedo ahora prometer otra cosa'.

El tono cambia. El comisario repasa lo que ha escrito con un aire que ya no es del todo amable y cambiando expresamente algunos elementos:

— *La Virgen me sonrió, ha escrito en su borrador.*

— *Yo no he dicho le Virgen, rectifica Bernadette.*

El comisario se siente apurado. Puesto que Bernadette rehúsa cualquier identificación, y manifiesta su desacuerdo incluso cuando él dice 'la niña' o 'la señorita', no le queda más remedio que escribir *Aqueró*, y a no saber ya si después de eso ha de escribir *ella* o *él*, porque *Aqueró* es una palabra neutra. ¡Y sin embargo Bernadette habla sin duda de la aparición como de una persona! El comisario relee una y otra vez los mismos pasajes, modificando el orden y el contenido para probar a Bernadette. Después de haber reaccionado vivamente a las primeras fintas, cesa de

seguirle en ese juego:

—*¡Señor, usted me lo ha cambiado todo!*

Mientras él escribe, largos silencios alternan con un fuego graneado de preguntas e intimidaciones. La inteligencia y el oficio de Jacomet están a prueba. Ninguna pista conduce a nada: ni el golpe de afecto (¿quién y por qué?) ni el engaño: aquella niña es sincera. Tampoco el deseo de hacerse valer: es una niña modesta. Ni la estafa: allí dentro no hay dinero. Ni tampoco la catalepsia: Bernadette esté sana y no es una exaltada. No se deja coger; escapa siempre. Jacomet siente agotados sus recursos, pero no es un hombre que abandone la partida.

Y vuelve a comenzar el interrogatorio, rechazando ahora las respuestas de Bernadette:

—*Eso no es lo que me has dicho la primera vez.*

—*Sí.*

—*No.*

Jacomet se ha calado su gorro de campaña que le da un aire marcial. El pompón se agita. La tensión aumenta. Eso surte efecto cuando hace la ronda por el mercado donde nadie se atreve a resistírsele. Pero Bernadette sigue inquebrantable. Sube el tono. Jacomet se excita. Callet, con la oreja pegada a la puerta de la habitación contigua, en que también la señora Jacomet está a la escucha, le oye gritar:

—*¡Borracha, couquino, putarotto! Haces que todo el mundo vaya detrás de ti. ¡Quieres convertirte en una pequeña p...!*

—*Yo no digo a nadie que vaya allá.*

—*Sí, tú estás contenta de que te vean.*

—*¡No, esto me cansa!*

Estas últimas palabras dan al comisario una idea terrible. Se pone a escribir febrilmente al pie de la tercera página de su pliego de papel ministro. Su escritura va agrandándose en la página cuarta hasta doblar de tamaño en seis líneas. La fórmula de Bernadette 'esto me cansa', combinada con aquella otra respuesta que se sentía interiormente *impulsada a ir allí* por una fuerza irresistible, proporciona los elementos para montar una especie de confesión: la han forzado a ir a la gruta. *Se la ha...*, o mejor, sus *padres*, que son los responsables ante la ley y que estarían sumamente interesados en no volver a llamar la atención de la policía. (Digamos en seguida que Jacomet eliminará honestamente esa

falsa confesión, volviendo a copiar en limpio, después de marcharse Bernadette, su borrador lleno de tachaduras.)

Mientras la pluma de oca traza las últimas líneas del borrador sube un rumor de la calle, donde la aglomeración ha ido en aumento. La gente golpea la puerta y los postigos. Se alzan voces. Jacomet comprende el sentido de ese confuso guirigay: están empujando a los padres de la niña que tienen derecho a asistir al interrogatorio.

Antes de afrontar a los que protestan, intenta una última oportunidad con su interlocutora:

—*Escucha, Bernadette, te has colocado en una situación difícil. Quiero arreglarlo entre nosotros, pero con una condición: Reconoce que no has visto nada.*

—*Señor, yo si he visto. No puedo decir otra cosa.*

—*Prométeme, al menos que no volverás a la gruta. Es tu última oportunidad.*

—*Señor, he prometido que volvería.*

—*Pues bueno, tú lo has querido, voy a buscar a los gendarmes para que te metan en la cárcel.*

Se levanta. Pero Bernadette no se mueve. Jacomet se dirige, en efecto, hacia la puerta de entrada que están golpeando. La multitud ha empujado hasta la primera línea a François Soubirous:

—*¡No tienen derecho a interrogarla sin que estés tú!*

—*¡Pasa ahí, si quieres a tu hija!*

También François está enardecido. Claro que quiere a su hija. No se dirá que no sabe defenderla.

De repente se abre la puerta, y François se encuentra frente a frente con el comisario. El hombre ha entrado llevado de su impulso, pero la puerta se ha cerrado detrás de él. Se encuentra sólo ante el comisario, con su experiencia de pobre, que sabe que no basta con ser inocente para escapar a la prisión. La gorra, que se ha quitado cortésmente, gira ahora entre sus manos nerviosas.

Su reivindicación se hace humilde y respetuosa:

—*Soy el padre de la pequeña.*

Jacomet adopta un tono aún más amable:

—*¡Bien, señor Soubirous, me alegro de verle! Justamente iba a buscarle porque esta comedia no puede continuar. Están llamando la atención de la gente.*

—*Ahora lo sé todo. La pequeña está cansada, me lo ha dicho ella. Ya basta de que la fuercen a ir hasta allá abajo.*

—*¿Forzarla? ¡Pero si estamos haciendo lo imposible para impedirselo!*

—*Y, sin embargo, mire lo que ha acabado de decirme entre lágrimas y que yo he escrito en este papel: 'Papá y mamá están del otro lado, es preciso que usted impida que me fuercen a ir a la gruta, estoy cansada y no quiero ir allí.'*

François mira ansiosamente aquel papel, parecido al que le hizo ir a la cárcel, no hace todavía un año, sin que pueda leer ni una palabra. El comisario hace callar a Bernadette que protesta. Ahora se trata de un asunto entre él y su padre.

—*Bien, bien, señor Soubirous, yo quiero creerle, pero a usted toca ser sincero. Prohíba a Bernadette que vaya a la gruta, defiéndala de todas esas gentes que van tras ella, y todo habrá concluido.*

François Soubirous se muestra conciliador.

—*Es verdad que estamos cansados de ver invadida nuestra casa, y que hemos hecho todo lo posible por impedir que fuera allí. Al ordenármelo me hace un favor. Cerraré mi puerta a la gente, y la pequeña no irá más a la gruta.*

Y sale contento de haber recuperado a su hija; y Jacomet de haber vuelto una vez más a salirse con la suya.

Bernadette se va como había venido, sin ninguna muestra de abatimiento. El comisario que impresiona todo el mundo no la ha intimidado. Sus fintas, sus contradicciones y sus enfados la hacen sonreír ahora. A Dominiquette, que le pregunta, al entrar en el 'calabozo', le responde sonriente:

—(el comisario) *temblaba, tenía en el gorro una borla que hacia tintín.*

La ausencia

Lunes, 22 de febrero

Al día siguiente Bernadette vuelve a encontrarse con sus problemas. Por la mañana se siente 'empujada' a ir a la gruta...

¡Pero no! Bernadette procura obedecer, como de costumbre. Pero se siente incómoda, porque ha prometido ir allí durante 15 días. Ningún razonamiento la tranquiliza. Y dice:

—*Así que es necesario que os desobedezca a vosotros o a Aqueró.*

Se hace violencia a sí misma. La superiora, que la ha visto conducida por el comisario, se felicita del fin de las 'carnavaladas'. Los comentarios de sus compañeras continúan. Pero eso no es nada comparado con su desgarramiento interior. Jamás la obediencia le ha pesado tanto como esa mañana interminable.

Regresa a la escuela después del magro 'refrigerio' del mediodía. Pero al cruzar el umbral de la columnata una fuerza interior la hace volver sobre sus pasos. Gira sobre sí misma. Sus pasos la llevan hacia Massabielle por el atajo más corto: baja aprisa por el barrio de los molinos de su infancia, y toma a izquierda el camino de Pè de Pesqué (pie del vivero), entre el castillo y el Gave. La siguen; algunos simpatizantes y también los gendarmes que vigilaban su regreso a la escuela. Bernadette está inquieta; la desobediencia le tortura. En el puente viejo se detiene. No lleva una candela, como las otras veces... Tía Bernarde manda buscar la de tía Lucile.

Pero el sargento de caballería llega pisando los talones a los gendarmes. Se planta ante la reunión improvisada tan aprisa:

—*¡Y es en el siglo XIX que se nos quiere hacer creer en tales supersticiones!*

He ahí a Bernadette en su sitio habitual, delante de la roca, pero a su lado con el sargento de caballería de Angla, que repite con creciente ironía:

—*¿La ves?... ¿La ves tú?... ¡Tú ves como yo!*

Bernadette calla. Para los que estuvieron en la gruta los días anteriores es evidente que no ocurre nada. Bernadette ha terminado su rosario sin que su rostro haya cambiado. Para ella ninguna luz ha taladrado las tinieblas. Su angustia provoca compasión. Tía Bernarde apaga el cirio y se la lleva. Se la hace descansar en el molino de Savy, como el 14 de febrero, de confusa memoria...

El sargento de caballería se muestra triunfante:

—*¡Las alas de mi sombrero han espantado la aparición!*

Los comentarios van en todas las direcciones:

—*Esto son tonterías, dicen unos.*

—*Ha sido por los gendarmes, explican otros.*

—*Había pasado la hora...*

Y es en esta última explicación donde coinciden los 'creyentes', como empiezan ya a designarlos. Por lo que hace a Bernadette sólo murmura:

—*Yo no sé en qué le he faltado...*

Esa tarde se escabulle, por segunda vez, hasta el confesionario del abate Pomian. Y le somete su caso de conciencia. Y él le tranquiliza la conciencia, siguiendo no se sabe qué moción interna:

—*No tienen derecho a impedírtelo.*

Sobre ese derecho deliberan a esa misma hora las autoridades. El sargento de caballería, el procurador Dutour y el alcalde Lacadé están reunidos:

—*La prohibición no tiene bases legales, observa este último. La opinión está en favor de la pequeña, y no faltaría quien 'nos tirase la piedra', si actuásemos contra ella. No hay duda de que hemos de vigilar. Pero reprimir sería un error.*

Prevalece esta opinión moderada. Para Bernadette se ha desenredado una situación enmarañada.

Séptima aparición

Martes, 23 de febrero

El 23 de febrero, a las cinco y media, Bernadette está en camino. En la gruta hay casi un gentío: unas 150 personas. Allí se ven por primera vez, en medio de las boinas y capuchas, los sombreros de los señores y damas de la sociedad, comprendida la *intelligentsia* que se reúne en el *Café français*: el doctor Dozous, el señor Dufo, el abogado (consejero municipal) y Jean-Baptiste Estrade que la antevíspera había asistido al interrogatorio en casa del comisario. Secretamente interesado, aunque perplejo, sólo ha venido a instancias de su hermana Emrnanuélite y de algunas amigas devoradas por una curiosidad ya en efervescencia. Por su parte, viene como caballero acompañante, porque las jóvenes de buena familia no salen solas por esa época; personalmente es escéptico.

Irónico en el camino de ida, se muestra entusiasmado al regreso. El

éxtasis de Bernadette le ha subyugado.

— *Yo he visto a la señorita Bachel en el teatro de Burdeos. Está magnífica... pero infinitamente por debajo de Bernadette... Esa niña tiene delante de sí un ser sobrenatural.*

Su 'conversión' propaga el suceso y el crédito de la aparición. Pero *Aqueró* está siempre silenciosa, y Bernadette sigue sin saber su nombre.

Octava aparición Miércoles,

24 de febrero

El miércoles 24 ha tenido dificultad en alcanzar 'su' puesto, en medio de una multitud de aproximadamente 300 personas. Después del rosario en éxtasis, he aquí un hecho nuevo: avanza de rodillas uno o dos pasos y parece caer de cara contra el suelo...

A su lado, su joven tía Lucile (dieciocho años) lanza un grito y se desvanece; Bernadette siente un estremecimiento. Acaba de prosternarse y de besar la tierra, pues así lo pide la aparición.

Y vuelve a la realidad exterior para decir:

—*¡Tía, no tengas pena!*

Pero ya la aparición ha desaparecido.

Hoy ha pronunciado una palabra nueva, que ella repite:

—*¡Penitencia!*

Ella ha dicho:

—*Rogad a Dios por los pecadores.*

Después ha rogado a Bernadette que hiciera un ejercicio penitencial:

—*Besa la tierra en penitencia por los pecadores.*

Ese es el gesto que Bernadette ha hecho y que tanto ha impresionado a su tía Lucile.

Jueves, 25 de febrero

Un agua todavía turbia

El 25 de febrero la afluencia comienza ya a las dos de la madrugada, porque son pocos los puestos buenos desde donde puede verse. En el pueblo ha habido golpes durante toda la noche en tabiques y postigos. Los

amigos previenen a los amigos. Al llegar la vidente hay ya 350 personas.

Bernadette recita el rosario en éxtasis, como de costumbre; después entrega a Éléonore Pérard, su vecina, el cirio y su capucha blanca, y repite el gesto interrumpido la víspera: escala de rodillas la pendiente que se alza hasta el fondo de la gruta. De cuando en cuando besa el suelo. Su agilidad sin esfuerzo es sorprendente entre aquellos guijarros. Le abren paso y están a la espera de lo que va a ocurrir.

Bernadette ha llegado bajo la grieta de la bóveda que permite el paso de la luz, aquella chimenea vertical que comunica con el nicho de la aparición. Se detiene. Sus labios se mueven. Pero, como siempre, nadie escucha el sonido de su voz en esas conversaciones abiertas al otro mundo. Bernadette parece asentir. Después, he ahí que se dirige, siempre de rodillas, hacia el Gave. Allí algo la detiene. Se gira hacia el nicho, y regresa en sentido contrario, ahora ya andando. Sube hasta el fondo de la gruta. Llegada al punto en que la parte inferior de la bóveda alcanza el plano inclinado de las morrenas, se inclina buscando con los ojos no se sabe qué. Inquieta, vuelve a bajar, mira de nuevo hacia la cavidad interior, sube otra vez y ahora se curva sobre la tierra, mira con repugnancia el suelo cenagoso, empapado de agua, echa una mirada embarazosa sobre la cavidad, araña el suelo con la mano derecha, y hace un pequeño agujero o *clot* como dicen en Lourdes. Saca de ese hoyo una especie de barro rojizo, se lo acerca al rostro, lo tira con asco, y vuelve a comenzar. Querría beber aquella agua sucia, pero su repugnancia es más fuerte. Sólo a la cuarta vez lo consigue. En seguida come unas hierbas de hojas lobuladas que brotan en el fondo de la gruta: la dorina (D4, p. 391-393).

¿Qué está haciendo? No se entiende nada. Cuando vuelve a bajar con el rostro embadurnado, hay consternación:

—*¡Está loca!*, murmura la gente.

Los amigos, a los que el entusiasmo de Estrade había llevado a ver a la émula de la famosa Rachel (muerta el mes anterior), no ocultan su decepción. Elfrida Lacrampe, la hija del posadero, cuya cólera le pone en los labios el lenguaje de los cocheros de su padre, estalla:

—*¡En vez de Rachel nos habéis traído a ver una pequeña mierdosa!*

Estrade no sabe qué decir; su fervor se ha apagado:

—*Estoy desorientado. No comprendo nada.*

La discusión volverá a surgir esa misma tarde en el *Café français* donde volverá a hacer un mal papel.

A quienes le preguntan Bernadette explica:

—*Aqueró me ha dicho:*

Vete a beber a la fuente y a lavarte.

Como no veía agua, me he ido al Gave. Pero ella me ha hecho señas con el dedo para que fuera bajo la roca. Allí he encontrado un poco de agua, como fango: tan poca que apenas podía tomarla en el cuenco de la mano. Tres veces la he tirado, tan sucia estaba. A la cuarta vez he podido.

—*Pero ¿por qué te ha rogado eso?*

—*Ella no me lo ha dicho.*

—*¿Y la hierba que has comido?*

Bernadette no da ninguna respuesta.

—*¿Sabes que te tienen por loca al hacer tales cosas?*

—*¡Por los pecadores!*, responde únicamente Bernadette, repitiendo la palabra escuchada en el éxtasis.

Los pecadores, el pecado, ¿es eso tan grave? La mirada y el tono de Bernadette abren nuevos horizontes.

Por la tarde las gentes regresan a la gruta. Observan el agujero 'grande como una sopera' que Bernardette ha excavado. En ese hoyo de agua fangosa Éléonore Pérard planta un bastón. Y percibe el rumor de agua corriente. Otras personas intentan beber como Bernadette. El agua salta con más abundancia y se aclara a medida que se va sacando. Un fango que se transforma en agua pura... Se comienza a comprender el mensaje que pide la conversión de los pecadores...

Desde aquel día dos botellas llenas suben al pueblo. Jeanne Montat se las lleva a su padre enfermo:

— *Tiene que beber de esta agua, piensa ella.*

La otra la sube el hijo del recaudador, un muchacho que llevaba una venda sobre el ojo. Los días sucesivos ya no la lleva, observa Jacqueline Pène, la hermana del vicario que le ha visto sacar el agua.

En casa del señor procurador

Esa misma tarde un agente de policía se presenta en el 'calabozo':

—*El señor procurador imperial ruega a Bernarde Soubirous que se*

presente esta tarde en su casa a las 6 en punto.

François Soubirous está en el gran mercado de Tarbes, donde lleva un carro de Cazenave. ¿Qué hacer? Louise recurre llorando al primo Sajous que trabaja en la cantera de Ger. El hombre acude y se pone el traje de domingo.

El procurador vive a 300 metros de allí, en la casa Claverie (el presbiterio actual de Lourdes), calle Marcadalousse (hoy calle Bagnères). Con mirada suspicaz examina al mozo que se presenta con las dos mujeres:

—*¿Es usted su padre?*

—*No, soy su tío y el dueño de la casa donde vive.*

—*Bernadette, entra con tu madre. ¡Usted espere ahí!*

El gesto detiene a Sajous ante la entrada. Y la puerta se cierra.

El interrogatorio se desarrolla según las reglas, como el del comisario, aunque a ritmo menos vivaz. El procurador Dutour es un intelectual minucioso. No tiene los recursos felinos de Jacomet. Se parapeta detrás de su cargo y de su timidez para impresionar a la inculpada. Pero ni el aparato de la justicia ni la solemnidad del tintero impresionan a Bernadette. El procurador ha empezado desde luego con distanciamiento, método y autoridad. Las respuestas de Bernadette escapan a sus previsiones, y el procurador pierde el hilo. Es su debilidad (la única de este hombre irreprochable, pero que sus relaciones con los superiores ponen implacablemente de relieve, y de la que dan testimonio sus borradores). Bernadette se ríe viendo que no atina con la boca del tintero. El procurador agota todos los medios para desenmascarar la invención, la exaltación, el interés y demás recursos clásicos que suelen darse en tales asuntos. E intenta terminar.

—*Vas a prometerme que no volverás más a la gruta.*

—*Yo he prometido ya ir allí durante quince días.*

—*Esa promesa hecha a una señora a la que nadie ve, no vale nada. Hay que abstenerse.*

—*Yo experimento una gran alegría cuando voy allí.*

—*La alegría es mala consejera. Escucha más bien a las hermanas que te han dicho que era una ilusión.*

—*Voy arrastrada por una fuerza irresistible.*

—*Entonces, si te meten en la cárcel, ¿qué harás?*

—*Oh, si no puedo ir, monees no iré.*

El señor Dotour intenta una última intimidación.

—*Id a decir al comisario que venga a buscar a esta niña para meterla en prisión.*

May se pone a sollozar. Hace dos horas que está de pie al lado de Bernadette también de pie y se tambalea. El procurador se da cuenta de ello.

—*Hay sillas, podéis sentaros.*

El tono deja entrever la condescendencia y el desprecio que el procurador manifestará en su próximo encuentro. Bernadette advierte los matices. Y se oye a sí misma respondiendo sin ninguna reflexión:

—*¡No, que se la mancharía!*

Y mientras Louise se deja caer sobre la silla que le ha puesto la señora Dutour, ella se instala 'en el suelo como los sastres'.

Resuenan los golpes en los postigos. Sajous y sus amigos que han tenido tiempo de beber regularmente en el café del primo Sajous, que está enfrente, comienzan a dar señales de su presencia. El procurador tiembla. Su mano no atina a encontrar la boca del tintero.

Tras una última intimidación (para salvar la cara) las dos mujeres son despedidas. El interrogatorio no ha sido un éxito. El procurador ha destruido más tarde los borradores hechos a tropezones.

A Bernadette y a su madre se las llevan a beber el último vaso en el café Sajous.

Son casi las nueve de la noche cuando Bernadette vuelve al 'calabozo'. Dominique Cazenave la espera a la entrada.

—*Y bien, ¿has confesado?*

—*Sí, he dicho la verdad. Ellos dicen mentiras.*

No logra comprender las fintas y contradicciones de aquellos señores. Y pregunta:

—*¿Cuándo no se ha escrito bien, hay que hacer cruces? El señor procurador siempre hacía cruces (de tachadura). Y ríe.*

—*¡Qué niña eres!, dice su madre.*

El relato de Bernadette tomará proporciones fantásticas entre la

población de Lourdes. El temblor del procurador se convertirá en un baile de san Vito; las tachaduras, grandes cruces que él se veía obligado a trazar sobre el papel. Y aquella noche (se asegurará bien pronto entre el pueblo) las candelas se encendieron solas por la casa... Bernadette se queda al margen de toda esa mitología.

La expectación del día 26 de febrero

La mañana del 26 de febrero se repite la situación del día 22, después del interrogatorio del comisario. A Bernadette le han prohibido acudir a la gruta. La prohibición viene esta vez de más arriba. Pero ahora hay una multitud de gentes que esperan a la puerta. Bernarde Castérot, consciente de sus deberes de primogénita, ha ido al 'calabozo'. Se ha sentado a la mesa y está perpleja. Bernadette observa a la autoridad familiar de las grandes ocasiones:

—*¡Yo, en el lugar de Bernadette, iría!*

Sin pronunciar una palabra Bernadette descuelga su capucha blanca de la pared.

En la gruta hay ese día alrededor de 600 personas. Hace falta por parte de todos una enorme buena voluntad para que Bernadette llegue hasta 'su' sitio. Recita el rosario. Y nada. Vuelve a practicar los ejercicios 'penitenciales' por los pecadores. Y nada de nada. Tiene un gesto implorante. Sus vecinos al acecho interpretan:

—*¡De rodillas todo el mundo!*

Pero *Aqueró* no ha pedido nada. *Aqueró* no está allí. Bernadette se lava en la fuente que se ha aclarado por la noche. Reza en vano. Y se la llevan al molino de Savy, refugio de los días calamitosos.

Ajena a los consuelos, ella se pregunta:

—*¿Qué es lo que le he hecho?*

Apariciones penitenciales

(27 de febrero-1.º de marzo)

La mañana siguiente, 27 de febrero, *Aqueró* está allí; ha acudido al encuentro en medio de una multitud cada vez más numerosa, pese a las decepciones de los dos días precedentes. Entre los nuevos, está Antoine Clarens, director de la *École Supérieure de Lourdes*. Viene a proyectar las

luces de su cultura sobre este oscuro asunto.

De regreso empieza a redactar, por indicación del prefecto —su amigo y protector— una memoria, titulada *La gruta de Lourdes*. Los ejercicios de la vidente que camina de rodillas y besa el suelo le han producido una mala impresión.

Por la tarde acude a interrogar a Bernadette. La ingenua seguridad de la niña y su 'encanto' le impresionan. Sin ningún énfasis ella explica el sentido de aquellos gestos insólitos:

—*En penitencia, primero por mí y después por los demás.*

Clarens está perplejo. Sus 'luces', tan eficaces para disipar las supersticiones populares, no tienen nada que hacer ante esta limpidez.

Bernadette prosigue los ejercicios de penitencia al día siguiente y al otro, ante una multitud cada vez mayor.

El domingo, 28 de febrero, son 1150 las personas reunidas. Ese día el comandante Renault, jefe de escuadrón de la gendarmería, llega de Tarbes para disponer las medidas que impone la afluencia creciente, peligrosamente enclavada entre una pendiente abrupta y la orilla del Gave.

A la salida de misa mayor el guardafuentes Latapie agarra a Bernadette por la capucha, como el domingo último. Esta vez para el interrogatorio del juez de instrucción, Clément Ribes. El magistrado choca con la resolución de ella de ir allí 'hasta el jueves'. Ella lo 'ha prometido'. Y el magistrado carece de medios legales para impedirselo.

El lunes, 1.º de marzo, la gente llega a la gruta hacia la medianoche. El ambiente es de recogimiento. Se improvisan las oraciones. Hay una multitud cercana a las 1500 personas. Se ven los mantos blancos de los cazadores de Visens. Y, en el último momento, la sotana de un sacerdote. No es de Lourdes; se llama Désirat. Es miope e ignoraba que el abate Peyramale había prohibido a los clérigos acudir a la gruta. Su llegada produce sensación. Se le hace sitio. Él está muy confuso de encontrarse en primera fila. Con sus ojos agrandados por las lentes ve a Bernadette en éxtasis. Desde entonces guardará un recuerdo imborrable.

La sonrisa supera cuanto pueda decirse. El artista más hábil, el más consumado actor, no reproducirían jamás aquel encanto y gracia. Imposible figurárselo.

Lo que más me impresionó fueron la alegría y la tristeza que se dibujaban en su rostro. Estos fenómenos se sucedían uno a otro con la rapidez del relámpago. No obstante... nada de brusco; era una transición admirable. Yo había observado a la niña cuando se dirigía a la gruta; la había observado con un cuidado escrupuloso. ¡Qué diferencia entre la que era entonces y, la que yo vi en el momento de la aparición!

Respeto, silencio y recogimiento reinaban por doquier. ¡Oh, qué bien se estaba allí! Yo me creía en el vestíbulo del paraíso.

Primer milagro

Fue aquel día cuando se produjo en la gruta la primera de las siete curaciones que el obispo retendrá como 'obra de Dios', tras las largas investigaciones de la comisión episcopal y del profesor Vergez, catedrático de medicina (D6, p.260; cf. D5, pp.168-169, 263-264, 357).

En plena noche, Catherine Latapie, llamada *Chouat*, parte para Lourdes. Está encinta de nueve meses. Toma consigo a sus dos hijos menores. La gruta queda a 7 kilómetros. Un impulso instintivo la ha puesto en camino como sacándola del fondo de un abismo. En octubre de 1856 había subido a una encina, vareando bellotas para sus cerdos, y se había caído. El médico pudo colocarle el brazo dislocado; pero le habían quedado dos dedos retorcidos y paralizados. Se trata de la mano derecha. Y Catherine no puede hilar, ni hacer punto ni nada útil. Es la ruina.

Catherine asiste a la aparición con sus dos chiquitines; después trepa hasta el fondo de la gruta, hasta la fuente del arroyuelo que ahora fluye hasta el Gave. Mete la mano en ella y una gran dulzura la invade. Los dedos encogidos han recobrado repentinamente su agilidad...

Un violento dolor de sus entrañas acorta su acción de gracias. Y murmura: —*¡Virgen Santa, que acabáis de curarme, permitidme que vuelva a mi casa!*

A toda prisa toma a sus hijos de la mano. Y recorre sin detenerse los siete kilómetros de regreso a Loubajac. Tan pronto como llega, da a luz sin ayuda de nadie y 'casi sin dolores'. La comadrona, avisada a toda prisa, no llegará más que al primer vagido de recién nacido. Es un varón: Jean-Baptiste, que llegará a ser sacerdote.

Capilla y procesión

2 de marzo

El día 2 de marzo, al término del éxtasis, ante 1650 personas, Bernadette se dirige hacia el presbiterio. La han precedido algunas devotas que han recogido de sus labios el mensaje:

—*Ve a decir a los sacerdotes que vengan aquí en procesión y que se construya una capilla.*

Sólo han retenido el primer punto: la procesión. Para ellas es urgente... Se trata sin duda alguna del ‘gran día’, de pasado mañana, jueves, para la clausura de la quincena. Bernadette no ha precisado nada al respecto, mas para las devotas es algo evidente. Ella corre a llevar ese mensaje a la casa rectoral. No permanece allí mucho tiempo. La idea de tener que autorizar una procesión justo cuando los magistrados están preocupados por frenar aquella loca afluencia a la gruta, la evidencia del rechazo que opondría el obispo a tal proyecto, el ridículo que se seguiría, se imponen de lleno al abate Peyramale. Se levanta en él una irritación, tanto más fuerte cuanto que el abate se siente más fuertemente obligado a neutralizar la inexplicable propensión a creer que le trabaja, viendo tantos frutos de gracia en su parroquia... Las devotas hacen el gasto de ese conflicto interior. Ellas aguantan una de esas bruscas cóleras de las que él tiene el secreto en los casos difíciles.

Y he aquí que llega Bernadette acompañada de sus tías Bernarde y Basile. Se le acoge mal:

—*¿Eres tú la que va a la gruta?*

—*Sí, señor cura.*

—*¿Y tú dices que ves a la Virgen?*

—*Yo no he dicho que sea la santísima Virgen.*

—*Entonces, ¿quién es esa dama?*

—*No lo sé.*

—*¡Ah, tú no lo sabes! ¡Mentirosa! Y sin embargo a las gentes que haces correr tras ti lo dicen, y lo han escrito el periódico, que pretendes ver a la Virgen Santísima. Entonces, ¿a quién ves?*

—*Alguna cosa que se parece a una señora.*

—*¡Alguna casa! ¡Quaouqu'arré!*

Y resuena como un trueno esta palabra patois.

Bernadette intenta transmitir el ruego de la procesión; pero en un inextricable quid pro quo. Ignora que las devotas se le han adelantado y han pedido 'la procesión' *¡para el jueves!* La cólera del cura vuelve a surgir, luchando contra la agresión y contra sí mismo. Recorre la habitación de un lado a otro repitiendo:

—*¡Ya está bien! ¡Una señora! ¡Una procesión!*

Mira a los dos tías de Bernadette a las que hubo de expulsar de las hijas de María por haber concebido antes de casarse (*Pété à vêpres*, según la expresión local).

—*Es una desgracia tener una familia como ésta, que lleva el desorden al pueblo* (y con la mirada fulmina a Bernadette): *Retenedla y no la dejéis mover.*

Tía Bernarde se ha eclipsado, mientras que Basile y Bernadette se hacen 'pequeñas como dos granos de mijo'.

—*¡Marchaos!*

Estas últimas palabras del abate Peyramale suenan como un *Vade retro*.

—*¡A mí no volverán a cogerme para venir a casa del señor cura!* dice Basile al salir.

Algunos pasos más allá Bernadette se detiene:

—*¡Oh, tía Basile! Tenemos que volver, me he olvidado de decir lo de la capilla.*

—*¡No cuentes conmigo! ¡Vamos ya! ¡Nos vas a poner enfermas!*

Bernadette busca inútilmente alguien que le acompañe. Todo el mundo se escabulle..., salvo, al final, Dominiquette Cazenave, la hermana del dueño de la diligencia, con quien trabaja François.

Vuelve sola a la casa rectoral y arregla un encuentro para algo más tarde... Por la noche, a las siete, cuando el señor cura se haya tranquilizado.

Allí hay muchos sacerdotes, los vicarios Pène, Serres y Pomian, el confesor; todo un areópago. Bernadette transmite la segunda parte de su

encargo:

—*Ve a decir a los sacerdotes que hagan construir aquí una capilla* (H5, p. 182)

Pero ella está tan impresionada que agrega, la única vez en su vida, un comentario a los términos del mensaje.

—*Una capilla... cuanto antes, aunque sea muy pequeñita.*

—*¿Una capilla? ¿Esto es como la procesión? ¿Estás segura de ello?*

—*Sí señor cura, estoy bien segura.*

La impresión y el embrollo de la mañana han borrado la petición de la procesión en la frágil memoria de Bernadette. ¿La aparición ha hablado realmente del jueves? ¿Cuáles son las palabras que ha pronunciado? Todo ha desaparecido como las frases del catecismo en Bartès. Bernadette guarda una vaga idea de procesión; pero no puede honestamente precisar los términos.

—*¿Tú sigues sin saber cómo se llama ella?*

—*No, señor cura.*

—*Pues, bien, es necesario que se lo preguntes.*

El señor cura vuelve a hundirse en el silencio. Y aquellos señores ven en ello todas las cuestiones acumuladas sobre el suceso. El abate Pomian teme una crecida del folklore y de las supersticiones locales.

—*¿Has oído hablar de hadas?*

—*No, señor abate.*

—*¿Has oído hablar de brujas?, pregunta otro.*

—*No, señor abate, responde Bernadette (todo ello en patois, desde luego).*

—*¡Tú mientes! Todo el mundo ha oído hablar de brujas en Lourdes.*

Dorniquette, cuya situación en la parada de la diligencia la ha hecho experta en desembrollar malentendidos entre el patois de un valle y el de otro, interviene:

—*Señor abate, ella no os entiende. Habladle de 'brouches', 'sourcieros', lo otro no quiere decir nada en el patois de aquí.*

El abate Pène moviliza, a su vez, sus conocimientos de patois para preguntarle:

—*¿Cuáles son las 'paráoulos' que la señora ha dicho?*

—*No ha habido ninguna 'paráou' allí*, responde Bernadette.

—*¿Cómo que no ha habido palabras!, ¿Y lo de la capilla, y lo de la procesión?*

Dominiquette vuelve a intervenir:

—*Señor abate, ella no os comprende: en Lourdes se dice 'parólos' y no 'paráoulos', como en vuestro valle. ¡Con 'paráou', ella ha entendido artesa!... ¡Señor cura —agrega— dejadla libre!*

Bernadette sale de allí a toda prisa del brazo de Dominiquette.

—*¡Estoy muy contenta, porque he hecho el encargo!*

La vigilia

3 de marzo

El día 3 de marzo hay 3000 personas en la gruta. Verdaderos racimos humanos se agarran a todas las asperezas de la roca y de la pendiente. Aquella multitud reza desde hace horas, aunque muy pocos logran ver a Bernadette. ¿Qué ha ocurrido esa mañana? Rumores contradictorios corren por el pueblo: *No la ha visto... Sí, sí la ha visto.*

De hecho *Aqueró* no se ha aparecido en el tumulto matinal. Bernadette se ha ido turbada como los días 22 y 26 de febrero. Pero un poco más tarde ha regresado por el camino al pie del castillo. Y esta vez *Aqueró* ha acudido al encuentro.

Por la tarde, cuando el señor cura vuelve de Tarbes, donde ha ido a pedir consejo al abate Ribes, Bernadette llama a la puerta de la casa sacerdotal.

—*Señor cura, la señora sigue queriendo la capilla.*

—*¿Le has preguntado su nombre?*

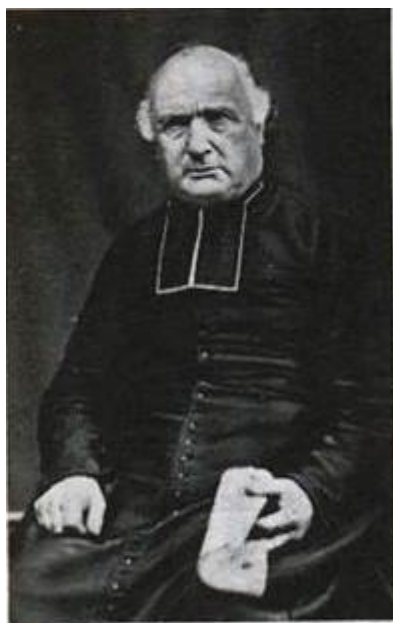
—*Sí, pero ella no hace más que sonreír.*

—*¡Se está burlando lindamente de ti!*

El fervor y las conversaciones que el señor cura comprueba en la parroquia alimentan en él una esperanza. Se le ocurre la idea de pedir una señal que disipe su perplejidad. En Guadalupe (México), en el siglo XVI, la Virgen había hecho florecer la montaña en pleno invierno.

—*Bien, si quiere la capilla que diga su nombre y haga florecer el rosal de la gruta; y entonces haremos construir una capilla y desde luego que no será 'pequeñita', sino que será bien grande, agrega el señor cura,*

ajeno a cualquier mezquindad.



Peyremale



Jacomet

'El gran día'

jueves, 4 de marzo de 1858

Y llega el último día de la quincena, ¡'el gran día'!, según la expresión que hará fortuna. A las 11 de la noche, la víspera, el comisario de policía se presenta en la gruta. Inspecciona todas las cavidades para verificar que no haya algún tinglado o fuego de artificio disimulado en algún sitio para hacer algún milagro. Se sorprende de encontrar ya a tanta gente. ¡Y en oración!

A las 5 de la madrugada el comisario renueva su inspección. Con gran trabajo, ésa es la verdad, porque la gruta está de bote en bote y los racimos humanos se agarran a los menores salientes de la roca.

La multitud ha acudido de todos los valles. A las 6 los gendarmes de Argelès y de Saint Pé están reunidos delante del ayuntamiento, así como los soldados del castillo. Hay soldados de guardia a lo largo del camino.

El alba lechosa descubre a una multitud agolpada en las dos orillas del Gave. Los capuchones rojos de las mujeres de Barèges se mezclan con los capuchones blancos de las mujeres de Lourdes. Desde el picacho de roca sobre el que domina en el cruce de siete valles, jamás el castillo de Lourdes había contemplado a tanta gente... y sobre todo en aquel rincón

desierto. Las estimaciones varían de 8 a 20 mil personas (la cifra más baja es, como de costumbre, la más segura).

La multitud está sorprendentemente tranquila. No ha cesado la oración. La gente ha soportado el amontonamiento, los zarzales y hasta los empujones que de cuando en cuando lanzan al agua del canal a los espectadores de la primera fila. Por fortuna el vado es poco profundo; Bernadette lo había cruzado descalza el 11 de febrero.

A las 7 de la mañana, la hora habitual de estos últimos días, Bernadette no está allí todavía. La ansiedad crece entre la multitud; el dolor y la fatiga exasperan a todos. ¿Habrán secuestrado a Bernadette? Sensible al ambiente, el comisario que está allí desde las 5 de la madrugada con su ayudante, envía al muchacho Tarbès que vaya por la carretera:

—*¡Vete a ver si llega Bernadette!*

A las 7 y cinco se extiende un rumor por la ladera:

—*¡Ahí está!*

Llega Bernadette acompañada de desase Védère. Ha prometido a su prima mayor (tiene 30 años), institutriz de Momères, que estará junto a ella durante la aparición. Las dos han asistido a la misa primera de las seis y media, y han partido con la última bendición.

La multitud encuentra el medio de apretarse más allá de lo imaginable para dejar paso libre. El servicio de orden no hace más que ayudar a la buena voluntad de todos. La propia Bernadette ha tomado sus precauciones, después que ayer se encontró bloqueada teniendo que faltar a la aparición de la mañana. Por la tarde subió las escaleras de la calle Espènettes a pedir ayuda a Gaço, el hombre que sabe alinear perfectamente a todo el mundo cuando conduce su diligencia a toda velocidad. Abajo, la víspera por la tarde el carretero Tarbès ha instalado una especie de pasarela con planchas en los últimos metros, para que Bernadette llegue puntual y no falte a su encuentro como ocurriera el día antes.

Y hela ahí en su sitio. Pero manee Védère se ha visto bloqueada delante de la pasarela. La oleada de gente se ha cerrado detrás de la vidente... Bernadette, sin embargo, no ha olvidado su promesa y pregunta por su prima. Todos están pendientes de sus labios. Un gendarme y el propio Jacomet franquean la pasarela y señalan a Jeanne entre las mujeres que esperan ansiosas poder pasar.

—*¿Es ella?*

Y Jeanne se reúne con su prima, según lo prometido.

A la tercera Avemaría del segundo misterio, Bernadette entra en éxtasis. El comisario y el teniente de alcalde han sacado sus cuadernillos y toman notas. Jacomet sobre todo anota hasta los menores gestos de Bernadette: '34' sonrisas y '24' saludos en dirección a la gruta. La multitud acompaña sus señales de la cruz. Al cabo de media hora, Bernadette se acerca a la cavidad, lugar de sus conversaciones con la aparición. Sus labios se mueven, pero ningún sonido se filtra fuera de ellos. Allí permanece gozosa durante 2 minutos, y Jeanne Védère ha contado (según parece, sólo en esa fase) 18 sonrisas; después su rostro se ha entristecido durante 3 minutos, para iluminarse de nuevo. Bernadette saluda y vuelve al sitio en que estaba antes; después continúa rezando el rosario durante un cuarto de hora. Al final apaga su cirio y reemprende el camino de Lourdes, indiferente a la atención apasionada del público. La aparición ha sido larga, pues ha durado sus buenos tres cuartos de hora (de las 7,15 a las 8).

Mas no ha habido ni milagro ni revelación. La multitud se vuelve en orden y perpleja. El comisario y el sargento de caballería han triunfado a doble título: por la decepción de la gente y por el éxito del servicio de orden que ha evitado todo accidente. Son los dos temas que tendrán eco en los periódicos de los últimos días siguientes: sobre todo el de la decepción.

Durante la mañana, sin embargo, un tropel de gente se aglomera delante del 'calabozo', y comienza un desfile que no termina nunca. La gente quiere ver a Bernadette, besarla, hacerle tocar sus rosarios. Ella protesta:

—*Y después, ¿qué ocurrirá después?*

En vano. Si se resiste, frenará la oleada incontable. Así que intenta acelerar el desfile para terminar.

—*Traedlos Todos a la vez...* (H5, p.336).

Pero Jeanne Védère, que ha estado la más próxima a su prima desde la misa hasta el final de la aparición, hace cola también ella y se acerca a presentar sus rosarios a Bernadette. Tiene tres: el de los siete dolores, el de los camaldulenses y el de los dominicos:

—*¡También tú!, murmura Bernadette. ¿Qué quieres que haga? Yo no soy sacerdote!*

Y sólo con gran dificultad se consigue cerrar la puerta aprovechando

unos huecos durante la hora de la comida.

Bernadette aprovecha el descanso para ir a dar el recado al señor cura.

El hombre aguarda no sin emoción, espera...

—*¿Qué te ha dicho la señora?*

—*Yo le he preguntado su nombre... Ella ha sonreído. Ya le he rogado que hiciera florecer el rosal, y ella ha vuelto a sonreír. Pero sigue queriendo la capilla.*

—*¿Tienes tú dinero para hacer esa capilla?*

—*No, señor cura.*

—*Ni yo tampoco... Dile a la señora que te lo dé.*

Está decepcionado. También lo está Bernadette por no haber obtenido ese último día la respuesta esperada.

Ocultándose lo mejor que puede, se acerca al n.º 15 de la calle del Bourg donde Antoine Clarens, el director de la escuela, la ha invitado para sustraerse a la multitud. Se admira viéndola participar espontáneamente en los juegos de sus hijos pequeños, como Marie-Jeanne, que tiene 4 años.

Pero la multitud vuelve a agolparse delante del 'calabozo'. Se informan. Y se descubre el escondrijo de Bernadette. Los tres médicos que la habían visto esa mañana a las cinco y media se han reunido y exigen su retorno. Entre las tres y las cuatro François Soubirous recoge a su hija, y vuelve a comenzar el desfile hasta la noche. Bernadette está agotada por los abrazos, y suplica:

—*¡Cerrad la puerta con llave!*

El tugurio infecto y sombrío, del que hablaba el informe del procurador tres días antes, se ha convertido en el lugar privilegiado ante el cual se hace espera como en la corte de un rey. Las gentes quieren dejar allí dinero y regalos. Bernadette lo rechaza con una vivacidad sorprendente:

—*¡Eso me quema!*, dice ella, cuando se intenta deslizarle una moneda de oro en la mano.

Felizmente para ella, porque le están tendiendo trampas. La policía supone que el motivo de todo ello es la estafa. Se ha hecho la prueba enviando a un gendarme. El artificio es un poco grosero. Más tarde lo ha-

cen algunos civiles, luego la señora de Angla en persona, la mujer del sargento de caballería. Hay que consignar bien, Bernadette ignora el gesto experto de quien recoge propinas. Rechaza ese dinero con una violencia que sorprende. ¿Cómo explicar ese entusiasmo después de la decepción de la mañana? Es que un acontecimiento ha vuelto a iluminar la esperanza.

Al regreso de la aparición, por la pendiente abrupta que sube hacia el camino del bosque, Bernadette ha retrasado el paso hasta casi detenerse. Ganço, que la llevaba cogida de la mano, abriéndose paso con la izquierda entre la multitud, se vuelve. Bernadette mira con compasión a una niña con capuchón rojo. Es la niña de Barèges que ya había intentado acercarse a ella cuando se dirigía a la gruta. Se llama Eugénie Troy y tiene la misma edad que Bernadette. Está enferma; lleva una cinta sobre los ojos porque no soporta la luz. Ganço ha visto la mirada afectuosa de Bernadette.

—*¡Haced que se acerque esa niña!*

La muchedumbre hace lo posible, y las dos niñas se abrazan y ríen cogiéndose de las manos. Bernadette abraza por segunda vez a Eugénie y continúa su camino sin haberle preguntado su nombre. Y se escabulle fácilmente entre la gente. Lo que ahora «trae las miradas de todos es el capuchón rojo. Porque Eugénie Troy acaba de levantarse la cinta para mirar a la vidente. La luz solar, que le provocaba un deslumbramiento doloroso, ya no le molesta. Y está transportada de alegría:

—*¡Milagro! ¡Una ciega ha sido curada!*

La noticia se propaga ‘con la rapidez de la chispa eléctrica’, según la fórmula entonces nueva de Peyramale. Se forma un cortejo en torno a la muchacha de Barèges, que desciende a la gruta y se lava en la fuente. El entusiasmo llega al colmo. La conducen al procurador Dutour. Es necesario que ese incrédulo compruebe el milagro. Y se escandalizan de su reserva y escepticismo.

Peyramale parece más acogedor, tanto más cuanto que el padre de la muchacha se entusiasma al testificar: *Con el acento de la convicción más profunda y las lágrimas en los ojos afirma bajo juramento que su hija ha recuperado la vista milagrosamente* (carta de Peyramale, 9 de marzo de 1858, DI, p. 230-231).

Las gentes de Barèges testifican en el mismo sentido. Peyramale redacta inmediatamente un proceso verbal para el obispo, aunque bajo secreto de sumario. Al día siguiente, 5 de marzo, escribe al cura de Barèges. La respuesta tarda porque su colega está ausente. Vendrá personalmente a Lourdes en la segunda quincena de marzo, trayendo una

respuesta decepcionante en sumo grado: esa muchacha nunca ha estado ciega. El estado de su vista sigue siendo mediocre; está muy enferma. La alegría del viaje a Lourdes le ha dado esperanzas sobre su estado, esperanzas compartidas por sus padres. No se puede hablar de curación. Eso es lo que ha comprobado el doctor Theil enviado expresamente para que lo estudiara. La decepción de Peyramale no hará más que confirmarse. La joven de Barèges morirá al año siguiente (9 de junio de 1859).

El enfermo de la granja Piqué

El cura está sobre otra pista. Se cuentan maravillas de las visitas de Bernadette a la granja Piqué donde un pequeño enfermo ha hecho acudir a Bernadette. Se llama Jean-Marie Doucet. Tiene nueve años. No podía comer ni cerrar la boca, que siempre la tenía abierta como un horno. Después de las visitas de Bernadette cierra la boca, come y vuelve a sentir gusto por la vida. El 15 de marzo acude allí el cura con su vicario. 'Mejoría notable', escribe ese día. Pero sería necesario que curase 'radicalmente', para poder decir con san Agustín: *Causa finita*.

Sin embargo, las presiones de la policía van cerrándose en torno a Bernadette. Ha interrumpido sus visitas a la granja Piqué y la boca del pequeño enfermo vuelve a abrirse como antes.

Interrogatorio

El 18 de marzo la someten a un interrogatorio en toda regla, en que declara:

—*No creo haber curado a nadie, y por lo demás no he hecho nada para ello. Yo no sé si volveré aún a la gruta* (H5, p. 35)

No parecía querer enredarse con la autoridad local, concluye el comisario.

El problema

El problema no es ya realmente Bernadette, sino la afluencia que continúa en la gruta. Los cirios se multiplican allí: hay diez el 18 de marzo, diecinueve el 21; el 23 ya aparece una virgen de escayola, proporcionada por un tal Félix Maransin y que ha sido colocada en el nicho de la aparición. ¡He ahí un lugar de culto ilícito y una base de acción legal!

Además, la gente bebe de esa agua y el farmacéutico Pailhasson la ha declarado 'peligrosa'.

La prensa, no obstante, ha hablado claro. A la mañana siguiente del gran día el editorial del *Lavedan* concluía sin ambigüedad:

¡Qué decepción!... Cuántos pobres crédulos han sido humillados... Cuántas personas han comprendido..., ¡demasiado tarde!, el ridículo de su proceder deplorando su excesiva credulidad.

El milagro es la credulidad prodigiosa de esa multitud, a la que el espectáculo de su chasco no ha podido desengañar, agrega Le Bagnérais, mientras que L'Ére impériale, eco officioso del prefecto, lamenta que no se haya cortado por lo sano, todo eso, enviando a la pretendida santa de once años (sic) como enferma al hospital.

El extraño asunto de la gruta trastorna todos los hábitos y desconcierta todas las previsiones.

ÚLTIMAS APARICIONES

(25 de marzo-16 de julio de 1858)

Una atracción irresistible

Bernadette se despierta en las primeras horas del 25 de marzo, día de la anunciación. De nuevo siente el apremio de ir a la gruta. Sus padres querían impedirselo. Pero la atracción es irresistible. Ellos lo saben y la hacen esperar. Pero a las 5 ya está en camino hacia la gruta.

La aparición del 25 de marzo

Esta vez está absolutamente decidida a obtener una respuesta para el señor cura. Después del rosario, *Aqueró* se aproxima por la cavidad interior. Bernadette, rebotante de alegría, se hace violencia para plantearle la cuestión, ceremoniosa como una reverencia, que ella ha preparado en patois:

—*Señorita, ¿querriais tener la bondad de decirme quién sois, por favor?*

Aqueró sonríe. Pero no responde. Bernadette repite con insistencia su petición una segunda y una tercera vez. *Aqueró* continúa sonriendo... Pero esta vez Bernadette no desistirá, ya que es la condición puesta por el señor cura para construir la capilla.

A la cuarta vez, *Aqueró* ya no 'ríe'. Sus manos juntas se separan y se extienden hacia el suelo. Después junta las manos a la altura del pecho, alza los ojos al cielo y dice:

—*Que soy era Immaculada Councepciou.*

'Immaculada Councepciou'

Los colores vuelven al rostro de Bernadette. Acude presurosa a la casa rectoral repitiendo las palabras, que no quiere arriesgarse a perder

como las de la procesión. Se sustrae a las preguntas y repite sin detenerse: *Immaculada Coun...cet-tiou. Immaculada Coun...cet.ciou*. Se atasca en las dos últimas sílabas. Llega a la casa rectoral y le grita al señor cura:

—*Que soy era Immaculada Councepciou*.

Peyramale vacila bajo el golpe, y se apresta a decir:

—*¡Pequeña orgullosa, tú eres la Inmaculada Concepción!*

Pero las palabras se atascan en su garganta ronca. Comprende perfectamente que Bernadette no dice eso por su propia cuenta. Su razón se debate por escapar a una luz cegadora. La razón acude en ayuda de su resistencia. La Virgen ha sido concebida sin pecado, pero ella no es su concepción. Por fin brotan las palabras:

—*¡Una señora no puede llevar ese nombre! ¡Te engañas! ¿Sabes tú lo que eso quiere decir?*

Bernadette mueve la cabeza en señal de negación.

—*Entonces ¿cómo puedes decirlo, si no lo has entendido?*

—*Lo he venido repitiendo por el camino*.

Peyramale siente que le abandona toda su cólera. ¿Qué extraño movimiento se levanta en su pecho? ¿Estará enfermo? Son los sollozos que está reteniendo.

—*Sigue queriendo la capilla*, murmura Bernadette en el silencio.

El cura moviliza todos los recursos de su autoridad para salvar las apariencias.

—*Vete a tu casa, que ya te veré otro día*.

Bernadette está desconcertada. ¿Por qué se enfada el señor cura? ¿Y qué querrán decir esas palabras, que nunca ha oído, pero que le parecen tan hermosas y alegres? Sin duda que la expresión Inmaculada Concepción ha impresionado sus oídos en la iglesia, cuando se celebra la fiesta del 8 de diciembre. Pero en sermones pronunciados en francés, que es para ella una lengua extraña... Y la idea le resulta tan desconocida como el misterio de la Trinidad. Lo que quiere decir *Immaculada Councepciou* sólo lo aprenderá esa tarde en casa del señor Estrade, el primero que ha pensado en explicárselo.

¡Así, pues, era sin duda la Santísima Virgen! Por fin, puede abandonarse a la alegría que la había invadido esta mañana.

Pero la fórmula la desconcierta. Peyramale tiene ancho campo para formular sus objeciones teológicas en la carta que escribe esa tarde al

obispo. Los 'creyentes' están incómodos por la expresión insólita. Cada uno la acomoda a su manera corrigiendo a Bernadette. Y le hacen decir:

—*Yo soy la Virgen inmaculada.*

—*Yo soy María inmaculada.*

—*Yo soy la Virgen de la inmaculada concepción.* O, en rigor:

—*María, la inmaculada concepción.*

El mensaje desconcertante se reduce a modelos conocidos.

Una vez escrita la carta, Peyramale, liberado ya de sus deberes hacia el obispo, siente personalmente que las cosas se decantan en su interior. Y piensa: esa niña no ha podido inventárselo. Puede que esto... esto debe tener un sentido. Y apela a las figuras de la retórica aprendidas en su seminario. Decir: '*Esto es la blancura misma*' equivale a '*Es muy blanco*'... ¿Cómo se llama eso y cómo puede aplicarse al dogma promulgado en Roma cuatro años antes?

Definimos que la bienaventurada Virgen fue preservada de toda mancha de pecado original... desde el primer instante de su concepción.

La luz se hace sobre esa adhesión del corazón, que en él había sido el primer movimiento, antes de cualquier cálculo.

Aparición decimoséptima

(7 de abril de 1858)

El 6 de abril, martes de pascua, Bernadette se siente atraída de nuevo hacia la gruta. Se pasa por el confesionario después de las vísperas. Antoinette Tardhivail, que ayuda en la sacristía, la ha visto. Adivina algo y así se lo dice a algunas amigas, bajo secreto. Y la noticia se extiende como un reguero de pólvora. Los amigos de Bernadette se inquietan. La semana pasada el procurador la interrogó durante cuatro horas, prohibiéndole que volviera a la gruta (D5, p. 75). Antes de vísperas Bernadette se ha acercado a casa de Blazy, ex alcalde de Adé (a 4 km de Lourdes), curado en la gruta, y que quería verla. Brazy hijo propone llevarla en su *break*, lo que será una coartada providencial.

Al día siguiente por la mañana, miércoles de pascua, Bernadette está en la gruta antes de amanecer. Ya se encuentran allí dos centenares de personas y pronto llegarán a mil.

Bernadette ha entrado ya en éxtasis, en medio de un silencio impresionante. Pero, ¿qué tumulto se advierte en los límites exteriores de la turba? Unos pasos fuertes, una voz autoritaria avanzan hacia el lugar que todos desean:

—*¡Dejadme pasar!*

Es el doctor Dozous. Hace tiempo que quería examinar el éxtasis. Teniente de bomberos al mismo tiempo que médico, había encargado a uno de sus 'hombres', Martin Tarbès, que le avisase. Se abre paso entre la multitud que alza sus protestas... tanto más cuanto que conserva el sombrero puesto en contra de los hábitos de respeto impuestos en la gruta. Y hace frente con convicción:

—*Yo no vengo en son de enemigo, sino en nombre de la ciencia. He llegado corriendo (y descubre su cráneo mondo, que brilla a la luz de los cirios, bañado en sudor) y no puedo exponerme a las corrientes de aire. Mi único propósito es poder verificar el hecho religioso que se cumple aquí; permitidme proseguir mi estudio.*

Se enjuga, temeroso de que le haya sentado mal el correr. Pero he aquí que un fenómeno insólito moviliza su atención haciéndole olvidar todo lo demás. Ese día Bernadette tiene apoyado en el suelo un cirio largo, que le ha proporcionado Blazy, su anfitrión de la víspera. Para proteger la llama contra el viento, sus dos manos han ido subiendo a lo largo del cirio encerrándolo entre sus puños. Envuelve la mecha encendida como entre las dos valvas de una concha. A través de los dedos entreabiertos la llama ilumina las palmas curvadas:

—*¡Pero se va a quemar!*, gritan entre la multitud.

—*Dejadla tranquila*, exclama Dozous.

El médico no cree lo que ven sus ojos. Acabado el éxtasis examina las manos de la vidente, que no comprende nada de aquellos manejos.

—*¡Nou ya pas arré! (¡No hay nada!)*, exclama Dozous.

La fe le ha ganado de golpe. Con la exuberancia explosiva que le caracteriza, proclama el prodigio en el *Café français*, por todo el pueblo y ante el propio comisario, que ha anotado furtivamente en su cuadernillo sus frases de entusiasmo.

Para mí es un hecho sobrenatural el ver a Bernadette arrodillada delante de la gruta, en éxtasis, teniendo un cirio encendido y cubriendo la llama con sus manos, sin que pareciera sentir la menor impresión al contacto de sus manos con el fuego. Yo las he examinado: ni el menor

raastro de quemaduras.

El tiempo de los visionarios

(13 de abril - 11 de julio de 1858)

Después de esa fecha, Bernadette entra en la sombra. Está amenazada. El prefecto quiere terminar de una vez con aquella dichosa gruta. Su propósito es encerrar a la vidente como enferma mental. El 4 de mayo declara abiertamente en Lourdes, donde ha acudido a presidir el consejo de revisión:

Toda persona que se haga pasar por visionaria será inmediatamente detenida y conducida al hospital de Tarbes.

Ese mismo día el comisario despeja la gruta (¡un lugar de culto no autorizado!) de todos los objetos religiosos que la habían adornado. Los amigos que protegen a Bernadette la alejan. El 8 de mayo, sin llamar la atención, la envían a curar su asma en las aguas de Cauterets. Allí pronto se convierte en el centro de todas las miradas. Todo el día le piden oraciones. Pero el comisario de policía del pueblo, encargado de su vigilancia, sólo puede comprobar su discreción y su rechazo 'de cualquier tipo de retribución' (D2, p. 33).

En Lourdes sube la temperatura. La ausencia de Bernadette demuestra que no es ella la causa. ¡El problema es la gruta! Los 'creyentes' han experimentado el despojo del 4 de mayo como un sacrilegio. La fuente les atrae. El boticario Pailhasson la había declarado oportunamente 'peligrosa'. Pero he aquí que el farmacéutico de Trie descubre ahora en ella 'propiedades curativas, especiales que podrían clasificarla entre el número de aguas que constituyen la riqueza mineral de nuestro departamento' (D2, p. 34). Estas frases maravillosas dan pábulo a un sueño del alcalde Lacadé: fundar una estación termal. Sus informes dejan filtrar ese proyecto seductor. Mas, por desgracia, los análisis serios y científicos demostrarán que se trata de un agua absolutamente normal, desprovista de las propiedades tan ambicionadas por la municipalidad.

El peregrinaje popular resiste a las disuasiones, organizándose por sí solo: oraciones, cánticos, cirios, fervor, procesiones. Los gremios de Lourdes han adecentado la gruta. Desde los primeros días el carretero Tarbès y el carpintero Domengieu han cavado una reguera para el agua de la fuente. El 10 de abril construyen un estanque con paneles de césped. El

día 24 el hojalatero Castérot instala allí una artesa de cinc con tres canillas. El carpintero prepara una plancha agujereada para colocar los cirios cada vez más numerosos. Los canteros trazan unas curvas en la pendiente abrupta que baja hasta la cueva.

El sargento de caballería no vuelve por allí. Aquellas gentes 'sin ninguna ganancia' entregan su tiempo y su dinero. Las donaciones afluyen: corazones en oro y plata, imágenes, un velo de gasa y... hasta un queso. En la gruta, el deseo de adquirir da paso al deseo de dar. Y se da todo lo que se tiene. Todos los días dejan dinero en las anfractuosidades de la roca. ¿Quién lo deja? ¿Para qué? Nadie lo sabe. Jacomet encuentra allí una moneda de oro. ¿Quién es el personaje importante que ha hecho ese don? Pues bien, ha sido una pobre anciana, una indigente, que ha depositado allí todos sus haberes, sus reservas para los tiempos malos, diciéndose a sí misma: 'Esto para la Virgen'. Las ofrendas más generosas llegan de los más pobres, vuelve a observar el comisario. Y es un dinero que se respeta; allí permanece sin que nadie se lo apropie. Por un momento Jacomet ha creído olfatear la estafa: el 1.º de marzo el dinero había desaparecido de la gruta. Pero la investigación no ha hecho más que descubrir una piadosa iniciativa: el sacristán Fourcade había recogido y contado el dinero, y se lo había llevado al abate Peyramale para que dijese una misa 'el gran día'. Desde entonces ha continuado la colecta de forma espontánea y en buen orden.

Pero hay fenómenos más discutibles y más inquietantes. Si la oración empezó con las fórmulas recibidas, especialmente el rosario, ahora el fervor frustrado con el fin de las apariciones, se hace a veces febril...

El 11 de abril, cuatro días después de la última aparición pública a Bernadette, cinco mujeres, fascinadas por las misteriosas cavernas de Massabielle, han ido a buscar una escalera en la granja de Espélugues. La apoyan en el fondo de la gruta, a la derecha (en el lado opuesto a la fuente) contra una estrecha anfractuosidad que se abre en la bóveda. Con grandes esfuerzos se cuelan por la estrecha apertura y desaparecen las cinco en aquella caverna con sus cirios. Algunos minutos después vuelven a bajar proclamando que han visto a la Virgen. Se trata de congregantas de buena reputación. Peyramale las acoge mejor que había acogido a Bernadette.

El 16 de abril una expedición del comisario de policía identificará la clave del misterio: después de haber trepado una decena de metros por aquel pasillo rocoso (*que Bernadette ignoró siempre*) el espeleólogo de hoy descubre, como el comisario y las visionarias de 1858, una estalactita

blanca, en forma de estatua... aunque, a decir verdad, sin cabeza. Pero la imaginación y los juegos de sombra la suplen. La desmitificación no detuvo la epidemia de visionarios. En junio se multiplican entre los niños de la escuela; a principios de julio se cuentan hasta cincuenta (yo he hecho el inventario prosopográfico en *Lourdes. Documents authentiques*, tomo 2, p. 56-57).

La gruta prohibida

La administración no esperó a esa fecha para intervenir. El 15 de junio la gruta está prohibida y atrancada. Pero la represión exaspera a las gentes de Lourdes. Las barreras instaladas el día 15 son demolidas el 17 (¡por uno de los que el comisario había requisado para que las pusiera!). Vuelven a levantarlas el 18, pero son abatidas la noche del 27, vuelta a construirlas el 28, pero son demolidas la noche del 4 de julio y de nuevo se reconstruyen el día 10. Los procesos verbales llueven sobre los visitantes. Los visionarios se deslizan entre las planchas separadas. La oración pura del tiempo de las apariciones se corrompe en remilgos y ritos supersticiosos o exaltados.

Primera intervención episcopal

11 de julio

Es entonces cuando interviene la autoridad de la Iglesia. El día 8 de julio el cura de Lourdes alerta al obispo de Tarbes. El 11 monseñor Laurence, que está a la expectativa, denuncia los abusos. Y, cosa sorprendente, desaparecen de repente. No volverá a hablarse de visionarios en la gruta.

Último encuentro

16 de julio de 1858

Bernadette —olvidada— ha permanecido al margen de esa fiebre. He respetado el orden establecido y ha desaconsejado derribar las barreras.

Y hete aquí que el 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen (y cinco días después de la intervención episcopal que había restablecido el orden), se siente atraída hacia Massabielle. Aprisionada, una vez más, entre la obediencia y el atractivo que ella sabe invencible, se adapta a las

circunstancias. Aguarda hasta el oscurecer y, oculta en un capuchón de color oscuro, se apresura en la penumbra, no hacia el Puente Viejo que conduce a Massabielle, sino en dirección opuesta. Se queda en la orilla derecha y gana el prado de la Ribère. Allí hay grupos que rezan silenciosamente de rodillas con el rostro vuelto hacia la gruta que queda lejos y está cerrada. También Bernadette se arrodilla y enciende su cirio: una llama entre las varias esparcidas aquí y allá en la noche que cae. Había salido sola con su tía Lucile. Otras dos congregantes se les han unido en silencio.

Apenas ha comenzado el rosario, cuando las manos de Bernadette se separan en un saludo de gozosa sorpresa. Su rostro palidece y se ilumina... como durante la quincena de las apariciones. Recita el rosario durante un tiempo que nadie se ha cuidado de medir. Se levanta y todo ha terminado. Esa última aparición ha sido silenciosa como las primeras.

En el camino de regreso Bernadette ha dicho simplemente:

No veía ni las planchas ni el Gave. Me parecía que estaba en la gruta, no a más distancia que las otras veces. Sólo veía a la santísima Virgen.

Es la última vez que la ve sobre esta tierra.

TESTIMONIO A LOS CUATRO VIENTOS

(1858-1860)

Durante las apariciones, Bernadette en éxtasis era un testigo sin saberlo. La transfiguración de su rostro y el ímpetu de su plegaria han conmovido y convertido a muchos testigos presenciales, sin que ella se percatase de ello (H3, p.80-135).

En esos momentos ella no tenía que defenderse de los preguntones. Ni siquiera oía a quienes eventualmente querían comunicarse entonces con ella. Estaba aislada del mundo exterior. Pero, tras la aparición, las preguntas fluían de todas partes. Todas las curiosidades, todas las hipótesis, fervorosas o descabelladas aflúan sobre ella. Bernadette se convierte así a lo largo de la jornada en el punto de mira de los que buscan, creyentes o incrédulos, admiradores o adversarios. A partir del 21 de febrero sufre los interrogatorios y las contradicciones en regla de la policía, de los magistrados, de los médicos encargados por el prefecto de redactar un certificado de internamiento en un hospital mental..., incluso de los sacerdotes, a los que teme más porque teme a Dios. Sola para poder responder de la aparición y del mensaje, esta niña endeble se convierte así paradójicamente en la caríátide sobre la cual descansa el futuro de la peregrinación, la capilla que ha de construirse y todo lo demás.

¿Cómo ha salido adelante sin perder su calma, su equilibrio y hasta su razón? Ése es uno de los aspectos más sorprendentes del fenómeno llamado Bernadette. Ella responde sin fórmulas ni cálculos, sin miedo ni complacencia, en términos directos y siempre breves. Realiza sin saberlo la máxima del Evangelio: 'Cuando os hagan comparecer ante las sinagogas, los poderes y las autoridades, no os preocupéis de cómo o con qué os defenderéis o qué habéis de decir' (Lc 12,11).

Ahí está todo su secreto. Y así es como este pequeño David se mantiene firme frente a los Goliat de la Iglesia y del Estado. Quienes no le han rendido el arma han reconocido al menos su inteligencia y su sinceridad.

Sin duda que ha tenido apoyos que la han ayudado a salir del paso en

todos los procedimientos emprendidos para reducirla o eliminarla. Ya desde mediada la quincena de las apariciones, el señor Dufo, abogado y creyente fervoroso de la aparición, la ha puesto en guardia contra ciertas trampas. También el señor Pougat, presidente del tribunal... aunque con un propósito totalmente distinto. Aquel hombre un tanto alegre, perdido en la magistratura a la que había llegado con apoyos políticos, la ponía en guardia contra las convocatorias irregulares del procurador imperial, su subordinado. El señor Dutour estaba al corriente... pero no sabía muy bien cómo arreglárselas para denunciar a su superior jerárquico. Los borradores llenos de tachaduras sobre este punto testifican su embarazo. Pero se sentía menos embarazado para hacer reproches a la vidente:

—*Está prevenida, Bernadette. Inul'un cierto señor cerca de la entrada, que te aconseja. ¡Eso no impedirá que vayas a la cárcel!*

Y Bernadette le respondía, mitad en patois, mitad en francés:

—*Qué deouét parla debout àou même Moussu* (usted debe hablar de pie a ese señor).

Su candor hizo más que los consejos. En el testimonio y en el éxtasis, su secreto no era otro que la transparencia.

La primera comunión

Bernadette va ahora a la escuela. Para ella es una protección contra los importunos.

El 3 de junio hace su primera comunión, satisfaciendo así su gran deseo. Durante el retiro preparatorio el abate Peyramale ha autorizado a una señora forastera a que hable con ella. Y en su presencia la dama le plantea esta pregunta:

—*El señor cura te prohíbe que vayas a la gruta. Pero si la Virgen te ordenase que fueses, ¿qué harías?*

— *Vendría a pedir permiso al señor cura* (carta Peyramale, D2, n.º 314, p. 359).

Al día siguiente de la comunión, Emmanuélite Estrade pregunta a Bernadette:

—*¿De qué estás más contenta: de la primera comunión o de las apariciones?*

Y ella responde:

— *Son dos cosas que van juntas, pero que no pueden compararse.*

Yo he sido muy feliz en las dos (A. Barbet, PONEv 925).

Agüistas y curiosos

El verano ha traído a Lourdes, encrucijada de caminos y de valles en una región termal, su desfile habitual de turistas en vacaciones, comenzando por el propio emperador. La prensa de París ha hablado de las apariciones. Los boletines piadosos sostienen el rumor, sobre todo *Le Rosier de Marie*. Agüistas y curiosos afluyen hacia Bernadette: único recurso para quien quiere saber y juzgar.

En el 'calabozo', la vida está desorganizada por las constantes visitas. Día tras día los Soubirous se oponen a las tentativas cada vez más ingeniosas por dejar alguna ofrenda. Bernadette se mantiene intransigente, no sin echar chispas a veces. Un día unos visitantes ricos han rogado a su hermano menor que vaya a buscar agua a la gruta. Al volver, recibe una moneda de oro. Cuando llega al 'calabozo', orgulloso del dinero que ha ganado, recibe de su hermana una soberbia bofetada, al tiempo que le obliga a devolver inmediatamente la moneda; él mismo lo ha referido.

En julio, un joven abogado de Beaune, Charles Madon, de 32 años de edad, anota sobre el terreno su conversación con Bernadette. De entrada ha quedado prendado por su aspecto 'inteligente, gracioso y modesto, que da gusto ver'. Pero el asma la molesta, y 'tose' frecuentemente. Él le pregunta:

—¿Has rezado para conseguir tu curación?

—No.

—¿Y tus secretos? ¿De qué se trata?

—Sólo se refieren a mí.

—Si el papa te los preguntase, ¿se los diríais?

—No.

—¿Y si tu confesor te denegase la comunión pascual por esa negativa?

—Tampoco.

—Yo conozco uno de tus secretos, y es que serás religiosa.

Bernadette ríe.

—Eso no entra; son más serios.

—¿Te molesta que te pregunte tus secretos?

— *No, pero la aparición me ha dicho que no los diga.*

A fuerza de hábiles preguntas el visitante ha conseguido circunscribir los secretos: han sido confiados 'en patois... y en varios días'. No conciernen más que a la vida de ella. Ni el lugar de peregrinación, ni Francia, ni el mundo, precisará ella en otras ocasiones. Lo que justifica su discreción.

El 17 de julio monseñor Thibault, obispo de Montpellier, llega a Lourdes y pregunta por Bernadette. El señor cura se apresura a hacerla venir a la casa rectoral. Su pobreza y su simplicidad impresionan al prelado. Querría hacerle aceptar una limosna. Nada que hacer. ¿Y este bello rosario indulgenciado por el papa Pío IX en persona? Nuevo rechazo. Si no quiere aceptar ningún regalo, al menos que consienta en cambiar su rosario por el de él.

— *No, señor cura, prefiero los míos.*

Para ella todo eclesiástico es 'señor cura'. No sabe lo que es un obispo, como dos meses antes ignoraba el misterio de la Trinidad. El aparato de este encuentro la impresiona menos que su visita al seminario de Tarbes, donde corría a la ventana del locutorio, impresionada por el número de tantas y tantas sotanas: eran los seminaristas, numerosos como una bandada de gorriones, y exclamaba:

— *¡Oh! ¡oh!*

El 20 de julio, monseñor Cardon de Garsignies, obispo de Soissons, pregunta por ella. La interroga sobre el cielo. ¿No ha vivido ella esa experiencia? Bernadette responde únicamente:

— *Yo no sé nada, monseñor, yo soy una ignorante.*

Al igual que su colega de Montpellier sale de allí impresionado, conmovido, estimulado y reafirmado en sus convicciones interiores.

Los dos prelados se apresuran a testificar ante el obispo de Tarbes, monseñor Laurence, y le presionan para que intervenga. Y así, el 28 de julio, a las 11 de la mañana, firma una *Ordenanza para constituir una comisión investigadora*.

El 28 de julio la almirante Bruat, aya del príncipe imperial, pasa por Lourdes con sus hijas, un sacerdote y una religiosa. La señora conversa con Bernadette:

— *La Virgen casada con san José, debía llevar un anillo, ¿verdad?,*

pregunta el sacerdote que acompaña a la almirante.

—*No, señor cura, no lo llevaba.*

La religiosa pide a Bernadette que les acompañe a la gruta:

—*¡No, no! Me lo tienen prohibido.*

No es difícil encontrar un guía, los 'creyentes' están en la fiesta. Algunos de ellos han alertado maliciosamente al guarda jurado Callet, encargado de poner las denuncias, para ponerla en un aprieto.

Estaba haciendo la siesta, y llega a la gruta cuando aquellas damas están rezando, pese a la prohibición que constaba sobre un poste. Adivina la trampa. Prudente como el centinela que se apresta a disparar contra el enemigo y adivina a su general, se contenta con anotar amablemente en su cuadernillo la identidad de la visitante, con su ortografía deficiente e inimitable:

La almirante Bruat viuda, aya de los hijos de Francia y su familia acompañada de una religiosa.

Para disimular, escala la roca, desciende hacia la gruta rodeada por la empalizada y arroja al Gave los ramilletes de flores que han depositado allí; ésa es una de sus obligaciones diarias. Triste deber que al menos le proporciona una coartada. La almirante es una gran dama y advierte su confusión; por ello le interpela:

—*Señor guarda, ¿queréis tener la bondad de llenarme esta garrafa con el agua que mana de aquel tubo?*

Él lo hace gustoso y le da también unas ramitas y algunas piedras que ella le ha pedido. Pero se niega a admitir una moneda de cinco francos que la religiosa quiere deslizarle en la mano. La almirante se las arreglará más tarde para dejarla en su domicilio cuando esté él ausente... de forma que no pueda rehusarla.

Mientras la señora hace su última oración llega Louis Veillot, director del *Univers*, tocado con un sombrero blanco. Callet anota también su nombre, mientras Veillot exclama:

—*¡Así que se quiere impedir que la gente rece aquí al buen Dios!*
(D3, p. 46).

Sube al pueblo y hace llamar a Bernadette a casa del boticario-chocolatero Pailhasson, en la que organiza una entrevista en toda regla delante de un público numeroso, entre el que se encuentra el abate Pomian, que traduce. Insiste el periodista en los secretos, a pesar de la resistencia

de Bernadette y el desacuerdo del abate Pomian que repite: 'Eso no tiene importancia'. Veillot está muy emocionado. Cuando Bernadette se ha ido, exclama:

—En una ignorante, pero vale mucho más que yo (D3, p. 47).

En Paris, un mes más tarde, el 28 de agosto, la entrevista ocupará cinco columnas de la primera página del *Univers*.

El 30 de julio, el padre Hyacinthe Loison, por entonces famoso predicador y que poco después colgaría los hábitos, somete a la vidente a una contradicción en regla.

Por las mismas fechas un piadoso jesuita, el padre Nègre, pone todos los recursos de su teología para probar a Bernadette que 'ha visto al diablo'.

—*Et diable n'ey pas aoutá beróy qu'éro* (el diablo no es tan hermoso como ella), responde Bernadette.

Según la demonología del visitante, Satán, hábil en metamorfosis, no tiene el poder de ennoblecer todos sus atributos. Tiene unas formas bestiales y las disimula:

—*Tú no le has visto los pies; sus pies estaban ocultos.*

—*Sí, ella tenía los pies descalzos, muy bonitos.*

—*Tú no le has visto las manos. ¿No había una sombra que las tapaba?*

—*No. yo las he visto y eran muy hermosas* (A VII, p. 264).

Aquí Bernadette interrumpe la conversación y dice a su acompañante, Antoinette Tardhivail:

—*Nàt bo crède, tournéns-en.* (No quiere creerlo, vámonos).

Este diálogo, referido por Antoinette, puede parecer inverosímil; pero veinte años más tarde el padre Nègre ha testificado ingenuamente que ésa era de hecho su idea. En su carta de 18 de septiembre de 1878 responde al padre Cros:

Yo sé (sic) que el demonio, en sus apariciones, toma ordinariamente los pies de una bestia.

Después de la encarnación... Dios no quiere permitir al demonio que tome la forma perfecta de la humanidad. Es necesario que se traicione por alguna cosa que pertenece a la bestia (Archives Cros. A VI).

Otros amenazan a Bernadette con el fuego eterno (DR, p. 292), la arrastran a cumbres teológicas peligrosas o a casuísticas inextricables. Ella responde claro y corto, dando en el blanco como Juana de Arco. Un misionero de la diócesis de Tarbes le dice:

—*Puesto que la santísima Virgen te ha prometido el cielo, ya no tendrás que ocuparte del cuidado de tu alma.*

—*¡Oh, señor cura, yo iré al cielo, si hago lo que es conveniente!*

—*Pero, ¿qué entiendes tú por 'hacer lo que es conveniente'?*

—*¡Oh, eso no tengo que decírselo a usted, señor cura!*

Hay quienes le piden lo imposible: que imite la sonrisa de la Virgen, etc.

Bernadette testifica con una grave dificultad. Hasta comienzos de ese año nunca ha hablado más que el dialecto de su valle. El francés es para ella una lengua extraña. Hay incomprendiones y equivocaciones. Ella se da cuenta y, desde el mes de julio, se esfuerza por hablar francés: 'un francés muy incorrecto', anota Balech de Lagarde, periodista del *Courrier français*, llegado desde París el 24 de septiembre, para hacer una entrevista a esta nueva celebridad. Y ha realizado bien su cometido examinándola en todos los aspectos:

—*Mucha gente se ocupa de ti en el país... ¿Te gusta eso?*

—*Me es igual.*

—*Muchos periódicos han impreso tu nombre. ¿Te lo han dicho también?*

—*Sí.*

—*¿Has leído tú los periódicos?*

—*No, apenas si sé leer.*

—*¿Eso te gusta?*

—*¡Oh, no demasiado! ¡No!*

El periodista ha intentado 'cegarla', según su propia expresión.

—*Escucha, Bernadette, es necesario que vengas a París conmigo, y en tres semanas serás rica... Yo me encargo de tu fortuna.*

—*¡Oh, no, no! ¡Yo quiero seguir siendo pobre!*

Y el hombre insiste en vano.

El 5 de octubre de 1858, el emperador está de vacaciones, y, enterado del asunto de Lourdes, hace levantar las barreras de la gruta: medida que le

valdrá una gran popularidad.

Ante le comisión episcopal

La comisión investigadora, nombrada por el obispo, se pone a trabajar. El 17 de noviembre Bernadette es sometida a su primer interrogatorio eclesiástico. En presencia de los cuatro canónigos manifiesta la misma límpida seguridad. Discierne sin ningún titubeo lo que sabe y lo que ha olvidado: las fechas, por ejemplo. Pero el mensaje le está muy presente. Sólo en un punto su memoria está vacía: la famosa procesión pedida por la aparición el 2 de marzo. El recuerdo se ha desintegrado bajo la cólera de Peyramale. No sabe responder más que esto:

—*Yo no estoy segura de que se me haya dado esa orden; más por lo que se refiere a la construcción de la capilla, siempre he estado segura y lo sigo estando todavía* (81, p. 194).

Desde mediados de septiembre de 1858 los Soubirous han abandonado el 'calabozo' por una pieza más salubre, en casa de Deluc, un pastelero-cafétero, vagamente emparentado con los Soubirous a través de los Castérot. Siguen así la advertencia dada por los tres médicos que habían visitado (y examinado de forma sumaria) a Bernadette la mañana del jueves, 4 de marzo.

—*Si queréis conservar a vuestros hijos, conviene que no sigáis aquí* (H5, p. 354, nota 280).

En el molino Gras. 1859

Durante el primer trimestre de 1859, el molino Gras está parado y François Soubirous intenta allí de nuevo su oportunidad. En él un joven turista inglés, R. S. Standen, encuentra a Bernadette el 19 de abril. François Soubirous ha vuelto a su oficio y recuperado su dignidad. Produce una impresión de hombre 'respetable', anota el visitante inglés. Y Bernadette es una *pretty looking girl* (una muchacha de lindo aspecto). Ella le explica 'con mucha inteligencia' el funcionamiento del molino, que conoce desde su infancia. Es bueno hallarse al aire libre, junto a un río. Su asma ha mejorado notablemente.

Lo que impresiona al joven Standen es el desinterés de Bernadette por los milagros de los que se habla con entusiasmo en el pueblo. El inglés le explica algunos. Bernadette, alérgica a las exageraciones, lo descarta

todo en bloque:

—*No hay nada de cierto en todo eso* (D5, p. 51, nota 124).

Entre el 8 y el 12 de agosto Bernadette, agotada, sufre un ataque de asma. Dominique Mariote y Paul de Lajudie la encuentran en cama y aprovechan para interrogarla largamente. Los dos han anotado la conversación, cada uno por su lado, de modo independiente (BI, p. 202-210).

—*¿Por qué te prohibieron ir a la gruta?*

—*Porque todo el mundo me seguía.*

—*¿Y a qué se debe el que ya no vayas ahora?*

—*¡Oh! porque entonces me sentía muy empujada* (muy acentuado, anota aquí Mariote).

—*¿Te sentías muy empujada?*

—*¡Oh, sí!, muy empujada.*

—*¿Y qué es lo que te empujaba?*

—*Yo no lo sé, pero me sentía empujada y no podía aguantarme.*

—*¿Y en cambio ahora ya no te sientes empujada?*

—*No, señor cura.*

—*¿Has visto desde entonces a la santísima Virgen?*

—*No, señor cura, no la he visto.*

—*¿Ni siquiera el día de tu primera comunión?*

—*No, señor cura.*

—*¿Cuándo hiciste tu primera comunión?*

—*El año pasado.*

—*¿Y cuando vas a la gruta ya no la ves?*

—*No, señor cura.*

La estuvieron sonsacando largamente sobre sus secretos, pero perdieron el tiempo por completo. Y con una sonrisa amable y natural se despidió de ellos (D5, p. 318-319; s81, p. 211).

Uno de los dos visitantes, Paul de Lajudie, vuelve a la carga el 28 de septiembre:

—*¿Dirías tu secreto al papa?*

—*La santísima Virgen me ha prohibido decírselo a ninguna persona... el papa es una persona.*

—*¡Pero el papa tiene el poder de Jesucristo!*

— *Sí, el papa es muy poderoso en la tierra, pero la Virgen está en el cielo.*

Y vuelve a comprobar una vez más la indiferencia de Bernadette hacia lo maravilloso.

— *¿Han llegado a tu conocimiento hechos milagrosos, curaciones operadas milagrosamente?*

— *Me han contado que he habido milagros, pero a mi conocimiento, no.*

Como el visitante se extraña, ella precisa:

— *No a mi conocimiento personal, yo no los he visto.*

— *Se dice que has contribuido a algunos de esos milagros. ¿Es verdad?*

Ella sonríe al decir:

— *¡Oh, no señor, ninguno!*

Tanto para sustraer a Bernadette de los importunos como para cuidar su asma, la envían todavía otras dos veces, ese mismo año, a las aguas de Cauterets.

Una vida en cuatro frentes

Durante todo este periodo Bernadette lleva una vida en cuatro frentes:

1. Trabaja para ganar el pan de los suyos: jornadas enteras como 'pequeña niñera' en casa de Armantine Grenier (D6, p. 74, nota 180).

2. Ayuda en su casa y desempeña su papel de primogénita, especialmente respecto de la atolondrada Toinette.

3. No pudiendo frecuentar regularmente la escuela, intenta llenar su retraso mediante las lecciones benévolas de Antoinette Tardhivail.

4. Finalmente, responde a las visitas que llegan de todas partes, bien sea en su casa o doquiera que la llamen: la casa rectora, el hospicio, el hotel de los Pirineos o las casas particulares. Su testimonio es un factor decisivo para la fundación del peregrinaje, en curso de examen por la comisión episcopal:

A disposición de todos, ha edificado a unos y asombrado y confundido a otros, según el testimonio de Peyramale en su carta de 17 de

mayo de 1860 (D6, p. 110).

Bernadette es personalmente, según la expresión del abate Pomian, 'la mejor prueba de la aparición' (PANev 1142). ¡Pero a qué precio!

Lo que la salva no es sólo su don de réplica, sino su economía natural de esos diálogos en que responde únicamente a la pregunta formulada, y nunca más allá; es su indiferencia al efecto producido. No se impone le tarea de convencer. No discute, y desarma al discutiador. Sabe descolgarse de un modo natural, ahorrándose así muchos esfuerzos inútiles.

Con ello sorprende a cuantos la conocen. Nunca manifiesta tanta inteligencia como en sus testimonios, según ha observado alguien que la conoció. Ese carisma, que da toda su medida cuando Bernadette está 'delante de los jueces' (cf. Lc 12, 12), es también un hecho cotidiano en presencia de visitantes de todo tipo. Y escapa así a unos riesgos enormes.

Pero aquello es una vida imposible para los Soubirous. En el molino su natural generosidad vuelve a imponerse de forma peligrosa. Son demasiado acogedores, demasiado complacientes, tanto para los clientes como para los visitantes, de los que no aceptan nada.

Louise vuelve a ofrecer la colación y a decir a los clientes en apuros:

—*Ya pagaréis cuando podáis.*

BERNADETTE PROTEGIDA

Los cuidados de Dominique

A principios del verano de 1860, Dominique Cazenave se inquieta por aquel 'desorden', y va a ver al abate Peyramale:

—*¡No la dejéis en el mundo!* (A VII, p. 73).

El abate Peyramale ya se lo había pensado mucho. Desde el verano de 1858 había propuesto a Bernadette colocarla con las hermanas del hospicio. Pero ella había respondido:

—*¡Oh, yo os comprendo muy bien, señor cura, pero quiero tanto a mi padre y a mi madre!* (D3, p. 326).

Esta vez el proyecto toma forma. El alcalde Tacadé, que subvenciona el hospicio, combina un estatuto particular: Bernadette podría ser acogida en calidad de enferma indigente (D VI, p. 77). Pero, con esa fórmula administrativa, se creará una situación conveniente para que pueda, sobre todo, continuar su instrucción en la escuela de las hermanas aneja al hospicio.

A los padres de Bernadette les desagrade la separación, lo mismo que a ella. Se les ha prometido que su hija irá a verles 'libremente', aunque acompañada por una hermana (Barbet, p. 129-130. D6, p. 77).



El hospicio escuela de Lourdes,
Donde vivió Bernadette

Así pues, el domingo, 15 de julio, Bernadette se instala en el hospicio, en el que permanecerá hasta su partida de Lourdes.

Hela ahí protegida. En cierto sentido ello era indispensable. Pero allí su testimonio pierde en brillo y en libertad. En lugar de arreglárselas con la gente, libremente, según un *modus vivendi* vigilado a distancia por el cura, ahora pasa a ser la vidente a la que una hermana conduce al locutorio y presenta en términos humillantes, porque la pedagogía de entonces creía que era un deber el reprimir el orgullo en las situaciones que se corría el riesgo de despertarlo. Bernadette está así sometida a una ducha escocesa de admiraciones y afrentas, capaz de haber desintegrado naturalezas menos sólidas.

También pierde algo el fulgor de su desinterés. En ausencia de Bernadette la familia será menos escrupulosa en la materia. Fue después de su partida, en octubre de 1860, cuando Azun de Bernétas consiguió hacer aceptar a Louise unos 'gastos de desplazamiento' por una novena que le había rogado que hiciese en la gruta. Era sin duda una justa compensación por un tiempo perdido para ganar su sustento. Y el piadoso escritor hubo de poner en juego toda su persuasión. Pero eso no hubiera sido posible en modo alguno con Bernadette.

Ella misma no tiene ya derecho a rechazar 'el dinero deshonesto', y tiene que aceptarlo por los trabajos. Eso es lo que más le cuesta. Pero allí, como siempre, ha sido formada para la obediencia y para el *agere contra*. Jamás ha dispuesto de sí misma.

Además, Bernadette abandona su ambiente, porque no hay pensionistas en la clase de las indigentes que hasta ahora frecuentaba. Sólo cabe elegir entre la 'primera clase', la de las señoritas de la burguesía, y la 'segunda', frecuentada por niñas de condición modesta pero honorable. A petición propia la colocan en la segunda.

El beneficio es que, por primera vez en su vida, va a hacer un curso escolar normal, no sin esfuerzo, porque tiene ya 16 años y no está preparada para ese esfuerzo.

A veces se desespera viendo que se aleje su deseo tantas veces acariciado:

—*¡Tendrías que meterme el libro en la cabeza!*

Se siente más a gusto en la costura, donde la inteligencia de sus manos se revela como excepcional, especialmente en el bordado.

En el recreo es una animadora. Siempre alegre, anima el corro de las clases pequeñas, aunque pronto se ahoga (testimonio de sor Philomène Camès, B 1, p. 239).

Los 'defectos' de Bernadette

Viéndola a diario, las hermanas aprenden a conocer sus 'defectos'.

Sabe lo que quiere. Sus testarudeces sorprenden. Un día se resiste a sor Victoire Poux, que quiere que se cambie (sin motivo) su ropa de domingo. Cuando no la dejan ir a ver a su familia, protesta:

— *Me lo habían prometido.*

Pero sólo protesta en privado, jamás 'en presencia de las niñas' (A VII, p. 191, n.º 136). Sensible a las pequeñas injusticias, está pronta a defender a las demás contra cualquier error de la autoridad. Se ve ahí una debilidad. Y sus travesuras por proceder de una 'vidente' tienen poca aceptación.

De ahí llegó la mayor dificultad para su canonización. El incidente más grave se sitúa a comienzos del verano de 1861. Bernadette se hallaba en el piso primero del hospicio, con Julia Garros (de 10 años), una rapaza llena de vitalidad, y que le repasa las lecciones, aunque es más joven que ella. La ventana da al huerto, donde unas hermosas fresas atraen su atención; está formalmente prohibido entrar en el huerto... Pero nunca se ha precisado que no se puedan coger fresas. A Bernadette se le ocurre una idea:

— *Yo tiro mi zueco por la ventana, tú vas a buscarlo y coges las fresas* (D6, p. 81).

En el proceso de beatificación 'el abogado del diablo' subrayó, en latín, la gravedad del caso: *'Es indudable la malicia* (en el sentido de deseo del mal: *malitia*), *y patente la violación de la disciplina'*.

Por fortuna para Bernadette, se trataba de un pecado de su juventud, que después sería redimido.

Sor Victorine se extrañó de observar en ella 'veleidades de tocador'. Un día la encontró dispuesta a 'ensanchar su falda' al modo de los miriñaques que Peyramale y el clero de entonces calificaban de 'diabólicos'. En otra ocasión la vio empeñada por meter una 'ballena' o trozo de madera en su corsé (D6, p. 82, nota 212).

Bernadette tenía ya 17 años, y no era ajena a los movimientos de la naturaleza. Eso constituía entonces un problema; hoy nos inquietaríamos por todo lo contrario. Lo que todos reconocen es su respeto a Dios, lo serio de su oración, su exigencia para ella y para las hermanas. No obstante, a sor Victorine le hizo mala impresión oír que le decía a su hermana Toinette:

—*No aprendas a leer.*

Bernadette se lo dijo junto a una ventana, en el corredor del hospicio. Sor Victorine que ha sorprendido la conversación se admira de tan mal consejo. Y Bernadette responde:

—*¡Ah! Nosotras somos de una familia en que es mejor eso.*

Sor Victorine no sacará en claro nada más.

Pero lo que Bernadette temía para su hermana era el mal ejemplo de las señoritas que escondían las novelas de 5 céntimos en su misal y las leían e escondidas (III, 242). Pero ella no haría de soplona ni por un imperio.

La que más le costó reprimir fue su repugnancia hacia el dinero. En los primeros tiempos 'lo dejaba caer al suelo'. Ahora dice en un tono muy poco estimulante:

—*Hay un cepillo.*

Y si, pese a todo, el dinero llega a sus manos, se apresura a hacerlo pasar a las de la superiora.

No está aficionada a ninguna cosa y da gustosa lo que tiene (D6, p. 84). Ni los regalos ni los objetos personales se acumulan en su pequeño armario de pensionista, en el que no tiene nada de particular, sino esa botellita de vino, que también extrañó a sor Victorine. Ello se debe a que sus padres le llevan de cuando en cuando un poco de vino 'para fortalecerla', según la fórmula aceptada en la región.

Si Bernadette toma rapé, es por su asma y por prescripción del doctor Balencie. Pero el hecho constituye una fuente de disgustos. Un día, durante la clase, ofrece una toma a sus vecinas, y los estornudos en cascada suscitan la risa más loca e irresistible del año.

Doquiera se encuentre Bernadette pone siempre alegría, un tanto excesiva según el sentir de entonces. En los recreos huye de los temas serios, incluso después de las reuniones de las hijas de María. Prefiere el juego y el buen humor. Le divierte más procurar contento a las otras que a sí misma, salvo cuando sus compañeras le piden que relate las apariciones:

—*Dejadme, por favor, implora ella, ya tengo bastante con contárselas a tantos extranjeros* (PATarb 283, D7, p. 29).

Cualidades reconocidas

Es avispada para protegerse de los curiosos.

Su piedad es normal, pero irreprochable. Siempre hace la señal de la cruz. 'como en las apariciones', incluso cuando está sola. Y ese gesto edifica.

Se la autoriza a comulgar todos los domingos, y a veces entre semana; lo que era un privilegio pare aquella época (D6, p. 83, notas 216-217).

Se aprecian sus escrúpulos por no tomar pastillas, incluso para la tos, la víspera de los días que va a comulgar, para no correr el riesgo de romper el ayuno eucarístico. Lo cual no es más que la observancia de lo que por entonces se enseñaba comúnmente.

Pero Bernadette no está dotada para la oración mental, y así lo reconoce gustosa:

—*¡Ah bien! Yo no sé meditar.*

'A la larga empezó a hacerlo', agrega sor Victorine (A VII, p. 191, n.º 136, RSL, n.º 15, p. 106).

La peor prueba

Fue en 1861/62 cuando Bernadette se fotografió por primera vez. El abate Bernadou, profesor de química en el seminario menor, obtuvo el permiso del abate Peyramale.

Como empresario exigente insistió en que Bernadette adoptase exactamente la misma expresión que había tenido durante las apariciones. Ella protesta:

—*¡Pero si ella no está!*

Pero, enfrascado en su proyecto, el fotógrafo no quiere saber nada.

¿Se consintió en conservar su rostro por miedo de perderlo? Periódicamente las crisis de asma hacían temer por su vida. Le era imposible expirar; el aire acumulado en sus pulmones la asfixiaba; se ponía roja-violecea. La primera vez se hizo llamar a sus padres, durante la noche (testimonio de Jean-Merie Soubirous, PONev 164v, D7; p. 112, nota

623).

¿Fue ésa su peor prueba? No; ella misma lo dijo, en el curso de una crisis:

—*Prefiero esto a recibir visitas* (177, p. 112).

A centenares, a millares, las visitas le resultan insoportables hasta la náusea.

Bernadette acude a ellas a regañadientes, sobre todo cuando le interrumpen el recreo. Sor Victorine da testimonio de ello:

—*Yo la he visto llorar en la puerta, cuando allí había 20 personas, 30 y hasta 40, que la esperaban en el salón... Grandes lágrimas fluían de sus ojos. Yo le dije: ¡Ánimo!*

Enjugaba sus ojos, entraba, hacía unos saludos graciosos y respondía (A VII, p. 197, n.º 167; RSL n.º 15, p. 108).

Después de lo cual volvía a sus juegos o a su trabajo, como si nada hubiera pasado (PATarb, p. 229, n.º 49). Lo más penoso para ella era que la trataran como a una santa, aunque no hiciera nada por prestarse a ello.

Quieren hacerle tocar objetos piadosos, y ella responde:

—*Eso me está prohibido.*

Y entonces se recurre a subterfugios. Personajes importantes dejaban caer al suelo su rosario para que ella lo recogiese.... En tales casos, su perspicacia neutraliza su cortesía. Un día dijo:

—*No he sido yo quien lo ha dejado caer.*

Otra vez, y lo refiere sor Victorine, unas mujeres se le acercan por detrás:

—*¡Si yo pudiera cortar un trozo de su vestido!*

—*¡Qué imbéciles sois!* dijo la vidente (A VII, p. 197).

Ahora que ya sabe escribir, la faena de los autógrafos se suma a las otras. Pera ella ha comenzado el día 1º de enero de 1859. Ese día le hacen copiar repetidas veces un modelo de felicitación del que no comprende nada. Y desde entonces he encontrado una fórmula que le sirve para todo: p. p. Bernadette.

Esa fórmula abreviada que escribe en centenares de estampas significa: '*Rogad por Bernadette*' (*priez pour Bernadette*).

A menudo le presentan rosarios para que los bendiga. Y ella dice:

—*No llevo la estola.*

A diario le preguntan por sus secretos.

—*Si no los puedes decir, es una revelación inútil,* le objetan tres jesuitas.

—*Útil para mí,* responde ella.

—*¿Por qué lo has ocultado a tu confesor?,* pregunta el abate Cabane.

—*Eso no es un pecado,* responde Bernadette.

El interrogatorio supremo

El 7 de diciembre de 1860 convocan a Bernadette para un solemne y último interrogatorio en el obispado de Tarbes, en presencia de monseñor Laurence. Está frente al obispo, barbilampiño e imperturbable, y rodeado por los 12 miembros de la comisión de rostros agudos. El secretario Fourcade llena incansable los grandes folios de papel blanco:

—*¿Tenía aureola la santísima Virgen?,* pregunta uno de los comisarios.

—*¿Aureola?*

Bernadette ignora esa palabra, pero pronto comprende:

—*Estaba envuelta en una luz suave.*

—*¿La has visto bien?*

—*Sí, bien.*

—*Y esa luz ¿aparecía al mismo tiempo que la aparición?*

—*Llegaba delante y permanecía un poco después.*

—*No me parece una idea digna de la santísima Virgen la de hacerte comer hierba,* comenta otro comisario.

—*Bien que comemos la ensalada,* responde Bernadette.

Al fin se la invita a precisar cómo pronunció la Virgen las palabras del 25 de marzo: *Yo soy la inmaculada Concepción.* Se levanta entonces, extiende los brazos y junta las manos. Algo ocurre en la sencillez de ese gesto inspirado.

Dos lágrimas se vieron correr por el rostro del anciano obispo. Después de la reunión, vivamente emocionado todavía, dice a su vicario general:

—¿Habéis visto a esa niña? (Sempé, p. 201).

El 18 de enero de 1862, trece meses más tarde, el obispo promulga la instrucción en que reconoce las apariciones:

Nos juzgamos que la Inmaculada Madre de Dios se ha aparecido realmente a Bernadette.

Ese juicio se apoya en los frutos espirituales del peregrinaje, las curaciones y la propia Bernadette.

Bernadette y su médico

Poco después cunde una vez más el temor de perderla. El 28 de abril de 1862 recibe 'la extremaunción'. 'Extrema', se piensa porque está *in extremis*, en las últimas, sin poder ni siquiera comulgar. Con dificultad se logra hacerle deglutir un trocito de hostia con un poco de agua de la gruta. ¿Es el fin?... No, porque he ahí que el rostro de la moribunda cambia. La expiración bloqueada recupera su ritmo. Aliviada, Bernadette sonríe. Quería comer y levantarse; mas la superiora no se lo permite; será mañana.

Al día siguiente, 29 de abril, el doctor Balencie está francamente sorprendido de encontrarla en el locutorio; pero oculta su sorpresa:

—*¡Pues bien! esos remedios que te he prescrito han hecho su efecto.*

—*Pero si no los he tomado, observa Bernadette (D6, p. 360, n.º 1300).*

En el pueblo, donde el rumor de la agonía de Bernadette había sembrado la emoción, se habla de milagro. Se trataba de una de esas bruscas remisiones a que está sujeta el asma. La conclusión de la vidente es ajena a cualquier misticismo:

—*Si otra vez me pongo enferma, rogaré al médico que ponga mucha atención... ha confundido mi mal con otro, y yo la hubiera podido palmar (D6, p. 360-361).*

De ahora en adelante el juicio del obispo de Tarbes ha cerrado la boca de los oponentes. Pero las preguntas se hacen a veces más sutiles:

—*¿Y si monseñor de Tarbes hubiera juzgado que te habías equivocado? ¿Qué habrías respondido?, inquiera el abate Corbin.*

—*Jamás hubiera podido yo decir que no he visto ni oído, le responde Bernadette.*

El año 1862 le aporta una gran alegría: a finales de agosto logra, por fin, conocer a su padrino, *Jean-Marie Védère*, llegado con permiso a Lourdes y Momères, con la legión de honor ganada en 1859, en la batalla de Solferino. Le ve entonces por primera y última vez, aureolado por su alejamiento y su leyenda.

El año 1863 prosigue el ritmo monótono de la vida de pensionista y de los trabajos de las visitas. En junio de ese año Bernadette recibe una que la conmueve: es la del abate Alix. Aquel orador célebre y mundano recibe en Lourdes la sacudida de una conversión profunda. Y así se lo confía a Bernadette. Ella se reconoce en aquella transparencia:

—*Es la santísima Virgen, señor, es la santísima Virgen la que ha hecho eso, le repite por dos veces* (D7, p. 244, n.º 1457).

En octubre del mismo año, se expone por segunda vez al objetivo fotográfico, gracias a la habilidad del fotógrafo ambulante de Pau, el señor Billard-Perrin.



Bernadette:
fotos de Billard-Perrin
(octubre de 1863)

LA PASTORA Y EL ESCULTOR

(1863-1864)

Bernadette aporta su contribución para un asunto delicado.

Las señoritas Lacour, de Lyon, entusiastas de Lourdes, donde se han hecho construir una casa, en la actual explanada, han resuelto sustituir la estatuilla, que la iniciativa popular había colocado en el nicho de la gruta, por una escultura de mármol de Carrara, y de tamaño natural, que representara la aparición 'de la manera más exacta posible'. De acuerdo con el obispo de Lourdes, firman con el escultor Joseph Fabisch, miembro de la *Academie des Sciences, Belles Lettres et Arts* de Lyon, un contrato fabuloso de 7000 francos de oro, sin incluir los gastos del propio escultor, comenzando por un viaje a Lourdes para interrogar a Bernadette. Es un especialista en la materia. A él se deben también la estatua de la aguja de Fourvière y la de Notre-Dame de la Salette.

El 17 de septiembre Fabisch llega a Lourdes. Enseguida arrancan a Bernadette del patio de recreo. El escultor observa sus rasgos con ojos de experto:

El rostro, sin tener la regularidad deseada por el estatuario, tiene algo muy simpático: un encanto que impone respeto e inspira la fe (memoria del 17 de octubre de 1878, p. 3).

El tema le resulta simpático, pero tiene miedo. A diferencia de la Salette, donde ha conseguido el permiso de 'interpretar' las indicaciones 'excéntricas' de los videntes, el contrato le impone la obligación de acomodarse a las indicaciones de Bernadette. No son contrarias a las 'reglas del arte', en las que él cree como supremo veredicto. Ha preparado 20 preguntas, a lápiz, sobre una hoja de papel de carta, que se ha conservado hasta hoy. Y en ella anota las respuestas de Bernadette:

—*El cuerpo... ¿recto o inclinado hacia adelante?*

—*Recto... sin estar rígido.*

—*La cabeza ¿ladeada o inclinada hacia adelante?*

—*También recta.*

—*Las manos, ¿cómo las tenía juntas cuando dijo: 'Yo soy la inmaculada Concepción?'*

Aquí anota el escultor:

Bernadette se ha levantado con una gran simplicidad, ha juntado las manos y ha levantado los ojos al cielo. Yo no he visto jamás nada más hermoso... Ni Fiésole, ni Perugino, ni Rafael han hecho jamás algo tan suave y al mismo tiempo tan profundo como la mirada de esa joven ingenua, tísica de la cabeza a los pies... que no tiene la menor duda del favor insigne que ha recibido (Carta de 17 de septiembre de 1863; D7, p. 280, n.º 1500).

La inspiración ha nacido en ese instante.

Preocupado por el contrato, el escultor se acerca a la gruta acompañado de la vidente. Prueba en el nicho una silueta de papel, para determinar el tamaño y la posición de la estatua. Y somete también a Bernadette un cartapacio de grabados en que la Virgen está representada de todas las maneras... Bernadette apenas si los mira, cuando de repente, al pasar un grabado o litografía de la Virgen de San Lucas, levanta la mano con vivacidad y dice:

—*Tenía algo así.*

Ese rasgo que nos ha llegado a través de dos tradiciones, ha fascinado a Picasso y a Malraux. Ellos ignoraban el testimonio contemporáneo, según el cual Bernadette agregó enseguida:

—*¡Pero no es eso! ¡No, no es eso!* (H3, p. 214, s. 83, y mi artículo en el *Figaro Littéraire* de 13 de abril de 1974, en respuesta a Malraux).

En noviembre de 1863 el escultor hace llegar al abate Peyramale una foto de su maqueta en escayola, del tamaño de dos tercios de la talla definitiva. La carta del párroco deja adivinar que las críticas de Bernadette han sido severas:

La figura no parecía bastante juvenil ni bastante sonriente... El velo descendía de forma perpendicular y uniforme... Las manos estaban más juntas, y los dedos aplicados unos a otros, el pie izquierdo está un poco separado, etc.

Consciente del abismo que separa la visión de Bernadette de la visión del artista, y cuidadoso de respetar la libertad de este último, Peyramale agregaba estas palabras que le dejaban campo libre:

Yo no sé si las reglas del arte os permitirán tener en cuenta estas observaciones. Estoy convencido que, inspirado por vuestro talento y por la Virgen inmaculada, nos proporcionaréis una notable obra de arte (D7, p. 309, n.º 1565).

Una crítica más tajante hubiera puesto al escultor en un embarazo, pues no había esperado la respuesta para comenzar la ejecución definitiva de la obra en mármol (D7, p. 48; cf. p. 323, n.º 1565).

La caja que contenía la estatua llega a Lourdes el 30 de marzo de 1864, cinco días antes de su inauguración. Bernadette se repone de su enfermedad y comienza a reanudar su vida y sus juegos. La arrancan de un carro en que daba vueltas alegremente con las niñas pequeñas de la escuela. Al presentarle al padre Ollivier, predicador de Notre-Dame, que está allí, el cura la regaña, según el uso de la 'humillación bienhechora'. Y hela ahí, con los dos sacerdotes, delante de la estatua que acaba de ser colocada sobre un mueble en la habitación contigua.

—*¿Está bien esto?*, pregunta Peyramale.

Ante el mármol brillante de Carrara formula su pregunta con 'una especie de inquietud', cuenta el padre Ollivier. Ha comprendido perfectamente bien la imposibilidad de poner de acuerdo a la pastora con el escultor. En su carta de 30 de noviembre de 1863 había preparado el señor Fabisch para la prueba final:

Dudo mucho que, al ver vuestra estatua, Bernadette, por muy maravillada que pueda estar (¡sic!) exclame: ¡Es ella! No os enfadéis por ello.

Bernadette, educada para la sumisión, intenta dar la respuesta programada:

—*Sí, está bien...*

Pero no sabe fingir. Y, tras un silencio, vuelve a hablar con un acento de lamentación, 'casi de despecho':

—*¡No, no es esto!* (Memoria Ollivier, y Sempé, p. 224).

Lo que fallaba en la estatua era sobre todo la factura. Según Bernadette, la Virgen era toda simplicidad, desprendimiento, simetría, verticalidad, mientras que el escultor le ha dado un tono forzado, complicando a placer los pliegues del velo y del vestido. Ha ladeado ligeramente la cabeza y la ha inclinado hacia atrás, según los dibujos populares de lo celestial, cuando Bernadette la quería bien recta sobre los hombros.

—*Ella levantaba los ojos, pero no la cabeza. ¡Le han hecho bocio!*, protesta Bernadette.

El escultor ha multiplicado las suavidades y sinuosidades de todo tipo. No ha respetado la pequeña talla de la aparición. Ha aprovechado el desmonte del terreno en que descansaba el rosario del nicho para agrandar la estatua, dándole 1,70 m de altura, cuando hubiera bastado adaptarla a la misma estatura de Bernadette: 1,40 m (H3, p. 152-156).

Tampoco ha respetado la juventud de la aparición, como le rogó Bernadette, a quien la Virgen se le apareció muy niña (así en el original) como a santa Teresa de Ávila.

Más joven que el pecado, más joven que la raza de la que ha nacido, escribe Georges Bernanos (*Journal d'un curé de campagne*, Plon, Paris, 1936, p. 256-259).

Sin duda el escultor era sincero. Y la corriente había pasado de Bernadette a él, aunque sin romper las convenciones de su academicismo. 'El arte es la elocuencia', decía él en su discurso de recepción en la *Académie des Lettres et Beaux Arts* de Lyon. La elocuencia traicionó a Bernadette.

Ni ella ni Peyramale asistieron a la inauguración. El párroco decidió que ella permaneciera en el hospicio para no someterla a la curiosidad de los admiradores en aquella ceremonia triunfal... Tal vez quería también evitar que se arrancase a su franqueza un juicio intempestivo sobre la estatua. Pero, burlador burlado, también Peyramale se quedó retenido en casa el 4 de abril, día de la inauguración. Salía de una enfermedad grave, en el curso de la cual su hermano, el doctor Peyramale, que había acudido desde Momères, se encontró con que 'por toda fortuna no tenía entonces más que 45 céntimos... y 35 alquileres de pobres que pagar' a final de mes, para evitar desahucios parecidos a los que habían sufrido los Soubirous (Védère, p. 90-91).

En cuanto al escultor confesó que en aquel triunfo oficial había experimentado 'una de las tristezas mayores' de su vida 'de artista'. Vista desde abajo, desde un ángulo insólito, 'iluminado por un reflejo imprevisto', la estatua había 'cambiado por completo de expresión'. El artista echó de menos la 'policromía de los antiguos' y así decidió pintar de azul el cinturón...

Ese día fue para Bernadette el de la gran decisión que va a marcar el resto de su vida.



La estatua de la
Aparición,
inaugurada
el 4 de abril
de 1864

LA VOCACIÓN DE BERNADETTE

La decisión del 4 de abril

El día 4 de abril de 1864, después de la misa celebrada en el hospicio de Lourdes, Bernadette va a buscar a la superiora, sor Alexandrine Roques:

—*Ahora sé, mi querida madre, dónde debo hacerme religiosa.*

—*¿Y dónde es, hija mía?*

—*En vuestra casa, mi querida madre.*

—*Bien, hija mía, hablaremos de ello a monseñor.*

Sor Maria Géraud (llegada a Lourdes para la inauguración de la estatua) *estaba persuadida de que Bernadette había encontrado en la comunión que acababa de hacer la luz que la impulsó a su vocación religiosa* (PONEv 1202v; D7, p. 109).



Sor Alexandrine Roques,
superiora,
con Bernadette
(finales de 1861
comienzos de 1862)

Una larga deliberación

De hecho la decisión venía de tiempo atrás. Y era fruto de una deliberación largo tiempo mantenida en la sombra. Los trabajos de dom Bernard Billet han dilucidado los enigmas y las contradicciones aparentes (D7, p. 79-128, recogidos en un volumen que lleva por título: *Bernadette, une vocation comme tout le monde*).

Una carta de 8 de marzo de 1858 (que yo había publicado en el tomo II de los *Documents authentiques*) aportaba un dato nuevo. En esa fecha el alcalde de Lourdes había tenido con Bernadette una conversación reveladora. Le propuso él que aprendiera el oficio de costurera o planchadora, pagando el municipio. Y ella le respondió:

—*No, yo quiero 'ser religiosa'.*

El alcalde insistió:

—*Pero puedes cambiar. Y entre tanto hay que tomar un estado.*

Ella replicó:

—*Yo no cambiaré. Sin embargo quiero hacer lo que deseen mi padre y mi madre* (D2, p. 149).

Lo primero que atrajo a Bernadette fue la vida contemplativa, según el testimonio de sus dos tías Bernarde y Basile. Conocía el Carmelo de Bagnères. Antoinette Tardhivail, su profesora particular, le había hablado de ello con entusiasmo desde la primavera de 1858, porque éste era la atracción y el drama de su vida. Había querido entrar allí, pero su salud se lo había impedido. Por eso se firmaba a menudo 'sor Augustine' con nostalgia de su vocación fallida. ¿Tuvo Bernadette ocasión de hablar con las religiosas a través del velo negro y de las celosías? De todos modos Bernadette encontró a un Carmelita de gran prestigio por sus conocimientos musicales y por su santidad: el padre Hermann. Pero pronto comprendió que su salud le impedía seguir esa forma de vida, exactamente igual que a 'sor Augustine'. Realista como era, dejó de pensar en ello haciendo oídos sordos a las proposiciones que le llegaban en este sentido, como de muchas otras.

En 1960/61 habla a su prima Jeanne Védère, la institutriz de Momères, de una orden dedicada a su patrón san Bernardo. Les gustaría entrar en ella, porque ahí se practican 'vigilias... ayunos... disciplinas... mortificación'. Durante mucho tiempo se pensó que se trataba de las

cistercienses. Pero 'san Bernardo' era para ella el convento de las Bernardinas, establecido en Anglet, cerca de Bayona, por el padre Cestac. El fundador, avisado, había expresado su negativa, en parte por la salud de Bernadette y en parte por otro motivo que él no le dijo:

—*No quiero que la gente venga aquí detrás de ella* (D7, p. 86-87).

No parece que Bernadette haya puesto en tela de juicio su deseo de vocación religiosa. Pero se preguntaba sobre las posibilidades de llevarla a cabo. Su salud era un obstáculo y su pobreza otro. Necesitaba una dote, que no podía pensar en pedir a su familia.

Según numerosos testimonios no se sentía atraída por las hermanas de Nevers. Y eso que había tenido una conversación importante sobre su vocación con sor Ursule Fardes, superiora del hospicio, antes de octubre de 1860. Y vuelve a hablarle del asunto con acento lírico, excepcional en ella:

Me gusta recordar el día que estuvimos junto al fuego, cuando me hablasteis de mi vocación. ¡Cuántas veces he recordado aquella conversación! Me parece veros todavía sentada en un peldaño de la escalera y yo en otro. La miro cada vez que voy por allí... (carta del 15 de junio de 1866, ESB, p. 190).

Pero, ciertamente, no se sabrá jamás su confidencia en la escalera, como tampoco se supo la secreta aventura que vivió Natanael 'debajo de la higuera', de que habla Jesús... (Jn 1,38).

'Le habrían gustado las hermanas de la Cruz', según el abate Pomian. Quizás intentó orientarla hacia esa congregación regional, de la que él se ocupaba. Como quiera que fuese, Bernadette reaccionó muy mal cuando esas religiosas quisieron probarle su cofia monumental que usaban por entonces:

—*Yo no quiero ese túnel* (PANev V, 1227).

Las hermanas de san Vicente de Paúl no tuvieron más éxito, cuando también le probaron su cofia, tras haberle invitado con motivo de la entrada en la congregación de Germaine Raval.

—*Hoy me he aburrido mucho, confesó a su regreso. El día se me ha hecho largo. Esas religiosas me han probado su hábito, pero no me siento atraída en modo alguno.*

—*¡Ah, eso te va a dar la vocación, Bernadette!*

—*¡Oh, no! Todo lo contrario* (D7, p. 89; nota 516).

El 1863 las hermanas del hospicio la orientan hacia el cuidado de los enfermos. Experiencia decisiva, precisa el abate Pomian, su confesor:

Ella se ejercitó en cuidar de algunos ancianos 'algo repugnantes'. Y se aplicó al empeño con caridad. Lo hacía con agrado (A VII, p. 189).

Tenemos algunos detalles sobre una de esas enfermas: *'Una mujer desharrapada, que se daba al vino... Se había caído a un brasero de cabeza... habiéndose quemado horrorosamente'*.

Bernadette le decía riendo:

—*¡En adelante no habrá que soplar (beber) tanto!* (Barbet, edic. 1929, p. 189).

Esa atracción se la confió Bernadette a Joanne Védère:

—*Quiero mucho a los pobres, me gusta cuidar de los enfermos: me quedaré con las hermanas de Nevers. Me han dado a un enfermo para cuidarle; cuando me encuentro bien, nadie se ocupa de él más que yo. Me quedaré con ellas* (carta del 10 de septiembre de 1879, Védère, p. 71, OG 192-193).

Lo que la detiene son los problemas de dinero y de salud, pero también la idea que las humillaciones cotidianas le han dado de su 'incapacidad'. En aquella época no se valoraban correctamente los perjuicios de semejante método.

Así se encontraba Bernadette, cuando monseñor Forcade, obispo de Nevers, llega a Lourdes el 27 de septiembre de 1863. La interroga sobre su porvenir con la franqueza del antiguo misionero en el extremo oriente, formado en la simplicidad por su misma vida azarosa:

—*¿Qué vas a ser?*

—*¡Pues nada!*

—*¿Cómo, nada? Hay que hacer alguna cosa en este mundo.*

—*Bueno, estoy con las hermanas.*

—*Sin duda, pero ahí sólo puedes estar de paso.*

—*Me quedaré siempre con ellas.*

—*Eso es fácil de decir, pero no tan fácil de realizar. Que te hayan acogido provisionalmente por caridad, no quiere decir que te tendrán para siempre.*

—*¿Y por qué no?*

—*Porque tú no eres hermana, y es indispensable serlo para poder ser admitida a título definitivo en la comunidad... Aquí ni siquiera eres una criada. Desde hoy 'eres' precisamente lo que hace un momento pretendías ser: tú no eres 'nada'. Y sobre esa base no se puede permanecer mucho tiempo en ninguna parte.*

Y continúa después de un momento de silencio:

—*Ya no eres una sida. ¿No te gustaría encontrar en el mundo una colocación conveniente?*

—*¡Oh, eso no, desde luego!* [responde ella] con vivacidad.

—*Entonces ¿por qué no te haces hermana? ¿No has pensado nunca en ello?*

—*Eso es imposible; usted sabe bien que yo soy pobre. No tendré jamás la dote necesaria* (Forcade, p. 11-12).

El obispo la tranquiliza.

—*Cuando reconocemos en muchachas pobres una verdadera vocación, no dudamos en recibirlas sin dote.*

—*Pero las señoritas que ustedes reciben sin dote son hábiles e inteligentes, y les compensan muy bien... Pero yo no sé nada, no 'valgo para nada'.*

—*Esta misma mañana he podido comprobar que eres buena para algo.*

—*¿Para qué?*

—*...para raspar zanahorias.*

(Bernadette ríe).

—*¡Bah! ¡Eso no es nada difícil!*

—*No importa... Ya se encontrará algún medio de emplearte; y eso sin contar con que en el noviciado se te dará una buena parte de la instrucción que te falta.*

—*Si es así, lo pensaré; pero todavía no estoy decidida* (P. 13).

A lo largo de los meses siguientes Bernadette madura su deliberación sobre esas bases nuevas, a través de los altibajos de su salud, que ha mejorado durante el invierno de 1863-1864.

Lo que ella apreciaba, entre otras cosas, en las hermanas de Nevers, era le discreción que observaban respecto a ella, en contraste con otras que la solicitaban de todas partes.

—*Voy a Nevero porque no me han forzado a ir allí*, diría más tarde (PANev 1547; cf. PONEv 737 y 1110).

Su decisión del 4 de abril de 1864 no fue, pues, una inspiración brusca sino que llegó como fruta madura.

Bernadette de vacaciones

(4 de octubre-19 de noviembre de 1864)

El otoño de ese año está marcado por una dicha inesperada para Bernadette: por primera y única vez en su vida tiene vacaciones en familia.

El 4 de octubre de 1864, a su prima Jeanne Védère, llegada a Lourdes con su padre, se le ocurre la idea de llevársela a Momères. Y, contra todas las esperanzas, el abate Peyramale da inmediatamente su permiso. Él es de Momères, donde vive su hermano médico; y para él es un lugar familiar. Se autoriza, pues, a Bernadette para que vaya dos o tres días... Permanecerá 7 semanas. Al día siguiente el párroco pasa por Momères y encarga a su hermano el médico que le transmita una 'prolongación' ilimitada.

Bernadette no escapa a la curiosidad que encuentra por todas partes. Los primeros días acudía a sentarse en la clase en que enseñaba su prima Jeanne; pero su presencia atraía a la gente del pueblo, perturbando la enseñanza. Por lo que Bernadette hubo de quedarse en casa. La vida de familia le gustaba:

Alegre y jovial, le gustaba mucho bromear con uno de sus primos (Védère, p. 22, OG p. 177).

El señor Dufour, editor de Tarbes, va a Momères. Busca a toda costa un desquite contra su colega y competidor, Billard-Perrin, que ha tomado muchas fotografías de Bernadette en 1863. Dufour vende muy bien estampas de Lourdes. Ya ha fotografiado a Bernadette en el hospicio de Lourdes y en la gruta, en febrero de 1864. Está en plena campaña publicitaria. Quiere renovar sus modelos y fotografiarla en el estudio. Para ello ha dado los pasos necesarios cerca del obispo. Aprovecha la disponibilidad de Bernadette para llevarla al estudio Annet, en Turbes, donde consigue 16 clisés.

Bernadette no parecía en modo alguno echar de menos la vida

ordenada del hospicio. Su orden era interior. Ella era *muy exacta en seguir su pequeño reglamento (personal): asistía a misa todos los días, comulgaba tres veces por semana: domingos, miércoles y viernes; todos los días hacia la visita al santísimo sacramento y recitaba diariamente el rosario. Cuando rezaba se decía que estaba en éxtasis, tan piadosa y recogida estaba* (Védère, p. 22).

François Soubirous acude con frecuencia. Como en los tiempos de Bartrès, acude allí desde que su primogénita está fuera... Será él quien decidirá finalmente el regreso de su hija, aunque se siente tan dichosa en Mormères. Prefiere verla cerca que no lejos.

Las dos primas prolongan sus conversaciones, entabladas desde largo tiempo atrás, sobre sus proyectos de vocación. Habían hablado mucho de ello el 4 de abril, el día en que Bernadette se había decidido. La vocación de Jeanne Védère estaba todavía frenada por su familia. Pensaba entonces Jeanne en el carmelito; pero su padre no quería oír hablar del claustro. Fatigada de la lucha, se había resignado a probar una solución:

'Ir con las hermanas de san Vicente de Paúl con la intención de entrar después en el carmelito'.

— *No lo hagas, responde Bernadette. Continúa en tu casa.*

Es como si tuvieras la intención de engañar a las personas y al buen Dios. El buen Dios no se deja engañar. Es él quien le atrae [...] Pero no es él quien te pone el pensamiento de entrar en las hermanas de san Vicente de Paúl con la intención de salir de allí más tarde para ir a otro sitio [...] Ten paciencia, que lo lograrás (Védère, p. 65 y 68).

En Mormères, Bernadette había dicho a su prima:

— *La dificultad principal desaparecerá muy pronto.*

Esa dificultad era mi pobre madrina que se oponía más que nadie a mi entrada en religión. Por entonces estaba enferma. Cuatro días después de irse mi prima, ella murió; era el 23 de noviembre (Védère, p. 88).

El postulanado

Bernadette había partido para Mormères sin tener aún la respuesta a su demanda del 4 de abril anterior. En Nevers, la superiora general, madre Joséphine Imbert, dudaba. Le inquietaban las perturbaciones que la celebridad de la vidente podía provocar en la casa religiosa que la acogiera. La madre Marie Thérèse, maestra de novicias, era favorable:

— *Será una de las mayores satisfacciones de mi vida ver los ojos que han visto a la santísima Virgen*, dirá un poco después a las novicias (PONev 1100v; ESB p. 181, n.º 48).

El obispo apoyaba la demanda que él mismo había provocado, acogido y transmitido.

El 19 de noviembre de 1864, al volver a Lourdes, Bernadette se encuentra con una buena noticia: la respuesta es favorable.

Ella se la comunica a sus padres. 'Dejaba entender que era feliz', ha observado su hermano Jean-Marie (PONev 147; D7, p. 109; y *Mélanges J. Coppin*, p. 78, nota 40, para la rectificación de la fecha).

El postulantado podía comenzar. Pero Bernadette recae en su enfermedad desde comienzos de diciembre hasta finales de enero, y será sólo a principios de febrero que empezará a levantarse, según su carta de 7 del mismo mes de 1865 (D7, p. 421, n.º 1717).

Su convalecencia se ve entristecida por la muerte de Justin Soubirous, el hermano pequeño que ella llevaba al campo para que su madre lo amamantare en el verano de 1855. Murió sin haber cumplido los diez años. Los médicos que habían visitado el insalubre 'calabozo' ya les habían dicho a los Soubirous:

—*No conservaréis a vuestros hijos*

Petición matrimonial

El 5 de marzo de 1866 Bernadette es pedida en matrimonio. El pretendiente ya se había declarado el 20 de abril de 1863. Se llama Raoul de Tricqueville y es interno de medicina en Nantes. Se dirige a monseñor Laurence, como si el obispo fuera el padre moral de la joven:

Me parece que no puedo hacer nada mejor que casarme, y desearía desposar a Bernadette. Si no puedo casarme con ella, creo que abandonaré el mundo y pediré a Dios la gracia de ir a morir en la soledad (D7, p. 493, n.º 1814).

No sabemos lo que Bernadette pensó al respecto, y ni siquiera si le transmitieron la carta. Sólo se sabe —por el propio pretendiente— que el obispo había respondido a la primera carta 'sin miramiento' y que veía en ella una solicitud contraria '*a la obra querida por la santísima Virgen*'. El muchacho se mostrará perseverante y renovará su petición, en Nevers, a monseñor Forcade, durante el noviciado de Bernadette (Forcade, p. 38-42;

L3, p. 236-240).

En febrero de 1865 Bernadette comienza su postulante. Y en abril de 1866 redacta su petición de entrar en el noviciado (D7, p. 196).

Retrasos

El 28 de abril de 1866 anuncia su partida (D7, p. 498, n.º 1822). Pero monseñor Laurence tiene interés en que esté presente para la inauguración de la cripta, que es la subestructura de la 'capilla' solicitada por nuestra Señora. Sor Alexandrine escribe entonces:

Bernadette [...] suspira porque llegue el momento de su partida, que temo va a retrasarse (todavía), si monseñor de Turbes exige, para el bien de la gruta, que ella continúe aquí por algún tiempo. Recen mucho [...] mis queridas madres, porque no sea así [...] a fin de que esta niña esté más al abrigo del amor propio y de la ambición de todas las órdenes religiosas que, incluso en presencia nuestra, vienen frecuentemente a solicitarla [...] (D7, p. 499, n.º 1823; cf. p. 78, nota 467).

Esta vez Bernadette asiste a la ceremonia y participa en la primera procesión oficial, que respondía otra demanda de nuestra Señora.

Para Bernadette es una alegría, aunque también ocasión de muchas afrentas.

El 19 de mayo, primer día del triduo, se la encuadra entre las apretadas filas de las hijas de María, de uniforme, para que pase inadvertida.

De regreso, Jeanne Védère la hace salir un momento al patio del hospicio donde las gentes de Momères desean verla. Pero en seguida se forma una aglomeración y se oyen exclamaciones como éstas:

— *¡Oh, qué linda santa!*

— *¡La virgen bonita!*

— *¡Qué feliz es!*

Por la tarde hay que reiterar la operación a fin de dispersar a la multitud que se aglomera frente a la columnata del hospicio y pretende meterse dentro. Se decide hacerla comparecer para que se retiren. Hacen que Bernadette se pasee unos instantes por el claustro. Los que han logrado penetrar allí se le acercan a 'tocarla' y a presentarle objetos piadosos:

Durante ese tiempo —refiere Jeanne Védère— ella me decía:

—*¡Qué brutos son! Que vayan a la gruta a hacer tocar sus objetos, y que me dejen tranquila* (PONev 1243v).

De regreso aún se lamentaba Bernadette:

— *Me presentáis como una pieza curiosa* (D7, p. 76, notas 450 y 452).

Y esta otra queja:

— *Me mostráis como a un buey cebado* (Anestésie Carrière, PANev 909, y PONev 624).

Por fin, monseñor Laurence autoriza su partida. Pero se ha previsto que Bernadette haga el viaje con su compañera de postulante, Léontine Mouret. Ahora bien, el padre de esa muchacha se niega a dar su consentimiento, porque apenas si tiene 17 años. Hay que esperar. Bernadette escribe al señor Mouret el 27 de mayo de 1866. Su carta arranca lágrimas al padre de Léontine, y autoriza la partida (ANDL 42, 1910, p. 311).

Los adioses

En la primavera de 1866 llega el momento de los adioses. Llevan a Bernadette a Pau, donde su presencia 'atrae a tanta gente', que hay que 'recorrer a la policía'. El 25 de junio se dirige a Tarbes para despedirse de monseñor Laurence, pero está fuera, administrando confirmaciones. Una carta suplirá la visita. También la llevan a Bagnères. La madre Alexandrine se lo había prometido a la superiora del lugar, con la condición de que fuera muy discreta...

Bernadette se despidió de Jeanne-Marie Doucet, le pequeña enferma a la que había visitado en la granja Piqué al día siguiente de las apariciones. Desde el otoño de 1858 vivía en la granja de Bourrié. Ahora tenía ya 15 años. Su trabajo consistía en colorear para el señor Dufour los grabados de la aparición y los retratos de la vidente. Escribe sus memorias ilustradas, de las que el más bello ornamento son las visitas de Bernadette.

Billard-Perrin se ha acercado al hospicio para fotografiar a Bernadette con las hermanas: dos placas en traje civil y una con hábito religioso, y una más con las hijas de María.

El 2 de julio, antevíspera de la partida, Viron obtiene del obispo un permiso que había solicitado desde largo tiempo atrás. Y así consigue tres fotos de Bernadette sola. Pero el clisé de la familia materna está desenfocado y falta el de la familia paterna, del que por desgracia no ha

quedado rastro.

Viron acude a llevar él mismo las fotos. Quiere regalárselas a Bernadette, pero ella rehúsa:

— *No, quiero pagárselas, porque si me las dais, no serán realmente mías* (ANDL 42, 1910, p. 311; D7 p. 125, nota 193).

Bernadette da las fotos a sus amigas y distribuye todos los pequeños objetos que todavía le quedaban en su armario del hospicio. Después hace la última visita a la gruta. Ello le cuesta, pero sin que se advierta ninguna nota dramática de las que han inspirado esa escena emotiva. Tía Basile Castérot da la nota justa, ella que compartió con Bernadette la última velada y que al día siguiente volvió a verla antes de la partida.

Yo no estuve en la gruta cuando ella acudió por última vez. Yo sé que sintió pena al separarse de allí, pero se mostró valiente (PONev 810v).

La tarde del 3 de julio toda la familia está reunida en el molino Lacadé para la comida de despedida, y no se separan hasta las 11 de la noche, hora insólita para aquel tiempo:

Una numerosa multitud esperaba a Bernadette delante de nuestra puerta, y cuando salió todo el mundo se juntó alrededor de ella... [para] tocarla, refiere Anne-Marie Lamathe, propietaria del molino (PATarbes, p. 315).

Al día siguiente los familiares más cercanos suben al hospicio para el último adiós: el padre, la madre *ya enferma* (A VII, p. 287, n.º 556), tía Bernarde, tía Basile...

Bernadette lleva un vestido azul, regalo que ha debido aceptar 'a instancias de la superiora del hospicio'. Todas sus cosas las lleva en un saco de tela gruesa, adornado con unas rayas verticales con los colores del arcoiris. El ajuar va en un baúl, lleno a reventar, porque cuando una muchacha se casaba o entraba en religión iba provista de ropa para el resto de su vida, al menos en los ambientes que contaban con medios para proveerse, como eran la burguesía y las órdenes religiosas.

— *Todos lloramos* —cuenta Bernard, el hermano más pequeño de Bernadette, que entonces tenía 6 años—. *Yo hacía como los demás, sin saber el motivo de aquellas lágrimas* (PONev 4, 831; D7, p. 126, nota 698).

— *Nosotros lloramos, pero ella no*, precisa tía Basile.

Bernadette decía:

— *Sois muy buenos al llorar. Yo no puedo quedarme para siempre* (PONev, 810v).

Lourdes se aleja

En Tarbes se juntan con la superiora de Bagnères y su postulante, Marie Larrotis. Tía Bernarde, Toinette y sor Victorine, que habían acompañado a Bernadette hasta allí, permanecen en el andén con un grupo de amigos y curiosos. Lourdes y sus montañas se alejan en el azul del horizonte velado por un penacho de humo. Es el penúltimo adiós.

El último tendrá lugar en Andrest (cerca de Vic), donde los Mouret tienen una propiedad. El señor Mouret también ha prolongado así en algunos minutos las últimas horas con su hija Leontina, de la que tanto le ha costado separarse:

Una multitud de amigos habían acudido [...], que testificaron un vivo deseo de ver a Bernadette. Ella para satisfacerles acudió a la puerta del vagón. Pero ya se oye el silbido de la máquina y hay que separarse. Se abrazan llorando y se dicen adiós. El tren desaparece llevando hacia Nevero a las futuras religiosas (ANDL 42, 1910, p. 308-309).



II

NEVERS

(7 de julio de 1866 - 16 de abril de 1879)

EL NOVICIADO

El viaje

(4-7 de julio de 1866)

Es la primera (y será la última) vez que Bernadette toma el tren y deja sus Pirineos. Tiene una mirada sensible a todo lo nuevo que va viendo. Y así escribe a los amigos de Lourdes:

Dejadme que os cuente cómo hemos hecho el viaje. Llegamos el miércoles, 4 de julio, a las 6 de la tarde, a Burdeos, y allí nos quedamos hasta el viernes a la una. Os ruego que me creáis si os digo que aprovechamos muy bien el tiempo para pasearnos. ¡Y en coche para que lo sepáis! Se nos llevó a visitar todas las casas de la Congregación en Burdeos. Tengo el honor de deciros que esto no es como la de Lourdes... Sobre todo la 'institución imperial': se diría un palacio más que una casa religiosa.

Fuimos a ver la iglesia de los carmelitas. Desde allí nos dirigimos hacia el Garona para ver los barcos. También estuvimos en el jardín de plantas. Y os diré que hemos visto algo realmente nuevo. ¿Adivináis qué? ¡Peces rojos, negros, blancos y grises! Es lo que he encontrado más hermoso: ver cómo nadaban esos pequeños animales en presencia de una multitud de niños que los miraban.

Bernadette se ha reconocido, con una simpatía por completo franciscana, en aquellos peces sometidos a la condición de 'bestias curiosas', condición que fue la suya y que espera abandonar definitivamente.

El 6 de julio, segunda etapa: Périgueux; desde donde reanuda el viaje el sábado 7, a las siete de la mañana, para llegar a las 10,30 de la noche a la estación de Nevers.

Un coche aguarda a las dos superiores y a las tres postulantes: Marie, Léontine y Bernadette. Todo el mundo duerme en la gran casa silenciosa de la que Bernadette sólo adivina las masas sombrías.



El convento
de Saint-Gildard,
en Nevers

El capuchón ante el areópago

Al día siguiente, domingo 8 de julio, a la 1 del mediodía, novicias y postulantes están reunidas en la sala del noviciado, adonde ha sido invitada toda la comunidad, así como las hermanas de las otras dos casas de Nevers. Y es que, antes de entrar en el silencio que tanto ha deseado, Bernadette va a hacer —de una vez por todas— el relato de las apariciones.

Para marcar con nitidez la separación entre este último testimonio público y la discreción religiosa en la que Bernadette va a entrar, se le ha permitido, en contra de todos los usos, el traje de campesina popularizado por las fotografías en venta, y especialmente el famoso capuchón blanco.

Preside la maestra de novicias con las superiores llegadas de los

Pirineos, y son 300 las religiosas que están sentadas a uno y otro lado en bancos de madera encerada; allí está toda la comunidad de la casa madre con otras hermanas de la ciudad y de los alrededores. La maestra de novicias concede la palabra a la vidente, pero de una manera poco halagüeña, cuidando de proteger su humildad. Bernadette comienza en tono modesto y titubeante, primero en patois, por un reflejo de protección, y después en francés. Sigue el esquema que ha repetido tantas veces.

—*La primera vez que fui a la gruta fue el jueves, 11 de febrero. Iba a recoger leña con otras dos niñas pequeñas. Cuando llegamos al molino les pregunté si querían ir a ver el sitio en que el agua del canal se junta con la del Gave. Ellas me respondieron que sí. Desde allí seguimos el canal y nos encontramos delante de una gruta, no pudiendo ir más lejos...*

Después, el golpe de viento y la aparición de la señora de blanco con un cinturón azul. Cuando Bernadette llega a lo del agua fangosa del 25 de febrero, que ella rechazó por tres veces antes de beberla, la madre Alexandrine Roques, superiora de Lourdes, subraya:

—*Por ello pueden juzgar su poca mortificación.*

—*Tú, Bernadette, no eras mortificada,* agrega amablemente la madre Marie-Thérèse.

—*Es que el agua estaba muy sucia* (L3, t. 1, p. 60).

A la madre Vauzou le inquietan los secretos. Ama la transparencia en sus novicias. Pero no logra nada en ese capítulo.

Bernadette, en fin, debe contar su vocación, incluido lo de las cofias aparatosas con que la tocaron para atraerla a otras congregaciones religiosas:

—*Había una que llevaba el mismo nombre de la Inmaculada,* precisa ella.

—*Nuestra congregación fue una de las primeras dedicadas a la inmaculada Concepción,* precisa la madre Marie-Thérèse Vauzou.

Después de dar ese testimonio Bernadette se pone la toca acanalada y viste la esclavina de postulante. En las vísperas los curiosos se verán en apuros para reconocerla entre las otras cuarenta y dos.

Bernadette ha precisado formalmente que iba para 'ocultarse'. Y ésa es también la intención de sus superiores. Los toques de campanilla que se multiplican en el portal de Saint-Gildard advierten a las hermanas que la

cosa no será fácil.

Nostalgia

Según la costumbre, Bernadette es confiada a 'un ángel guardián': una novicia encargada de acostumbrarla a la nueva vida; se llama sor Émilienne Duboé. Bernadette siente nostalgia. Lo confesará más tarde para animar a Valentine Borot, que pasaba por el mismo trance:

Al principio yo me aburría mucho. Cuando recibía una carta de los míos, esperaba a estar sola para abrirla, porque me sentía incapaz de leerla sin derramar todas mis lágrimas (L 453).

Supera el desarraigo con valor y también con humor. Y así escribe a Lourdes:

Tengo que decirles que Léontine y yo mojamos bien con nuestras lágrimas la jornada del domingo. Las buenas hermanas nos alentaban diciendo que eso era señal de una buena vocación (ESO, p. 241).

Moviliza todos sus recursos para aclimatarse, incluyendo el juego simbólico, referido por sor Philomene:

Reunió tres piedras en el patio del noviciado:

— *He aquí las compañeras a las que quiero*, dice ella señalándolas. En una había escrito LOURDES; en la segunda, LA GRUTA, y en la tercera, NEVERS, CASA MADRE (L 17).

Lo que la consuela es acudir delante de la estatua de 'Nuestra Señora de las Aguas', que está al fondo del jardín, 'en una especie de gruta', escribe a las hermanas de Lourdes:

Fue allí donde pude desahogar mi corazón los primeros días, y después nuestra amada maestra me ha permitido que vaya todos los días.

Lo que Bernadette encontraba en aquel rincón no era el 'parecido' que algunos han querido ver, sino el aire libre que recordaba la gruta, el gesto acogedor y una cierta sonrisa.

El desarraigo fue duro para Bernadette. Jamás hasta entonces había abandonado su región, sus montañas, el clima de humanidad que caracteriza la Bigorre y todas sus vinculaciones con los lugares en que la gracia habla florecido para ella.

Es un gran sacrificio (L 375), o incluso el mayor sacrificio de su

vida, según reconoció ella misma (L 754). Pero asume sin reservas de ninguna clase la nueva etapa:

—*Mi misión ha terminado en Lourdes* (L 391).

—*Lourdes no es el cielo* (L 759).

La toma de hábito

Toma el hábito el 29 de julio, tres semanas después de su llegada, con otras 42 postulantes. Deja la toca acanalada sustituyéndola por la cofia de dos bandas blancas que flotan en diagonal por debajo del mentón. El cambio se realiza durante una ceremonia. Las postulantes desaparecen en la sacristía y vuelven tocadas con un velo blanco (un velo de desposada), que monseñor Forcade sustituye por el velo negro diciendo:

— *Vais a recibir un nombre nuevo, que os recordará que estáis separadas del mundo. Perteneceís a Jesucristo que, como esposo, ha querido elegirlos.*

Por primera vez el obispo impone a Bernadette ese nombre nuevo, su nombre de religiosa, al decirle:

—*Sor Marie-Bernard, que el Señor os revista de hombre nuevo, que ha sido creado según Dios, en la justicia y la santidad de verdad* (Ef 4,24).

La maestra de novicias le ha reservado el santo patrón de su bautismo: Bernardo de Claraval, pero agregándole el patronazgo de María:

—*Era totalmente justo* (explicó ella) *que yo le diese el nombre de la santísima Virgen, de la que es hija* (RC, p. 30).

Tras la toma del hábito las novicias se dispersan por toda Francia. Van a terminar su formación en el tajo, trabajando en cada una de las casas a las que son enviadas: fórmula estimulante, que asociaba las comunidades de base a la formación de las jóvenes. Y así fue hasta que la *Congregación de Religiosos* prohibió esta costumbre.

Una excepción

A Bernadette la mantuvieron en la casa madre, pues se pensó que era la fortaleza más adecuada para protegerla, que no los hospitales o escuelas abiertas a los cuatro vientos, donde hubiera sido otra vez el objetivo de los curiosos.

Esta situación excepcional pesa a Bernadette. Así se lo confiesa al

consolar a sor Émilienne Duboé, desilusionada porque la han destinado a Clermond-Ferrand:

—*¡Qué dichosa sería yo de poder ir a trabajar, en lugar de verme obligada a quedarme aquí sin hacer nada!* (L 24).

Aprécia el uniforme que la protege de los curiosos, y sobre todo el velo que le permite ocultarse. Gusta de echárselo hacia delante, como el capuchón del tiempo de las apariciones, y envolverse en él durante la acción de gracias. Pero el noviciado no es lugar de complacencias. A la madre Vauzou, que le hace la observación, le responde:

—*Es mi casita* (L 28).

Imposible culparla por ello. ¿No ha ido para ocultarse? (L 29).

La profesión 'in articulo mortis'

Hacia el 15 de agosto de 1866 Bernadette ingresa en la enfermería. El único motivo es la fatiga. Pero en septiembre se agrava el asma. Se mete en la cama y se le niega *el permiso de bajar* (L 33).

Sor Émilie, la enfermera ayudante, se inquieta viendo que ‘se ahoga’, sin lamentarse:

—*Es necesario, esto no es nada*, respondía Bernadette (L 41).

La velan por precaución, como había ocurrido en Lourdes más de una vez. La preocupación principal de Bernadette es que pueda dormir la hermana que vela por ella.

—*Descansad en ese sillón*, dice a sor Éléonore; *yo os llamaré cuando sea necesario* (L 34).

Su disponibilidad no tiene reticencias.

—*El buen Dios me lo envía, es necesario que yo lo acepte* (L 35).

La confunden los cuidados de que se la rodea:

—*A los pobres no se les trata así* (L 50).

No es que le sea indiferente ni que no lo desee. Los primeros tiempos era feliz de que enviasen a su compañera de noviciado, Léontine Mouret, para ayudar en la enfermería. La hermana enfermera había hecho de propósito esa elección. Pero pronto es otra novicia la que sube a la enfermería.

—*¿Está enferma Léontine?*, pregunta Bernadette.

—*No, pero la maestra de novicias me ha prohibido que la traiga*.

—*Ah, ya comprendo*, responde Bernadette (L 48).

No puede ocultar lo que le cuesta comer. Frente al plato del desayuno que le lleva sor Émilie Marcillac, solía decir:

—*Lo que traéis es mi penitencia.*

Pero se lo tomaba sin rechistar (L 42).

En sus sufrimientos miraba al crucifijo con una 'expresión que decía mucho' (B2, p. 36).

Cuando mejoraba, sabía reír, hacer guasas y hasta 'cantar canciones en patois pirenaico'.

—*Se reía abiertamente al ver que yo no entendía nada*, cuenta sor Émilie (L 44).

Acogía las alegrías lo mismo que las penas, diciendo:

—*Todo esto es bueno para el cielo* (L 46).

El 25 de octubre su estado se agrava. Se encienden velas delante de la imagen de la santísima Virgen. El doctor Robert Saint-Cyr, médico de la comunidad, asegura que no pasará de la noche. A sor Marcelline, su compañera de cuarto, le trasladan a la habitación contigua. La madre Marie-Thérèse prepara a Bernadette para morir. El capellán, padre Victor Douce, le administra la 'extrema unción'.

Como Bernadette va a abandonar el mundo, conviene que haga la profesión *in articulo mortis*. Pero eso requiere una dispensa del obispo. Monseñor Forcade está de visita pastoral. A su regreso, las 7 de la tarde, acude personalmente:

— *No quiero ceder a nadie el honor de recibir su profesión.*

Es él quien relata lo siguiente:

Encuentro a la enferma jadeante por no decir que en un estertor. Acababa de vomitar una palangana de sangre, que todavía estaba junto a su cama. Le habló:

—*Vas a morir, mi querida hija, y me dicen que quieres hacer tu profesión. Estoy aquí para recibirla.*

Entonces dice ella con voz agonizante:

—*No podría pronunciar la fórmula, no tengo fuerzas.*

—*Eso no es ninguna dificultad. Yo la pronunciaré por ti; bastará con que respondas.*

Con la pobreza de un simple *amén* Bernadette pronunció los votos que la ligaban definitivamente a Dios en la *Congregación de las hermanas de la caridad*.

La superiora general... permanecía al pie de la cama con la piadosa intención de cerrarle los ojos, continuó el obispo. Apenas acababa yo de salir, cuando recobrando la palabra, la agonizante le dijo sonriendo:

—Vos me habéis hecho hacer la profesión porque pensabais que moriría esta noche; pues bien, esta noche no moriré.

Se ha discutido mucho sobre la reconvención de la superiora (madre Joséphine), que monseñor Forcade relata así:

— ¿Cómo es eso? ¿Sabías que no ibas a morir esa noche y no me lo has dicho? ¡Has sido la causa de que hiciéramos venir a monseñor a una hora intempestiva, y de que lo pusiéramos todo patas arriba por ti! ¡Eres una pequeña estúpida! Te aseguro que si mañana por la mañana no estás muerta, te quito el velo de profesora... Y te envío al noviciado con un simple velo de novicia...

—Como queráis, mi querida madre.

Sin duda el obispo ha suavizado la conversación, de la que no fue testigo, y ciertamente hay que entenderla en un tono de humor sin consecuencias. Hay un indicio evidente de ello: Bernadette conservó las insignias de su profesión y se las mostró a sus compañeras de noviciado gozosamente y en paz:

—¡Ladrona!, le decía sor Charles Ramillon, mirando el velo de estameña y el crucifijo colocados sobre la cama.

— Ladrona, de acuerdo, —respondas Bernadette, pero entre tanto son míos y los guardo; pertenezco a la Congregación y no me podrán despedir (L54).

Aunque el restablecimiento de una enferma anula una profesión *in articulo mortis*, según las disposiciones del derecho canónico, tal acto comprometía al consejo frente a Bernadette, todavía inquieta por saber si la mantendrían en la congregación, dado que desde el segundo mes de noviciado se había revelado como una enferma perpetua. No quisieron privarla de esa seguridad confortante, que le hacía decir mostrando el crucifijo de la profesión:

—*Lo tengo, está en mi poder, es mío...*

—*El buen Dios no me ha querido, decía también a sor Émilie. Yo he llegado hasta la puerta y me ha dicho: 'Vete de aquí, es demasiado pronto'* (L 53).

Y a sor Louise:

—*Todavía soy demasiado mala, el buen Dios no ha querido saber de mí* (L 53).

Pero si que había querido a su madre. Louise Soubirous muere el 8 de diciembre de 1866 durante las vísperas de la inmaculada Concepción, a los 41 años de edad, consumida por el trabajo, la miseria y los nueve alumbramientos, de los que sólo le quedaban cuatro hijos:

—*Yo no podría decir la tristeza que he sentido, escribía Bernadette al abate Pomian. Supe antes su muerte que su enfermedad* (L 55).

El tiempo de las 'pruebas'

El 2 de febrero de 1867 Bernadette está curada y vuelve al noviciado. La madre Marie-Thérèse Vauzou la emplaza a recuperar el tiempo perdido:

—*Y bien, sor Marie-Bernard, vamos a entrar en el periodo de las pruebas.*

La prudente Bernadette responde sonriendo:

—*¡Oh madre mía!, os ruego que no vayáis demasiado de prisa* (L 69).

Según sor Léontina Villaret, la madre maestra habría dicho incluso:

—*Ahora vamos a golpear sobre vos.*

A lo que Bernadette habría respondido:

—*Espero que lo hagáis dulcemente.*

Frase que no 'edificó' a la madre Vauzou, asegura sor Léontine.

Las compañeras de noviciado abundan en testimoniar la piedad sólida y sobria de Bernadette:

Nada que la distinguiera de las demás, sino su regularidad, su exactitud, su silencio y sobre todo su extrema caridad, testimifica sor Joseph Caldairou (RC, p. 71.72).



Abajo,
una “prueba” de
Bernadette
Con hábito

En cuanto a las pruebas anunciadas, las que se nos refieren apenas pasan de simples bromas.

—*Un día, durante la lectura de la regla en el noviciado, cuenta sor Stanislas, sor Marie-Bernard estaba sentada sobre un peldaño junto a la maestra de novicias, y zurría el delantal de ésta. En cierto pasaje de la lectura se trató el asunto de la aparición de la Virgen a una pastora. En ese momento, la madre Marie-Thérèse Vauzou, volviéndose a sor Marie-Bernard, le dijo:*

—*Así es como la santísima Virgen actúa siempre respecto a las pastoras, ¿no es verdad, sor Marie-Bernard?*

Ella respondió amablemente:

—*Sí, mi querida hermana (L 91).*

Un día se echa a suertes entre las novicias una estatuilla de santa Germana Cousin, y le toca a sor Marie-Bernard. La madre Marie-Thérèse

Vauzou comenta 'en tono irónico':

—*Una pastora no podía caer más que en manos de otra pastora* (testimonio de sor Isabelle, L 91).

Otro día sor Marie-Bernard aguardaba su turno de dirección 'a la puerta de la maestra de novicias', y sor Margueritte creyó advertir en ella un cierto temor (L 13); pero Bernadette no parecía afectada 'cuando la madre Vauzou la despedía' por sus 'ataques de tos' (RC, p. 83).

Otros testimonios descubren el lado feliz de sus relaciones. Según Justine Pelat, parecía contenta [...] *cuando la gran sala del noviciado estaba dispuesta para recibir a nuestra madre Marie-Thérèse. ¡Oh! entonces se veía brillar en ella el colmo de su felicidad. El aire maternal de nuestra venerada maestra parecía querer atraer hacia sí nuestros corazones para enterrarlos en el suyo* (B2, p. 51).

Un día que la maestra volvía de un viaje (refiere sor Stanilas) la estábamos esperando en los claustros Al aparecer, sor Marie-Bernard se precipita en sus brazos como una niña privada largo tiempo de su madre. Y mi sor Molinery (maestra de estudios en el noviciado) le dice:

—*Y bien, sor Marie-Bernard, ¡qué ímpetu al volver a ver a vuestra maestra!*

—*¡Oh sí, mi querida hermana!, respondió ella, fue demasiado natural... Estoy arrepentida de ello* (L 90).

Estos testimonios hay que situarlos en el contexto de la vida religiosa del siglo XIX. Las novicias llegaban muy jóvenes, las más de las veces desde ambientes muy protegidos, sin experiencia, y sin estar destetadas de la presencia protectora de su madre a cuya sombra vivían. En los conventos era necesario un relevo de la función materna. Y esa maternidad de la superiora cobraba tanta mayor importancia cuanto que se trataba de una maternidad colectiva y sacralizada. En ese clima se operaba una diferenciación: muchas jóvenes religiosas encontraban su paz y su equilibrio en una vía de infancia espiritual. Las personalidades fuertes, las que se manifestaban a la vez como salvaguarda de la tradición y como elementos piloto de la comunidad, encontraban un equilibrio superior en el ejercicio de una maternidad espiritual responsable, cuyo modelo más conocido es el de Teresa de Ávila. A diferencia de las mujeres del mundo, entonces más o menos reducidas al hogar y a la pasividad, ellas tenían que decidir, crear, gobernar, viajar... La posición difícil era la de las

personalidades fuertes que, por muy diversas razones, no accedían a esas funciones maternas y sufrían por la no realización de sus posibilidades humanas. Ése fue, sin duda, en el plano humano, el caso de Bernadette, dotada para las responsabilidades, pero a quien su posición fuera de serie hizo mantener en una situación 'protegida'. Ella sufre por no realizar sus posibilidades humanas. Y esto contribuye a explicar por qué murió joven.

Las pruebas de esa época fueron las visitas que no fue posible ahorrar por completo a Bernadette, refugiada allí para ocultarse. ¿Cómo rehusar la audiencia a obispos, a personajes de la curia pontificia, a bienhechores insignes o a un Henri Lasserre, que prepara su *Histoire des apparitions*, a petición del obispo de Tarbes? Para librarse de importunos importantes, ¿qué otro medio quedaba sino otorgarles la satisfacción de 'ver' a Bernadette? A tal efecto le encargan cometidos a veces extraños, que tienen por objeto hacerla pasar delante del visitante, al que, si es necesario se le oculta en las garitas o en algún ángulo muerto de la capilla. Bernadette no se deja engañar, y, como la orden que se le da sólo se refiere a la transmisión de un mensaje o al traslado de un objeto, ocurre que a veces se eclipsa cambiando el itinerario previsto.

Por el contrario, Bernadette no establece la conexión entre su presencia en le enfermería y el hecho de que el obispo acuda a administrarle el sacramento de la penitencia. Solamente dice:

—*Es extraño que un obispo se tome la molestia de confesar a las hermanas enfermas* (L 107).

Torpezas

En ese período la alegría se sobrepone a las pruebas. Bernadette tiene la risa fácil. Sus 'torpezas' de novicia le proporcionan ocasión para practicarla.

Un día le mandan a buscar agua caliente a la cocina, donde no hay nadie. Se sirve ella misma. Y he aquí que llega sor Cécile, la cocinera, mujer 'bastante rígida', y exclama:

—*¡Deberíais pedir permiso! ¡Devolved ese agua allí donde la habéis tomado!* (L 486).

La idea divertida de 'volver a meter el agua en el grifo' encantó a Bernadette.

Sor Cécile quedó desarmada.

—*Vaya, este renacuajo de hermana se ríe, cuando una mayor gimotearía* (L 486).

Bernadette ha sugerido a Luoise Brusson el dar una buena lección a una postulante, que *se miraba a menudo en el espejo de un estuche colocado entre la ropa interior*.

—*Ponle alguna cosa en ese espejo, dice Bernadette.*

Tomo papel y lápiz —relata sor Louise— y escribo: —Mírate también el alma.

Le iniciativa he sobrepasado las atribuciones de las dos novicias. La madre Marie Thérèse preguntó por las culpables. Bernadette fue la primera en confesarlo.

Otro día, en el refectorio, el vigoroso golpe de tenedor de sor Marie-Bernard en las zanahorias duras y cortadas en rodajas, las hace rodar 'a lo largo de toda la mesa'. La risa fue tan contagiosa que nosotras no pudimos seguir comiendo, refiere sor Louise. *Al terminar la comida, sor Marie-Bernard se volvió a mí diciendo: —¡Vamos!*

La comprendí, y fuimos a confesar nuestra culpa a nuestra maestra de novicias (L 86).

Otra vez, según sor Madeleine, se le encargó a Bernadette que arreglase una toca 'desgarrada de arriba abajo'. Ella confió su preocupación a la enfermera:

—*Jamás conseguiré arreglar esa toca.*

—*No os preocupéis, responde sor Madeleine, yo tengo algunas para las curas que no están mal. Os daré una.*

Pero la 'maestra de taller' no quedó satisfecha y la reprimenda fue severa.

—*¡Ésta no es la que yo os he dado!*

En el noviciado no había que preferir la inteligencia a la obediencia. A sor Madeleine, que intentaba excusarla, Bernadette le responde:

—*Yo no tenía razón, no devolvía la cofia que se me había dado* (L 189).

Pero ella no aprecia esos remiendos ni la elección que se ha hecho para ella de prendas especialmente usadas.

—*Mirad, sólo me dan andrajos*, decía ella a sor Elisabeth, que replicó:

—*¡Oh, se ve que vuestra virtud no es más elevada que ellos!*

Bernadette no adopta jamás el aire de estatua que aquella época esperaba de una vidente. A su llegada había sorprendido a todos preguntando:

—*¿Se salta a la cuerda en el noviciado?*

Y tras la respuesta negativa, había explicado sin ningún complejo:

—*Es que me gusta mucho hacer girar la cuerda para que salten las demás* (L 14).

Durante un recreo, la hermana de la cocina la retó en broma a 'beberse un huevo' recién puesto. Antes de que Bernadette tuviera tiempo de reflexionar, las dos puntas del huevo estaban taladradas con un golpe de alfiler, y el huevo sorbido; pero en seguida agregó,

—*Ahora tengo que ir a la madre asistente para pedirle permiso* (L 370).

Y así lo hizo.

Ella se ríe de sus fotos puestas en venta a 10 céntimos. Los precios han bajado.

Se sonríe de su pequeña estatura, motivo de pequeñas escenas para alegrar a su compañera de fila, sor Joseph Caldairou, que es un centímetro más alta que ella... y desfila también con ella a la cabeza de los cortejos. Se divierten haciéndose más altas o más bajas, como los enanos bufones de los viejos tiempos. Bernadette no tiene complejo de 'pequeña'. ¿Es porque nuestra Señora se le apareció humildemente con una estatura similar a la suya?

Bernadette conserva el gusto de lo pintoresco, el don de la réplica y modesto aprecio de su persona.

Un día se la quiere empujar al puesto de la 'celadora' ausente para que pronuncie la palabra de edificación prevista por la regla. Y responde,

—*Yo no sé hablar. Yo soy una piedra. ¿Qué ibais a sacar de una piedra?* (L 81).

Al menos esa humilde respuesta la dio de tal manera que sor Stéphane Vareillaud no la olvidó jamás...

El 16 de mayo de 1867 llega a Nevers Antoniette Dalias, de 18 años, natural de Gers, que se llamará sor Bernard y que será una de las muchas amigas de Bernadette.

Es una amistad que comienza de forma extraña.

El 19 de mayo la recién llegada pregunta a sor Berganot:

—*Hace tres días que estoy, aquí y nadie me ha presentado todavía a Bernadette.*

—*¿Bernadette? ¡Pues ésa es!*, le respondió la hermana mostrándole su vecina.

—*¿Esto?*, exclamó sor Bernard, que se había forjado un ideal mucho más complicado de la vidente.

—*Pues, si, señorita, solamente esto*, respondió amablemente Bernadette, que desde entonces le mostró una verdadera simpatía (L 72).



Bernadette de religiosa

LA PROFESIÓN RELIGIOSA

30 de octubre de 1867

El 30 de octubre de 1867 Bernadette emite su profesión religiosa ante monseñor Forcade. Su voz es 'firme y sin afectación', observa sor Bernard Dalas, pero 'tiembla un poco', según sor Véronique. Bernadette se compromete para toda su vida a practicar los votos de pobreza, castidad, obediencia y caridad'.

'Voto de caridad'

Este cuarto voto, establecido en 1682 por dom de Laveyne, fundador de la congregación, fue suprimido un poco más tarde, cuando Roma hizo la revisión de las constituciones según las normas jurídicas. La caridad no se presta a formas canónicas.

'Bernadette, a ninguna parte'

Por la tarde cada profesa recibe, siguiendo la costumbre, 'una obediencia' (es decir, el destino a una casa religiosa). Es monseñor Forcade quien preside la ceremonia en la sala del noviciado. Las 43 compañeras de Bernadette van siendo llamadas una tras otra, y cada una recibe el crucifijo, el *Libro de las constituciones* y la carta de obediencia (Forcade, página 32).

Monseñor parece haber terminado. ¿Ha olvidado a Bernadette? Ésta se indina hacia su vecina, sor Anastasie:

—*Se la han dado a todas... Y a mí me gustaría hacer como todo el mundo* (PONev 624, 6251).

Es entonces cuando monseñor Forcade se vuelve hacia la madre general:

—*¿Y sor Bernadette?*

—*Monseñor, no sirve para nada.*

La madre Joséphine lo dice 'sonriendo', según precisa sor Caldairou, y a media voz, de manera que sólo lo han oído las de las primeras filas (PONev 1297v).

Cuando Bernadette se acerca, el obispo dice, esta vez en voz alta:

—*Sor Marie-Bernard, ¡a ninguna parte!* (PONev 533v).

Y después, dirigiéndose a la propia Bernadette:

—*¿Es verdad, sor Marie-Bernard, que no servís para nada?*

—*Es verdad.*

—*Y entonces, mi pobre hija, ¿qué vamos a hacer de ti?*

—*Ya se lo dije en Lourdes, cuando usted quería hacerme entrar en la comunidad y usted me respondió que eso no importaría* (Forcade, p. 32-33).

Aquí interviene la superiora general, según un plan previsto:

—*Si usted lo desea, monseñor, podríamos conservarla por caridad en la casa madre y emplearla de algún modo en la enfermería, aunque sólo fuera para hacer la limpieza y preparar tisanas. Como siempre está enferma, ésa será precisamente su ocupación.*

El empleo de la oración

El obispo asiente y se vuelve hacia Bernadette:

—*Lo procuraré,* responde ella.

Y entonces dice el obispo en tono solemne:

—*Os confío el empleo de la oración* (PONev 1297v).

La escena se había montado para resolver el caso de conciencia siguiente. No se quería enviar a Bernadette a una casa, en la que quedaría expuesta a 'la curiosidad pública'. Pero los empleos en la casa madre se consideraban como los 'primeros de la congregación'. Por ello se evitaba ocupar allí a las nuevas profesas, salvo casos excepcionales. Se trataba, pues, de dar un aspecto de humillación a una 'obediencia', que sin ella hubiera parecido el colmo del honor, según testimonio de monseñor Forcade al conde Lafond.

En el subsiguiente recreo Bernadette no muestra su herida. Cabe

entrever sus sentimientos por el aliento que infunde poco después a una de sus primeras enfermas, Louise Brusson, que guardaba cama con bronquitis en la enfermería, y que estaba 'muy probada por los sinapismos y vejigatorios':

—*Vamos, hija mía, esto por el buen Dios. Hay que sufrir por él. Él sufrió mucho por nosotros* (L 116).



Sala del noviciado donde Bernadette recibió su obediencia.

BERNADETTE ENFERMERA*(30 de octubre de 1867-junio de 1873)*

He aquí a Bernadette como ayudante de enfermera. Está encargada de todos los pequeños trabajos, que van desde las flores para la santísima Virgen hasta los vasos de noche; tarea en la que está entrenada, ya que durante su noviciado le asignaron la limpieza de los reservados. Eso no constituye ningún problema para ella.

El ascendiente

Le gusta el oficio de enfermera. Así encontró su camino en Lourdes. Sor Marthe, la enfermera, se admira viendo el ascendiente de aquella hermanita sobre las enfermas. Le basta un *chist* discreto para imponer silencio (L 136) y una sola palabra:

—*¡Disipada!*, para indicar a sor Pélagie que tiene dificultades en dominar su lengua (L 137).

Su humor, su autoridad y su consejo crean un buen clima en la enfermería.

Sabe compadecer sin lamentos. Y dice a sor Bernard Dalias, a la que tutea familiarmente como compatriota de Gers:

—*Mi pobre Bernard, no puedes más; estás hecha cisco* (L 140).

Y a sor Dominique Brunet, que se inquieta sobremanera por una operación dental en perspectiva:

—*Señorita, ¿es que usted no quiere sufrir?* (L 155).

La llegada de Bernadette es oportuna, porque sor Marthe, la enfermera, está enferma, y cada vez más agotada por su oficio. El 12 de abril de 1870 le mandan hacer reposo.

La enfermería no se resiente por ello. Allí está Bernadette, que se hace con las riendas de todo, sin que falte nada.

La enfermera regresa el 9 de junio, peor que cuando se fue. El 23 de diciembre su estado se agrava. El 22 de marzo de 1871 el obispo acude a visitarla, señal de que su estado es desesperado. Murió el 8 de noviembre de 1872.

Enfermera principal

Silenciosamente sor Marie-Bernard ha tomado sobre sí todas las tareas y responsabilidades. Sin título ni nombramiento oficial se ha convertido en la enfermera principal de la casa madre.

Se ha tomado la molestia de aprender el oficio, incluido el cambio de las unidades de medida. En los cuadernos de enfermera ha consignado las difíciles equivalencias que hoy hemos olvidado:

1 grano *equivale* a 5 centigramos

3 escrúpulos o 1 *gros* a 4 gramos

1 onza a 32 gramos

Y subraya la importancia de tales cálculos.

Como un cambio en la posición de la coma puede comportar diferencias muy grandes, es de desear que, en las fórmulas, se escriban con todas las letras las cantidades en gramos, centigramos y miligramos (ESB, p. 311).

A fin de evitar cualquier error, escribe la cuenta según la doble medida en las hojas de recetas que ha establecido para todo tipo de enfermedades: expectoración con sangre, disentería, humor frío, escrófulas, lamparones. He aquí su receta para los 'reumatismo articulatorios':

3 tazas de infusión de saúco.

Agregar en cada una 5 gotas de alcoholato de acónito.

Linimento de aconitina: 18 granos... 1 gramo.

Aceite de oliva: 36 granos, 2 gramos.

Manteca: 1 onza, 32 gramos (ESB, p. 312).

Tiene ojo clínico e iniciativa:

—Me avergonzáis con tales manos, dice a sor Angèle cuyas grietas sangran. Venid a la enfermería y os las curaré.



La enfermería
de Saint-Gildard
con los tarros utilizados
por Bernadette

— *Allí, dice sor Angèle, ello me ponía miel en las manos, y a los pocos días estaba curada* (L 161).

Sin duda que era miel de cera... También le curó los ojos. Y, como el colirio la 'hiciese llorar', Bernadette decía:

— *¡Cómo es eso! Yo os pongo una gota y vos me devolvéis muchas...* (L 164).

Hace observar la regla con una convicción un poco rígida, según los usos de entonces, pero con habilidad. Las enfermas le confían sus dificultades y hasta sus sueños, como sor Julienne Capmartin. Su clave de los sueños no era ciertamente la de Freud ni la de la astrología, pero tenía una buena intuición psicológica. Sor Julienne había quedado fuertemente impresionada por un sueño en que el niño Jesús le testificaba algún descontento. Bernadette descubrió sobre esas bases su afición un poco desordenada a una de sus compañeras. Y sor Julienne quedó advertida (L 311).

A esa misma sor Julienne, que lee su *Libro de hija de María* en la cama, cuando se le ha recomendado que se esté bien tapada para transpirar, le dice:

— *¡He aquí un fervor ribeteado de desobediencia!*

Y el libro desaparece (L 313).

A sor Eudoxie, que sale de la enfermería sin permiso, le manifiesta su desacuerdo de un modo tan neto que aquella hermana independiente le pregunta:

— *¿Qué hay que hacer?*

— *¡Volver a la cama!*

Y añade:

— *El sacrificio vale más que la oración.*

Al día siguiente la enferma se levanta con permiso de la enfermera y se le autoriza a volver al noviciado (L 305 c).

Le regla, que aplica a las demás, según las normas del tiempo, se la aplicaba también a sí misma.

Sintiendo un calor excesivo (un día de invierno en que el fuego era realmente exagerado) abre la ventana. Llega la superiora general que [...] se sorprende y reprende a sor Marie-Bernard:

—*¿No os parece que está mal?*

—*¡Oh, no, mi querida madre!*

Pero, tras ese primer movimiento, *cerró las ventanas y, un cuarto de hora más tarde, acudió a la comunidad para decir su culpa* (L 282).

Vida diaria en la enfermería

Sus jornadas de enfermera empezaban regularmente a las 7,45, según nos informa sor Eudoxie Chatelain. Al llegar se informaba de nuestro estado y nos servía el desayuno que una novicia traía de la cocina. Pasa de una estancia a la otra sin tiempo para sentarse. De cuando en cuando nos decía una palabra piadosa, por ejemplo:

—*Amad mucho al buen Dios, hijas mías, que ahí está todo* (L 304).

No dudaba en quedarse a velar a las enfermas o en levantarse por la noche para sacar de algún apuro a las ancianas que le ponían como ayudantes improvisadas. Sor Clémence Chassan, a la que Bernadette ha iniciado en el oficio, testifica haberle despertado muchas veces (B2 117-118). Bernadette le confió:

—*Me gustaría ir a cuidar de los enfermos en los hospitales. Me temo que mi salud haya sido la causa de que no me hayan enviado; pero me someto a la voluntad de Dios para que haga de mí lo que le plazca.*

Las alertas de 1869

El punto negro son los altibajos de su salud. En 1869 ha celebrado la fiesta de pascua en la cama. Una crisis violenta, aunque no larga, según su carta del 6 de abril de 1869 (RSL, n.º 21, 1968, p. 25).

En octubre de ese mismo año está otra vez en cama. En la casa madre se queda sor Cécile Pagès, nombrada enfermera de la casa de Paris, que

nos da los detalles siguientes:

Bernadette se encontraba entonces en la cama, expectorando sangre a palanganas. Yo le ponía vejigatorios. Y ella me decía:

— *Podéis marchar, yo soy dura a la enfermedad... como los gatos.*

Las cosas van lo bastante mal como para pensar en la muerte:

— *Si se hace bien el sacrificio de la propia vida, ¿no es verdad que se va al cielo?, me dijo entonces Bernadette en presencia de la superiora general, madre Joséphine Imbert. Yo le dije alegremente:*

— *Tendríamos al menos una santa, mientras que ahora no tenemos ninguna en la congregación.*

Y nuestra venerada madre me dijo:

— *¿Creéis que no las hay? Yo creo que sí.*

— *¡Pero no canonizada!, le repliqué yo.*

Al salir, le enfermera suplente explica sus inquietudes a la superiora general:

— *El médico dice que podría morir en un vómito de sangre.*

'La protesta'

Bernadette se ha levantado, el día 13 de octubre de 1869, para un testimonio delicado. Los capellanes de Lourdes han comenzado a publicar en los *Annales* una *Petit histoire des apparitions*. Se han decidido a ello a petición del público, porque la historia solicitada a Henri Lasserre tarda en aparecer. El tono popular y familiar de la *Petit histoire* irrita enormemente al escritor, que tiene el proyecto de dar gran altura a esa historia. Acude a Nevers para recoger las críticas de Bernadette contra sus rivales. Registra hasta las mininas extrañezas y negaciones de la vidente, las pone en forma literaria y jurídica y le hace firmar el documento.

Contraprotesta

El 16 de noviembre el padre Sempé, superior de los capellanes de Lourdes, acude también para defender su obra. Y he ahí e Bernadette sometida a solicitaciones contrarias. Por lo que a la historia respecta, las querellas sólo afectaban a detalles ínfimos, cuyo estudio crítico hemos

hecho en otro lugar (B2, p. 79-107). Esta polémica, una vez confrontada con el resto, acaba aportando una pequeña piedra al edificio histórico de las apariciones. Pero Bernadette descubre entonces las querellas humanas a que está sujeto el acontecimiento que marca toda su vida. ¡Y comprueba sobre todo cuánto ha olvidado! Es una experiencia impresionante, traumatizante. Se da cuenta que sus menores indicaciones se utilizan como punta de lanza en una guerra que le es ajena. El recuerdo de las apariciones empieza a confundirse en ella, como el de la famosa procesión, bajo el choque de Peyramale, el 2 de marzo de 1858.

La alerta de 1870

El 12 de abril de 1870 están simultáneamente en cama las dos enfermeras. Y, por lo que se refiere a Bernadette, otra vez parece cosa grave, según sor Honorine Laffarge:

Entro en la enfermería y encuentro, por así decir, a esa querida hermana en agonía. Me parece que sólo le quedan algunas horas de vida.

—Mi querida hermana, le digo, me envió nuestra maestra para preguntaros cómo habéis pasado la noche.

—¡Decidle que no se inquiete, hoy no moriré! (L 160).

Sor Honorine ve en esas palabras una profecía. De hecho, Bernadette comenzó a experimentar unos retrocesos en sus crisis de asma.

La guerra de 1870

La guerra no la turba. Cuando en el otoño de 1870 llegan los prusianos muy cerca de Nevers, Bernadette sólo dice:

—Yo temo únicamente a los malos católicos (L 174).

Y en noviembre de 1870 escribe:

Se dice que el enemigo se acerca a Nevers; yo me pasaría muy bien sin ver a los prusianos, pero no los temo. Dios está en todas partes, incluso en medio de los prusianos [...]. Siendo muy pequeña, después de un sermón del señor cura, oí a la gente que decía:

—¡Bah! Él cumple con su oficio.

Yo creo que también los prusianos cumplen con su oficio (Cros 3, p. 223, ESO, p. 279).

La muerte de su padre

Ésa fue la última carta que su padre recibió de ella.

Poco después, sor Madeleine Bounaix la encuentra bañada en lágrimas y apoyada contra la chimenea. Acababa de recibir la noticia: François Soubirous había muerto, el 4 de marzo de 1871, en el aniversario de la última aparición de la quincena. Él, que tan dispuesto estaba a ponerse en camino cuando Bernadette ya no estaba en Lourdes, pero que jamás había abandonado sus Pirineos, no había ido a Nevers... Bernadette no ocultó su tristeza.

Vengo a llorar contigo, escribe a su hermana Marie (Toinette), el 9 de marzo. Pero mantengámonos siempre sumisas, aunque afligidas, a la mano 'paterna' que nos golpea tan duramente desde hace algún tiempo. Llenemos la cruz y abracémonos a ella (ESB, p. 282).

Es el mismo espíritu con que había acogido la guerra como un signo de los tiempos.

'Mucha inteligencia'

El 3 de septiembre de 1872, el doctor Roben Saint-Cyr, presidente de la sociedad de médicos de la Nièvre y médico de la casa madre, le extiende este juicio elogioso:

Enfermera que cumple perfectamente su cometido.

Pequeña, de aspecto enclenque, tiene 27 años. De naturaleza tranquila y dulce, cuida de sus enfermas con mucha inteligencia y sin omitir nada de las prescripciones hechas; goza también de una gran autoridad y, por mi parte, de entera confianza (ESB, p. 309).

Esas líneas fueron escritas en 1872, para responder a las cuestiones que había suscitado una declaración pública del doctor Voisin, médico de la Salpêtrière:

'El milagro de Lourdes se ha afirmado sobre la fe de una muchacha alucinada que está "encerrada" en el convenio de las "ursulinas" de Nevers' (ES/3, p. 309).

El apogeo

(mayo de 1870-1872)

Desde el día 15 de mayo de 1870 hasta principios de 1872 Bernadette atraviesa su mejor periodo. Y escribe sin ninguna restricción:

—*Mi salud es bastante buena* (25 de diciembre de 1870; ESB, p. 280).

—*Mi salud va de maravilla* (1972; ESB, p. 316).

Es verdad que hay algunas crisis de asma, pero, en enero de 1872, puede trazar este cuadro tranquilizador:

Mi salud no es peor que la del año pasado. Sólo el frío riguroso de este invierno me ha atormentado un poco. Respiro con menor facilidad.

El declive

Recae al invierno siguiente (1872-1873). La ingresan ‘*en la enfermería Sainte-Julienne*’, el 17 de enero de enero de 1873 (*diario de la comunidad*). El día 3 de febrero sigue aún *muy enferma* (ibíd.; cf. L 318). Nueva recaída en pascua (13 de abril). *Tiene que guardar cama* durante 15 días (ESB, p. 321; cf. P. 319).

El 12 de mayo de 1873, la madre Joséphine Imbert, superiora general, puede llevársela consigo en coche al orfelinato de Varennes, donde la doble visita constituye una gran fiesta. Pero Bernadette está en tratamiento de convalecencia: y se la instala en un sillón con ruedas. Desde él pronuncia su exhortación a las huérfanas:

—*Hijas mías, amad mucho a la santísima Virgen... Rezad mucho. Ella os protegerá* (L 320).

El 3 de junio la recaída es más seria. Por tercera vez, al menos, recibe la unción de los enfermos (*diario de la comunidad*). Poco después, sin embargo, reanuda sus ocupaciones y dice a quienes se sienten dichosas de verla:

—*No me han querido allá arriba* (L 325).

Pero el 30 de octubre de 1873 la eximen de su empleo.

Un recurso psicoterapéutico y espiritual

No sin pena, porque su puesto de enfermera era una buena ocasión para enviarle, a título de cura o de pensión, a las novicias en dificultades, sobre las que sus consejos, su energía estimulante y su simplicidad obraban maravillas. En la casa constituía un recurso tanto psicoterapéutico

como espiritual...

Y la madre Marie-Thèrese la invitaba frecuentemente al recreo del noviciado, aunque ya era profesa (B2, p. 122).

Lo que la frustraba era cuando le despedían en momento en que se leía la *Histoire des apparitions* de Henri Lasserre. Pero el historiador, ¿no había hecho prometer a las hermanas que 'Bernadette no leería jamás ese libro? (B2, 126-128).

Bernadette no se llamaba a engaño con esos bruscos envíos,

—*¿Por qué tan pronto?*, le preguntaba un día Julie Garros.

—*Porque se quiere leer algo sobre Lourdes, me ponen en la puerta* (L 233).

Por el contrario, Bernadette fue invitada a rehacer el relato de las apariciones el 1º de junio de 1869 ante cuatro nuevas hermanas; fue la ocasión para renovar la consigna de que después de aquello nadie debería volver a hablarle del asunto. A veces la excepción confirma la regla (L 132).

Se podía tratar tan libremente con ella, porque se mantenía con firmeza en su puesto, desalentando cualquier veneración o exaltación. Un día las novicias la acogieron con excesiva ceremonia, tras una larga ausencia. Ella se burló y dijo:

—*Puesto que me rendís unos honores que yo no merezco, no permaneceré con vosotras durante el recreo.*

Y no fue sin trabajo que logramos conservarla. Hubo que prometerle ser sencillas con ella. Después nos edificó con su simplicidad y alegría, según refiere sor Clémence Chasan (L 272).

Su risa tonificante desarmaba cualquier afectación. Sor Éléonore Bonnet lo aprendió a su costa. 'Para mostrar su bella voz, cantaba en el noviciado':

*Étole
sans voile
fais à mes yeux
éclore
l'aurore
d'un jour radieux*

(Estrella sin velo, haz brillar a mis ojos la aurora de un día radiante).

—*Me habéis intimidado, protestó sor Éléonore.*

—*Es verdad que me he reído, pero reconoceréis que había buenos motivos para ello (L 265).*



La enfermería
de Saint-Gildard
con la farmacia
que Bernadette utilizó

ÚLTIMOS EMPLEOS ACTIVOS

(octubre de 1873 - diciembre de 1874)

El 5 de noviembre de 1873 se nombra enfermera a sor Gabriel de Vigouroux, 28 años. Bernadette (29 años), que jamás ha ostentado oficialmente ese título, pasa a simple ayudante, no sin tener que dominarse porque llevaba perfectamente la enfermería. Es difícil pasar a un segundo plano en un terreno en el que se han ejercido unas responsabilidades. Aun cuando Bernadette tiene buenas razones para mantener sus puntos de vista y su modo de obrar, la enfermera titular la trata ahora con orgullo (L 683). De ahí la preocupación que Bernadette consigna al terminar su retiro del mes de julio de 1875: trabajar para llegar a ser indiferente...

Entre la sacristía y la enfermería

En enero de 1874 comparte las funciones de enfermera ayudante y la de segunda sacristana. Arregla a los monaguillos, lava y repasa los purificadores previamente lavados en tres aguas sucesivas por el propio sacerdote. Pero sigue ejerciendo en la enfermería trabajos penosos. Julie Garros —su antigua compañera de clase de Lourdes, que ha ingresado en Nevers— es enviada a la enfermería para iniciarse en el cuidado de las enfermas.

Un día, cuenta ella, Bernadette me encargó llevar de paseo a la madre Anne-Marie Lescure, que estaba ciega. Ella me dijo:

*—Ten el mismo cuidado que si fuera el buen Dios.
Yo le respondí:*

—¡Ah!, la diferencia es notable.

Le pregunté por qué aquella enferma no llevaba completo su hábito religioso. A lo que me dijo:

—Ven a verlo esta tarde.

Fui, en efecto, u vi la llaga de aquella enferma, poblada de gusanos que Bernadette recogía en un plato. No pude soportar aquel espectáculo.

Bernadette me dijo:

— *¡Vaya hermana de la caridad que vas a ser! Tienes poca fe.*

Al día siguiente asistí a la cura de la enferma, pero sin tocar la llaga. Bernadette le puso el apósito con gran delicadeza.

Cuando aquella religiosa murió, el 29 de junio de 1874, Bernadette invitó a Julie para que la ayudase en el aseo de la muerta:

—*Yo no quería por repugnancia.*

Ella me dijo:

—*Eres una holgazana. Nunca serás una buena hermana de la caridad.*

Cuando la muerta estuvo vestida, las hermanas acudieron a besarla. A mí me costó muchísimo hacer como las demás. Sin embargo lo hice, pero no me sentí bien. Entonces Bernadette me dijo:

—*¿Qué es eso de que una hermana de la caridad no puede tocar los muertos? (L 350).*



Bernadette
y
sor Victorine Poux

Bernadette sabía muy bien lo que tenía entre manos. Julie tenía una sensibilidad viva, pero un temperamento de hierro. Estímulos y provocaciones le dieron buen resultado. Julie puso gran entusiasmo y alegría en contar estos recuerdos y otros más en el proceso de canonización de Bernadette.

Fue Bernadette quien le puso la cofia el día que Julie tomó el hábito, diciéndole:

—*Todas las que yo pongo son sólidas (L 289).*

Julie he conservado el recuerdo de los consejos que Bernadette le dio el 14 de julio de 1874, cuando ella partió para ejercer las funciones de enfermera.

Instruida sin duda por la experiencia de la taberna de tía Bernarde, le dijo:

—*Cuando estés con hombres en una habitación, cuida de que la puerta esté siempre abierta* (L 351).

E insistía sobre el cuidado de los enfermos:

—*No te olvides de ver a nuestro Señor en la persona del pobre [...]. Cuanto más repugnante es el pobre, más hay que amarle* (L 356).

—*Cuando se cuida a un enfermo [...], hay que retirarse antes de recibir su agradecimiento [...]. Ya es suficiente recompensa el honor de haberle prodigado nuestros cuidados* (L 357).

Entonces las dos amigas se separan para no volverse a ver.

—*No hay necesidad de dejarse ningún recuerdo, cuando dos personas se quieren de veras [...]. Hay que amarse sin medida y entregarse sin cálculos [...]. Démonos un abrazo por última vez* (L 360).

Y Bernadette agrega:

—*Acepta la enfermedad como una caricia... Entrégate al servicio de los pobres, pero con prudencia. No te abandones jamás al desaliento. Quiere mucho a la santísima Virgen.*

'Indiferente'

Sor Victorine Poux la visita en septiembre de 1874. Ella le recuerda sus reacciones de niña salvaje en el hospicio de Lourdes, y sobre todo sus sublevaciones contra las 'pequeñas injusticias' y las 'falsas imputaciones':

—*Ahora, soy indiferente*, responde Bernadette (L 368).

Con razón. Ella lo demuestra un poco más tarde, cuando la madre Joséphine la trata —a ella lo mismo que a sor Casimir— de 'personas inútiles'. Sor Casimir llora por ello, pero Bernadette le dice:

— *¿Sólo por eso? ¡Por lo demás, vos tenéis la bondad! Ya veréis cómo cambian las cosas* (L 435, B 2, p. 180)

Ella accede a la serenidad, en la obediencia, que durante largo tiempo ha sido para ella una prueba desconcertante.

'Tenía los ojos azules'

Los roces que tuvo con sor Gabriel de Vigouroux, la nueva enfermera, fueron penosos para ella, aunque sin ningún rencor. Y así hizo en favor suyo una excepción. En octubre de ese mismo año de 1874 le refirió las apariciones. La enfermera anotó el relato inmediatamente. Bernadette terminó con las mismas palabras con que había terminado su relato autobiográfico de 22 de gesto de 1864: 'Tenía los ojos azules' (H 1, p. 61, línea 500).

EL EMPLEO DE ENFERMA

(1875-1878)

A partir de 1875 la historia de Bernadette va a confundirse con la historia de sus enfermedades. 'Inútil' de ahora en adelante, se esforzará por asumir esa situación nueva como un 'empleo' al servicio de Dios: 'el empleo de enferma', según su propia expresión.

Los demás

Ese empleo es fructífero porque constituía una buena ocasión de enviar a las novicias para que ayudasen en la enfermería y aprovecharse así del testimonio de Bernadette, siempre más atenta a los demás que a sí misma. Es una predicación viva y simple. Cuando se encuentra mejor, se las ingenia por rendir algún servicio: marca las páginas de los libros de lectura para las otras enfermas (sor Joséphine), enseña a sor Rosalie (una novicia) a 'doblar un velo'. Sigue siendo perspicaz en sus diagnósticos. En 1873, cuando Julie Garros quiso marcharse desanimada —y esto era frecuente en aquella naturaleza ardorosa e impaciente— la hará objeto de bromas para volverla a su cauce. Pero no hizo lo mismo con Marie Champagnan, que entró en la casa madre a los 19 años de edad, el 31 de agosto de 1875. Bernadette dijo simplemente a sor Ursule Millien:

—*Todavía tiene necesidad de su madre* (L, 3798).

Evidencia que se impuso: el 14 de septiembre siguiente la postulante volvía a su casa.

Bernadette adopta el lenguaje del Cura de Ars para alentar a sor Joseph Cassagnes, que siente nostalgia de su familia:

—*Vos no veis que es ese ganchudo villano... Cuando se os acerque, tenéis que escupirle en la cara* (L 416).

A sor Casimir Callery, cuyo padre ha muerto de repente en condiciones inquietantes, le dice:

—*No os aflijáis... El buen Dios no permite que se condenen los*

padres de las religiosas. Y les concede una gracia particular por el sacrificio que han hecho...Mi madre murió el 8 de diciembre de 1866. La santísima Virgen quiere hacerme comprender que sólo debo amarla a ella y confiar en ella sola [...], que ella reemplazará a mi madre... (L 433).

¿Vuelta a Lourdes?

A finales de junio de 1816, toda una delegación de Nevers se dirige a Lourdes para las fiestas de la consagración de la basílica y la coronación de la imagen. Los delegados van a ver a Bernadette para recibir sus encargos y cartas. Al abate Perreau le recomienda su familia, especialmente a su hermano pequeño Pierre-Bernard:

—Ella pedía para los suyos no tanto la salud y el bienestar cuanto la virtud y la práctica de los deberes religiosos... Miraba ciertas pruebas que les habían sobrevenido como castigos, pues, decía ella, Dios no podía bendecir eso (L 441).

Antes de partir, monseñor de Ladoue, el nuevo obispo de Nevers, la pregunta:

—¿Te gustaría venir a Lourdes?

Ella le responde:

—¡Oh no, monseñor, prefiero quedarme en mi cama! (L 400).

A otros les dice quiméricamente:

Si pudiera transportarme en globo a la gruta y rezar unos instantes, cuando no hubiera nadie, iría con gusto; pero si hay que viajar como todo el mundo y encontrarme en medio de la multitud, prefiero quedarme aquí (respuesta dada a sor Ambroise Fenasse, superiora del hospital de Saint-Étienne; L 402).

También dijo:

—Si yo pudiera ver sin ser vista... (L 399).

—He hecho el sacrificio de Lourdes. Veré a la santísima Virgen en el cielo, y eso será más hermoso (L 401).

Las fotografías del lugar transformado le hacen decir:

—¡Oh, mi pobre gruta! Ya no la reconocería (L 390).

Para ella es un 'sacrificio' hablar del asunto. Una de las visitas no insistió más:

—*Tuve la impresión de que la hacíamos sufrir al seguir hablando del tema... Y nos despedimos (L 454).*

Bernadette envía recados particulares para su párroco, el abate Peyramale, muy apenado por haber sido desposeído de la organización de la peregrinación que él había fundado y sin recursos ante la construcción abandonada de su iglesia parroquial.

Hace transmitir a Bernadette esta respuesta:

—*Decidle que ella sigue siendo siempre mi hija y que la bendigo (L 398).*

Al año siguiente Bernadette tendrá noticias de su muerte, acaecida el sábado 8 de septiembre de 1877, en la fiesta de la natividad de la Virgen. La noticia llegada por telegrama, se la llevó Bernadette sor Nathalie Portat a la tribuna de la iglesia en que estaba rezando. También por él lloró Bernadette.



La “capilla blanca”

Boletín de salud

1875-1877

Durante estos años la enfermedad avanza con los altibajos desconcertantes que caracterizan la salud de Bernadette. Es la trama de su existencia.

En 1875 guarda cama desde abril hasta mediados de junio (según Guynot, 1936, p. 201), se levanta en verano y vuelve a recaer en octubre

(*diario de la comunidad*). El 19 de noviembre una hemoptisis hace temer por su vida (*diario de la comunidad*). Permanece en cama hasta mayo de 1876; el buen tiempo vuelve a darle la vida. En junio asiste a la misa dominical, de la que se ha visto privada durante seis meses (ESB, p. 475). Su estómago parece refractario a los alimentos. Siempre está *hecha una carraca*, reconoce ella en su carta de 25 de junio de 1876 a la madre Alexandrine Roques, pese a su propensión a ver siempre el lado bueno de las cosas y a su optimismo para el futuro (ibíd. p. 424). Utiliza al máximo sus fuerzas, hasta el punto de que sor Joseph Biermann la encuentra dispuesta a barrer la enfermería en agosto del 76, y le quita la escoba, pero Bernadette la reprende entre risas:

—*No la conseguiréis. ¡Vencer o morir!* (L 413).

Es el lado marcial del alma de Bernadette, entusiasmada por los hechos de armas de su padrino, el combatiente de Solferino. Un libro (no identificado), que leyó durante ese mismo verano de 1876, le inspiró esta reflexión:

— *¡Oh este libro me inspira el deseo de partir para la guerra!* (L 417).

Sus cartas de agosto-septiembre aseguran que sufre muy poco o no mucho (ESB, p. 434-436) Pero no puede ocultar *una debilidad que nada puede dominar*. Tiene que abreviar su carta del 7 de septiembre.

Mi mano tiembla como la de una vieja (ESB, 437).

Asimismo el 13 de septiembre (a Rachel Dufo):

—*Te dejo porque no puedo sostener la pluma, y no sé muy bien lo que os digo. ¡Adiós!* (ESB, p. 439)

Con Rachel, una amiga desde las apariciones, pero que pertenecía a la alta burguesía de Lourdes, mezcla el *vos* con el *tú*.

Sus cartas de noviembre aseguran que va mejor (ESB, p. 444-447), pero es *siempre con ocasión de una mejoría cuando escribe*. De ahí la paradoja de su correspondencia: anuncia por lo general una mejoría mientras que su salud se deteriora.

Insiste en los buenos cuidados que recibe, como *un pequeño bebé* (ESB, p. 434).

La carta al papa

El 16 de diciembre de 1876, la visita monseñor Ladoue, el nuevo obispo. Ha sucedido a monseñor Forcade, promovido arzobispo de Aix en 1873. Tras su primera visita, Bernadette había dicho:

—*Es pequeño y es frío. No durará mucho tiempo* (L 338).

De hecho murió el 23 de julio de 1877.

Ahora llega a la enfermería con el propósito de llevar al papa Pío IX un autógrafo de Bernadette. Se prepara en el lecho un pupitre de madera, que apoya sobre sus rodillas, una de las cuales la tiene dolorida. Su primera redacción es revisada como un texto conciliar. Se trata del papa. Y Bernadette ha citado ingenuamente los términos familiares de los que monseñor se había servido para convencerla: *‘El mejor medio para obtener una bendición es hacer una carta’*. ¡No es posible descubrir así las baterías del obispo!

Bernadette dice, en el momento en que los zuavos pontificios son exaltados como símbolo de la fidelidad al papa:

—*Hace mucho tiempo que soy un zuavo, aunque indigno, de vuestra santidad. Mis armas son la oración y el sacrificio.*

Conservará este rasgo, que puede tocar el corazón del santo padre, pero dándole una mayor altura y modestia:

—*Hace algunos años que me he constituido, aunque indigna, en pequeño zuavo de vuestra santidad.*

Bernadette terminaba diciendo:

Desde el cielo la santísima Virgen debe poner con frecuencia sus ojos sobre vos, santísimo padre, porque vos la habéis proclamado inmaculada, y cuatro años después esa buena madre viene a la tierra para decir:

—*Yo soy la Inmaculada.*

Yo no sabía lo que eso quería decir. Yo no había oído 'nunca' esa palabra. Después, reflexionando, me dije: 'La santísima Virgen es buena, se diría que ha venido a confirmar la palabra de nuestro santo padre'.

Este final es demasiado abrupto. Y se alarga con algunas frases más solemnes y ricas en epítetos (menos conformes con el estilo de Bernadette):

Espero que... esa 'buena' Madre... se dignará poner una vez más su pie sobre la cabeza de la 'maldita' serpiente, y poner así fin a las 'cruelles'

pruebas' de la santa Iglesia y a los dolores de su 'augusto' y 'bien amado' pontífice.

Una religiosa vuelve a copiar el segundo borrador sobre papel ministro con el membrete de la congregación (ESB, p. 456) y Bernadette lo copia sobre su pupitre de enferma. Se enreda en el extraño final sobre la cabeza de la 'maldita serpiente', olvida un miembro de la frase y lo enmienda entre renglones (ESB, p.451). Y, además, ha cometido faltas de ortografía. ¡Imposible de enviar eso al papa! Hay que empezar de nuevo. Pero esa rodilla, esa fatiga... Lo consigue sin embargo, y será esa última copia la que monseñor de Ladoue pondrá en manos de Pío IX (ESB, p. 448-456).

El 14 de enero de 1877 regresará de Roma con la bendición prometida.

El año 1876 termina mal, aunque Bernadette escribe al abate Pomian el 28 de diciembre:

Mi estómago [...] no muy complaciente [...] conserva los alimentos un poco más que hace un mes (ESB, p.473).

Lo que no impide que apenas haya abandonado el lecho ese año.

—*He aquí que hace ya más de un año que estoy en mi capilla blanca,* escribe a monseñor Peyramale ese mismo día (ESB, p.475)

Sólo se ha levantado ocasionalmente durante el verano, y no ha salido de la enfermería más que trasportada o sostenida para asistir a misa.

La sorpresa del verano de 1877

Durante el verano de 1877 se produce una mejoría sorprendente. Bernadette escribe entonces:

—*Me paseo todos los días por el jardín para reponer fuerzas* (carta a Pierre Soubirous, de 17 de julio de 1877; ESB, p. 486).

Y al abate Pomian, el día 15 de septiembre:

—*Mi salud está muy restablecida. Puedo seguir una gran parte de los ejercicios de la comunidad. Paseo y tengo buen apetito* (ESB, p. 491).

FALTA 198 Y 199

El último verano

En septiembre de 1878 sufre mucho por la caries de la rodilla. Pero la mejoría le permite ir a la capilla para asistir a la instrucción del predicador que prepara a la comunidad para los votos perpetuos. Incluso se arrodilla bien que mal durante los ejercicios. Hasta que al fin tiene que renunciar.

—*No puedo más, ya no volveré: me quedaré en la enfermería, dice hacia el final del retiro (L 517).*

El 22 de septiembre baja a la capilla para la ceremonia de los votos, renovados según la fórmula establecida en las nuevas constituciones de 1870:

—*Yo, sor Marie-Bernard, deseando consagrarme al servicio de Dios y a las obras de caridad en la congregación de las hermanas de la caridad y de la enseñanza cristiana, establecidas en la diócesis de Nevers, hago voto para todo el resto de mi vida, de pobreza, de castidad y de obediencia, en el modo expresado en las constituciones de mi congregación. Yo ruego a nuestro señor Jesucristo, por intercesión de la santísima Virgen, mi buena madre, que me dé gracia para cumplir con fidelidad estos compromisos.*

Después de la ceremonia, felicita a las cantoras:

—*Yo me creta en el cielo, repetirá dos veces ese mismo día. Si muriera, estaría segura de mi salvación, porque los votos son un segundo bautismo (L 519-520).*

No busques nada mejor sobre la tierra (L 529).

La santa cruz

El 30 de octubre de 1878 se instala la enfermería de las profesas en el primer piso, en la habitación de ‘Santa Cruz’, situada en la otra ala del edificio de la casa madre. Bernadette accede a su última morada terrestre.

Todavía puede bajar los días 12 y 13 de noviembre a ver a las nuevas postulantes. Vislumbra la morriña de la última que ha llegado:

—*¿Te aburres?*

—*¡Oh sí, mucho!*

Bernadette le pone la mano sobre el hombro y le dice:

—*Vamos, tranquilízate; perseverarás en la congregación (L 530).*

La capilla blanca

El 11 de diciembre de 1878 se mete definitivamente en cama, en su 'capilla blanca', como llama al gran lecho con dosel. Y coloca *junto a ella la imagen de san Bernardo*.

—*¿Rogáis, pues, a vuestro patrón?*, le pregunta sor Agathe.

—*Sí que le ruego, dice ella, pero apenas le imito. San Bernardo amaba el sufrimiento, y yo lo evito todo lo que puedo* (L 410).

En un tiempo en que se hablaba mucho (e impropriamente) de *amar el sufrimiento*, Bernadette no ha conseguido convertirse en una masoquista.

En esa nueva infancia en que siente que se desliza, afectada como está en su vitalidad, su tono y su memoria, Bernadette vuelve a los gestos tradicionales de su infancia: los altarcillos y las ornamentaciones religiosas que hacía en los campos de Bartrès o en el 'calabozo', como el pequeño enfermo Jean-Marie Doucet, en su chimenea de la granja Piqué, durante la primavera de 1858. Uno de los dibujos evocaba las misas que se celebraban perpetuamente en todo el globo:

—*Yo me uno a todas esas misas, sobre todo durante la noche que a veces paso sin dormir*, decía Bernadette a sor Ambroise Fenasse en enero de 1879.

Y para no dejarla en la triste evocación de sus noches de insomnio, agregaba:

—*Lo que me contraría es ese pequeño monaguillo que jamás toca la campanilla... A veces me dan ganas de sacudirle* (L 500).

Bernadette, inmovilizada, emplea sus últimas fuerzas como puede.

En agosto de 1876, sor Agathe la había encontrado *sentada en la cama haciendo hilas*.

Desde la pascua de 1877 está a menudo ocupada en pintar o bordar corazones, que se distribuyen siguiendo la devoción de la época. Ella bromea:

—*No dirán que sor Marie-Bernard está sin corazón* (L 462).

Y también:

—*Si alguien os dice que yo no tengo corazón, decidle que hago*

corazones toda la jornada (L 463).

En octubre de 1878, sor Thérèse Lacoste la encuentra coloreando unas pequeñas imágenes ‘y dibujando la corona de espinas que rodea el sagrado Corazón’. Sor Marie-Bernard le dice

con un cierto aire malicioso, aunque muy seria:

—*Si queréis ser religiosa, señorita, será necesario aprender a amar el sufrimiento. Nuestro señor regala su corona de espinas a sus amigos* (L 529).

'Buena para nada'

Lo que más le cuesta no es precisamente el sufrimiento, sino la inacción:

—*Siempre en la enfermería, siempre ‘buena para nada’, dice ella, repitiendo esta expresión que la acompaña desde la primera conversación sobre su vocación religiosa y la célebre ceremonia de las obediencias* (L 499).

Y agrega:

—*El buen Dios ha hecho bien en no darme a elegir mi género de vida. Seguramente que yo no hubiera elegido esta inacción a la que me veo reducida. ¡Me hubiera gustado tanto ejercer un empleo!*

—*Vos rezáis por los que no rezan*, le dice sor Victoire Cassou.

Y ella responde:

—*No tengo otra cosa que hacer... Mi rezo es mi única arma. Sólo puedo rezar y sufrir* (L 515).

Éste es el tema de su carta al papa:

Mis armas son la oración y el sacrificio que conservaré hasta mi último suspiro. Sólo entonces caerá el arma del sacrificio, pero la de la oración me acompañará al cielo, donde será más poderosa (ESB, p. 453).

Una gran alegría

En septiembre de 1875 un soplo de misericordia ha entrado en Saint Gildard con el abate Febvre. Ese sacerdote de 43 años sustituye al capellán de la casa madre, el padre Douce, cuya austeridad simbolizaba Bernadette en este acróstico:

Dolor
Olvido
Unión
Confianza
Experimentado

Sin embargo esta última palabra la ha puesto en segundo tiempo para endulzar la imagen, pues aparece tachada la palabra *exigente*.

El abate Febvre era alentador e inspiraba seguridad, como personalmente Bernadette para las demás: tacto, penetración, docilidad a las mociones de Dios, eran los carismas de su ministerio.

En octubre de 1877 una de las instrucciones del padre Febvre desencadena en Bernadette una gran alegría. Al salir de la capilla dice a sor Casimir Callery:

—*¡Oh, serafín, qué contenta estoy!*

Sor Marie-Bernard me llamaba 'serafín' porque en el diálogo recitado con motivo del santo de nuestra madre maestra, yo era el serán. El nombre de Casimir, no se le ocurría, pues no había conocido a nadie con ese nombre antes que a mí...

—*¿Y qué es lo que tienes?, le dije yo.*

—*¿No has escuchado el sermón?*

—*Claro que sí.*

—*Pues bien, el señor capellán ha dicho que cuando no se quiere cometer un pecado, no se comete.*

—*Sí, ya lo he oído. ¿Y bien?*

—*¡Pues como yo no he querido jamás cometer un pecado, no lo he cometido!*

La alegría irradiaba de su rostro... Yo envidiaba su felicidad, porque yo no podía decir otro tanto (L 420).

SANTIDAD COTIDIANA DE BERNADETTE

En el umbral del tránsito

Hemos llegado al final de la vida de Bernadette. Para ella es el paso misterioso al más allá: el que todo hombre da en cierta soledad: sólo se ve 'de espaldas', según la expresión de un médico, que se ha dedicado al estudio de los moribundos. Ese paso lo ha dado a través de pruebas misteriosas, en una noche profunda: la del sufrimiento, aunque también de la fe y de la esperanza.

Noche radiante

Después de las transparencias de las apariciones, tras el retorno a la condición normal de la fe: la de una noche estrellada, ahora llega un túnel sin estrellas. La oscuridad final del destino de Bernadette se da la mano con la oscuridad inicial de su infancia, en un grado nuevo de silencio, de secreto y de pobreza. Mas para quienes se acercaban a Bernadette —y para nosotros que vamos a seguirla en esta última etapa— esa noche es una irradiación de Dios.

Al comienzo de este libro habíamos percibido en la 'pasión' de la niña Bernadette —ruina, miseria, desprecio— una luz sorprendente y tonificante del Evangelio. Su pasión final, la del *paso* y de la muerte, es más iluminativa aún, aunque también mas secreta.

El eje interior

Si queremos entrever esa irradiación a través de las palabras y de los gestos cotidianos de Bernadette, tal como serán referidos objetivamente en estas últimas páginas, es necesario que tomemos el eje de su vida: el de una santidad diaria, sin superestructuras, sin ideología ni razonamientos, sin complacencia alguna. Esa santidad procede de una orientación

profunda que constituye la unidad de su vida y que permite captar los comienzos y el final, pese a la niebla y la penumbra, porque es la misma línea fundamental, de un extremo al otro, en el menosprecio o la gloria, la libertad o la clausura, la salud o la enfermedad.

Ese eje lo percibió perfectamente el abate Febvre, el último confesor de Bernadette, el más penetrante, el que mejor supo reconocer y respetar su gracia. Y así escribe:

Cuando la humilde Bernadette llama a la puerta del convento de las hermanas de Nevers, poseía ya unas luces, unas enseñanzas y como una línea de conducta que debía orientarla y ayudar al mismo tiempo a sus directores y superiores para que la guiasen en el camino de la perfección. Así, ella sacará de los recuerdos meditados las 'palabras', recomendaciones y secretos que le fueron comunicados por la Inmaculada Concepción, y, más tarde, de la inteligencia de las 'acciones' misteriosas cumplidas en la gruta, sacará unas reglas de conducta destinadas a hacerla llegar al ideal de santidad que a ella se reclamaba.

Además, y parecida en esto a los profetas de la ley antigua, cuyos actos y vida constituían una confirmación sensible de las grandes verdades anunciadas por ellos, no tendrá como misión única el transmitir las voluntades celestiales, sino que practicará 'obras que hablan', y su estado habitual de sufrimiento dará a conocer a las almas la vía, la necesidad de la penitencia, para ser 'felices no en este mundo, sino en el otro'...

Bernadette volverá a sentir en su corazón la misma fuerza interior que en Lourdes la empujaba a la gruta, para recibir allí las visitas de nuestra Señora. Esos impulsos interiores no serán menos poderosos para arrastrarla a la práctica.

Las palabras de ese discurso son tiernas. El lenguaje queda envuelto, como la vida misma de Bernadette, en la estrechez de los marcos del siglo XIX. Hay que tener en cuenta esa ganga y separarla para percibir toda la luz. La maravillosa generosidad cristiana de entonces se ejercitaba en una gran indigencia cultural, a través de pesadas cargas jurídicas. Durante ese siglo, y en vida de Bernadette, la congregación de las hermanas de Nevers, surgida del soplo evangélico de Dom de Laveyne (1683), fue vaciada en los moldes del juridicismo y en la concepción estrecha de la obediencia; es lo que simboliza la supresión, viviendo aún Bernadette, del voto

paradójico de 'caridad', irreductible a formas jurídicas. Es en la estrechez de ese marco que Bernadette ha sabido guardar, captar y volver a encontrar lo esencial del Evangelio, volviendo a conectar con la inspiración misma de Dom de Laveyne. Y eso es lo que el abate Febvre ha sabido discernir.

Lo que él ha percibido en esas notas, curiosamente redactadas en futuro, en un estilo que es de la época, es que el eje de la santidad de Bernadette es *interior*, suscitado por el Espíritu. Eso era lo que se imponía a la propia Bernadette y a quienes tenían la misión de guiarla.

El eje de Bernadette no es sólo el conjunto de las palabras que ha escuchado en las apariciones, sino algo más profundo, algo que brota de la raíz, en 'obras que hablan' en 'actos' proféticos o místicos, como lo dice vigorosamente el abate Febvre. Bernadette no ha puesto en práctica el mensaje de Lourdes como se aplica una ley o una regla. En ella el resorte es *interior*: es sólo por amor que cumple toda la ley. Ni machaconería ni recetas. Y ese dinamismo es anterior a las apariciones. Ella ha sabido captar, desde mucho tiempo atrás, el surgimiento de la fuente de agua viva: el Evangelio, que las apariciones de Massabielle han venido a intensificar y canalizar dentro de ella, y que su familia religiosa le ha ayudado a asumir mejor.

El eje de la santidad de Bernadette es el mensaje de Lourdes, pero situado en esa fuente anterior e interior que suscita las 'obras que hablan' de Bernadette.

Reviviscencia del mensaje de Lourdes

Ese mensaje no se reduce a las solas palabras recibidas en Massabielle: *oración y penitencia*, en el sentido evangélico profundo y positivo de conversión, que es el acto de *volverse a Dios*. Es ante todo la *pobreza* inscrita en la elección misma de Bernadette y la afluencia de los pobres que fueron los primeros en acoger ese eco de la buena nueva: la confirmación indudable la ha hecho personalmente el comisario de policía, señor Jacomet. En fin, ese mensaje es, en último análisis, el nombre y la identidad de la mensajera: aquella cuya gracia mana de la fuente, *inmaculada*, la Virgen del *Magnificat*, prototipo de la Iglesia: la fuente del Evangelio vivido de un modo radical.

La aparición descubre ahí su sentido. Bernadette ha recibido mucho de ese encuentro con la madre de Cristo, en la comunión de los santos, que

por un momento se hace transparente. Ese contacto se ha realizado bajo formas concretas y sensibles, que Bernadette podía comprender según la tradición que había recibido: en forma de icono viviente. Contemplando a esa mujer, revestida y precedida por una luz 'como la del sol cuando llega a iluminar la sombra', Bernadette ha comprendido mejor lo que ya vivía en la oscuridad de la fe. Las actitudes de la aparición, su plegaria, su sonrisa y sus tristezas, reflejo de su compasión por los pecadores, la multitud las veía reflejarse en el rostro de la vidente, en un éxtasis ajeno a las actitudes histéricas: la cabeza derecha, la mirada dirigida simplemente hacia lo alto. Bernadette ha tomado sensiblemente por modelo a la virgen María, obra maestra de Dios, formadora de la humanidad de Jesús y prototipo de la Iglesia.

Cuando hemos referido o estudiado palabras (ocasionales o fortuitas) de Bernadette, la gran sorpresa ha sido ver que se asemejaban formalmente a las palabras clave del mensaje de Lourdes: *pobreza, oración y penitencia*. Porque ésas eran las directrices que animaban la vida de Bernadette y la impulsaban desde el interior, como un árbol echa las ramas, como una flor desarrolla sus pétalos, sus colores y su aroma. Eso fue lo que vio claramente el abate Febvre. Y esa flor modesta, Bernadette, se parecía al modelo, presentido desde largo tiempo atrás, y que se le apareció en las hendiduras de la roca: *María Inmaculada*, mensajera de esa Biblia de los pobres.

'Dios-caridad'

Una vez reunidas todas las palabras de Bernadette en torno a esos cuatro temas significativos del mensaje de Lourdes, quedaba una parte importante —e incluso esencial— que giraba alrededor de otras dos palabras clave, situadas en el mismo eje:

—*Caridad*, en el sentido fuerte de la palabra, el del griego *Agape*: el único amor expandido y comunicado, que constituye el todo de la Trinidad lo mismo que de la Iglesia.

—*Sólo Dios* (L 857).

Estas últimas palabras reflejan la espiritualidad de Dom de Laveyne, fundador de las hermanas de la Caridad. La primera, *caridad*, designa precisamente a la congregación que él fundó y está grabada sobre el frontis de Saint Gildard: *Dios es caridad*. Y la fórmula *sólo Dios*, que Bernadette hizo suya, figura en el escudo de la congregación. Ahora bien, esas

palabras las ha tomado Dom de Laveyne del Evangelio, del que son la quintaesencia. Bernadette estuvo de acuerdo sobre ese punto esencial desde su infancia, antes de lo que nosotros conocemos. Ella volvía a encontrar siempre la misma fuente, y supo separarla del fango turbio, como lo había hecho materialmente en la gruta.

Los ejes del mensaje de Lourdes, oración, pobreza y penitencia, son los prolegómenos del Evangelio, inscritos en el *Magnificat* de María, en la predicación de Juan Bautista y en el mensaje de las bienaventuranzas. Asimismo, las expresiones que resumen la vida profunda de Bernadette, *caridad, sólo Dios*, constituyen su esencia y su última palabra. Fue el impulso íntimo del Espíritu Santo el que le hizo conectar instintivamente todos esos valores.

La congregación en que Bernadette terminó su vida, estaba, pues, en la misma línea, por una especie de armonía preestablecida, con los ejes íntimos de su espiritualidad, ya que los temas capitales que inspiran a esa congregación los identifica así el padre Ravier: oración, penitencia, pobreza, servicio de las almas, caridad con los enfermos y con los pobres (ESB, p. 228).

Tales son los ejes de la vida religiosa de Bernadette... Cada uno los podrá reconocer en su vida y en sus actos, en esas 'obras que hablan", sin que sea necesario detallarlos más.

Pero hay que remontarse más alto. Esos ejes evangélicos, muy próximos a las realidades vividas, están patentes desde su infancia, antes incluso de las apariciones, y no hacen más que afirmarse en la vida de Bernadette hasta el fin... un poco como el punteado se prolonga en un trazo grueso, según una sola y misma línea recta.

Esa línea espiritual de Bernadette estaba fundada en la robusta simplicidad de su naturaleza y las seguridades fundamentales recibidas desde su primera infancia: el amor compartido del hogar familiar persistió siempre como un recurso profundo a lo largo de su vida. Las pruebas que se abatieron sobre Bernadette desde la edad de 10 años, su condición de pequeña criada en Bartrès, la miseria y el desprecio, no hicieron sino revelar un don de siempre, recibido de una tradición cristiana viva, en aquel tiempo y ambiente. Ella supo asumirlo con un instinto espiritual muy seguro, que fluye de buena fuente: en definitiva, la fuente de su bautismo

LAS PRUEBAS DE BERNADETTE

Estamos ya dispuestos para seguir a Bernadette durante los últimos meses de su vida.

Mas, para penetrar a fondo en esa noche, hemos de detenernos un momento en el que fue el *crescendo* de las pruebas cotidianas de Bernadette durante su vida religiosa hasta el umbral mismo del último paso.

Eso es importante porque afecta a la primera palabra del mensaje que ella recibió, el más inquietante, el más paradójico.

'Yo no te prometo que te vaya a hacer feliz en este mundo, sino en el otro' (palabras del 18 de febrero de 1858).

Esta promesa escatológica orienta a Bernadette hacia las realidades últimas, rompiendo con todos los apoyos humanos.

Ésta es una promesa abrupta en forma de vía negativa, de noche y de *nada*, según el lenguaje de san Juan de la Cruz.

Hemos, pues, de considerar las pruebas que tejieron el cañamazo cotidiano de la vida religiosa de Bernadette y la prepararon para la prueba última.

¡Qué lejos Lourdes!

La primera prueba de la vida religiosa de Bernadette, la que le arrancó lágrimas durante su primer domingo de Sant Gildard, es el desarraigo de su terruño de la Bigorre, y más especialmente la nostalgia de la gruta: una pena bien superada, sin reservas, con humor. Bernadette ha percibido sus lágrimas como un arco en el cielo, como una lluvia que iba a 'regar' su vocación. Con la habilidad tenaz que supo desplegar para dejar Bartrès, Bernadette, ya religiosa, hubiera podido obtener la vuelta a Lourdes, al menos en las grandes ocasiones. Para ello hubiera contado con buenos apoyos, y habría sabido servirse de los mismos. Fue siempre buena abogada para los demás. Pero a quienes le sugerían, como Julie Garros en 1871, ese retorno al pueblo, les dijo:

—*¡No, jamás!* (L 195)

Y también:

—*Mi puesto está aquí* (L 405).

—*Yo me quedo en mi rincón* (L 408).

—*Yo he dejado Lourdes para siempre* (Lo 510).

Más aún:

—*Para mí sería un sacrificio muy grande volver a Lourdes* (L 375).

Finalmente:

—*Yo soy feliz quedándome aquí* (L 510)

Su espera va más allá:

—*¿Volver a Lourdes? ¡Oh, la veré en el cielo!*, dice ella a sor Ramplou, en 1873 (L 334).

Las preocupaciones familiares

La prueba segunda, ligada a la primera, fue su solicitud de primogénita (de 'heredera', como se decía en Lourdes) respecto de los suyos. Fiel a las tradiciones y relaciones sociales, Bernadette no se concede descanso. Sufre por no poder desempeñar sus responsabilidades tan arraigadas en ella. Toma parte en las alegrías y en las penas de su familia, y sobre todo en los duelos de su hermana Toinette, que pierde un niño tras otro. Intenta calmar y solucionar las disputas familiares. Se preocupa de la fidelidad de los suyos a sus deberes religiosos (L 406). Se inquieta al ver que su hermana pone una tienda de objetos religiosos en Lourdes, e intenta disuadirla: —*Le he escrito, pero no ha hecho caso*, le confía a Julie Garros, su compañera de hospicio, que se ha convertido en sor Vincent (L 198).

Más tarde se resignará a que su hermano Pierre ponga un comercio, pero a condición de que 'no venda los domingos', según el rigor que entonces revestía ese mandamiento.

En octubre de 1873 dice a sor Aurélie Gouteyron:

Yo no pido que sean ricos, sino que amen al buen Dios y sean como deben ser (L 341).

Tres años más tarde insiste cerca del abate Perreau, que va a verlos:

—*Pero que no se enriquezcan. Insistid en que no se enriquezcan* (L 406).

La más irritante de las pruebas fueron sin duda las visitas, que no cesaron en Nevers, contrariamente a lo que parecía convenido (L 662-663). En Lourdes había hecho frente a todo el que llegaba, no sin repugnancia, pero sostenida por la exigencia de una misión que sólo ella podía cumplir, porque sólo ella podía responder de lo que había visto y oído. Pero una vez establecida la peregrinación y asumida por el obispo, una vez construida la capilla, cuya cripta se había inaugurado poco antes de su partida de Lourdes, el asunto había terminado para ella. La peregrinación ya no la necesitaba. Y así había marchado a Nevers ‘para ocultarse’.

Pero allí la cosa resultó muy difícil y hasta imposible. No se oculta una ciudad construida sobre un monte, dice el Evangelio (Mt 5,14).

Y las superiores se vieron obligadas a hacer excepciones, que acabaron siendo numerosas, para poder canalizar la oleada. 'Las clausuras de los retiros' eran penosas para Bernadette, porque *se la buscaba como un bicho raro* (L 768), según confió a sor Marie Delbrel.

Después de su muerte el abate Febvre y las superiores revelaron al padre Cros su 'extrema repugnancia a los locutorios':

Había, por así decirlo, que arrastrarla hasta allí. Cuando se la encontraba, porque andaba ocultándose, había que consolarla por el camino, mientras ella repetía:

—*¡Pero qué enojoso es esto!* (L 760).

Había que recurrir a la autoridad, porque ella objetaba con toda razón:

—*¡Me lo han prometido!*

Su obediencia no era ciega. También allí conservaba sus reacciones libres.

Un día cierta hermana obtiene autorización para buscar a Bernadette a fin de que la vea una parienta. Invita, pues, a su compañera a bajar, pero agrega honradamente:

—*La superiora os autoriza, pero os deja libre.*

—*¿Me deja libre? ¡Ah, pues entonces no! ¡No y no!*

Y emprende la carrera hasta el fondo del jardín (L 763).

Bernadette no se crea falsos deberes, y en este punto escapa al masoquismo de la época.

Mientras ejerce su función de sacristana, algunas personas que acuden para observarla durante una ceremonia de profesión, le preguntan:

—*Hermana, ¿dónde se pone Bernadette?*

—*No hay posibilidad, responde ella, hoy no estará en su lugar habitual.*

Y, dicho esto, desapareció.

En febrero de 1871 sor Victorine Girard, que llega a la casa madre, pregunta a su vecina de noviciado:

—*¿Podrías presentarme a sor Marie-Bernard?*

La vecina no era otra que Bernadette, que le respondió con su prudencia campesina:

—Sí.

Y fue al día siguiente, cuando al formular la misma petición a otra hermana, sor Victorine escuchó:

—*Ayer por la tarde estuviste a su lado (L 179).*

Un día sor Augustin Fort obtiene de las superiores que hagan pasar a Bernadette delante de los *torreones* para 'mostrársela' a un sacerdote que estaba de paso. Bernadette comprende el subterfugio y hace un gesto con la mano:

—*¡Ah, pequeña!, ¡ya me la pagarás! (L 64).*

Otra vez encargan a sor Julienne Capmartin que la detenga en su camino para que puedan verla. Sor Julienne improvisa un discurso sobre las flores que habla allí. ¿Ha olfateado Bernadette la trampa? De hecho continúa su camino hacia la costura sin decirle más que esta palabra:

—*¡Parlanchina!*

Pero sor Maric-Joseph Berger tuvo más éxito con la mima estratagema al presentarle no a grandes personajes, sino a una sobrinita de tres años. Bernadette amaba a los niños, y se detuvo gustosa. Aquello era una relación humana y no la falsa situación de bicho raro,

Un día de procesión la descubre una señora, que corre a ponerse a su lado y no puede ocultar su alegría un poco exaltada.

—*Voy a darle un chasco, dice en voz baja Bernadette a sor Bernard*

Dalias.

Y pasa por entre el muro y el banco, desapareciendo por el fondo de la capilla.

—*¡Oh, oh!*, exclama la anciana señora.

—*Usted ha hablado demasiado*, le dice sor Bernard Dalias (L 450).

Si las superioras hicieron todo lo posible para proteger a Bernadette, hubo una excepción que fue regla... Los obispos que estaban de paso tenían derecho a verla. Además de los que ocuparon la sede de Nevers: monseñor Forcade, monseñor de Ladoue (1873) y después monseñor Lelong (1877), los documentos permiten identificar una docena de prelados. Entre ellos a monseñor Chigi, nuncio apostólico (L 128) y a monseñor Dupanloup (L 295). Y la lista no es ciertamente exhaustiva.

—*Estos pobres obispos harían mejor quedándose en sus obispados*, decía Bernadette, según testimonio de sor Marie Delbrel (L 766).

Cuando se le anunciaba a monseñor Forcade, que llevaba a algún colega:

—*Monseñor desea veros.*

Bernadette llegó a responder:

—*Decid mejor que desea que me vean...* (L 765).

A fin de ahorrar molestias a Bernadette, se procuraba ‘mostrarla’ en situaciones fortuitas.

Un día, refiere sor Victoire Cassou, monseñor Bourret, obispo de Rodez, había llegado a Saint Gildard y quiso ver a sor Marie-Bernard, y para que la viese sin que ella lo advirtiera, se recurrió a una estratagema: se reunió a toda la comunidad en la sala del noviciado y tras haberles dirigido a todos el obispo unas palabras de edificación, la superiora llamó a las del Aveyron. Ellas se levantaron. Después se nombró a las de los Pirineos que se levantaron a su vez. Entonces monseñor pasó por entre las filas para dar a besar el anillo, al tiempo que la superiora o la maestra hacía algunas observaciones sobre cada una de las hermanas... Por fin, sor Marie-Bernard comprendió de lo que se trataba:

—*Estad tranquila, sé muy bien lo que voy a hacer.*

Y enseguida se escabulló por una pequeña puerta que no quedaba lejos de ella. Yo le dije entonces:

—*¿Y los cuarenta días de indulgencia?*

Tal era la 'tarifa' por besar el anillo de un obispo.

Ella me respondió:

—*¡Jesús mío, misericordia! ¡He ahí 300 días!*

Porque esa jaculatoria estaba entonces catalogada con 300 días de indulgencia.

Monseñor Bourret no se dio por vencido. Y tuvo con Bernadette una conversación reveladora, que citaremos más adelante.

Otro obispo, que fue sin duda monseñor Léseleuc de Kerouara, admitido para visitar a Bernadette recluida en la enfermería, tuvo una idea más superficial. Jugando distraídamente con un solideo morado, lo dejó caer sobre la cama. Estaba 'calculado' para que Bernadette lo recogiese. Pero Bernadette no se mueve. La conversación decae... y ella también. El obispo vuelve a tomar la iniciativa:

—*Bueno, hermana, ¿me dais mi solideo?*

Ella responde:

—*Monseñor, yo no os he pedido vuestro solideo. Podéis tomarlo vos mismo.*

Al final ella tuvo que recogerlo por obediencia, tras la orden dada por la superiora que estaba presente.

La 'naturaleza' salvaje

Bernadette consideraba como una de sus pruebas serias 'la lucha contra la naturaleza', de la que se sentía estrictamente responsable. Recordemos que en aquel tiempo se cotizaba muchísimo el *agere contra*, no sin reserva de artificio. Por fortuna, en Bernadette la naturaleza era sólida y llena de recursos. Pero lamentaba los movimientos salvajes:

—*¡Otra vez mi naturaleza ardiente!*, —decía ella (L 772).

Y también:

—*Eso hierva por dentro. No se ve lo que pasa allí. ¡No tendríamos mérito, si no nos dominásemos!* (L 773).

A veces llegaba a estar abatida:

—*Estoy desanimada* (L 774).

Pero esos momentos difíciles relanzaban la esperanza que ponía en la

oración y en la eucaristía.

En una crisis en que se pensaba que le había llegado el último momento, dijo:

—*No os inquietéis. No moriré todavía. Es necesario que antes muera el hombre viejo. Y todavía está muy vivo* (L 773).

Tomaba sus dificultades con flexibilidad:

—*El primer movimiento no nos pertenece, pero sí nos pertenece el segundo*, decía ella a Julia Garros (L 253).

Bernadette aceptaba el largo plazo en esta materia y suspiraba:

—*¡Dios mío, dame paciencia!* (L 558).

Esa prueba le recordaba la cruz, que era el recurso en sus dificultades.

Inútil...

Lo que más le costó a Bernadette fue no poder servir según su deseo. Frustración tanto más profundo cuanto que contrariaba el proyecto mismo de su vocación. Ser tratada de *inútil y de buena para nada* (L 4 523, etc.) no significaba mucho para ella. Lo que le costaba de verdad era *ser* inútil efectivamente, estar privada de toda posibilidad de servir, de cuidarse de los demás, de ayudar a los otros, verse frustrada en esas obras visibles con las que la persona se expresa, se afirma y encuentra su realización a los ojos de los demás y de sí misma.

Severidad de las superiores

La prueba más célebre, la que ha inspirado la literatura y el cine, fue la severidad de las superiores con Bernadette; concretamente de la madre Joséphine Imbert, superiora general (muerta el 1º de mayo de 1878) y sobre todo de la madre Marie-Thérèse Vauzou, maestra de novicias.

La prueba existe. Y la mencionaron numerosos testigos con motivo de los dos procesos de beatificación (L 3, p. 168-175 y B 2, p. 244-269). Pero ha sido explotada hasta la exageración y se ha novelado sobre ella a placer, según las mitologías y los gustos más superficiales.

Se ha exagerado por muchas razones y a muchos niveles:

1) Ante todo, le severidad de las superiores sorprendía más a las hermanas cuando se refería a Bernadette, la vidente de Lourdes, objeto de un discreto fervor.

2) Los procesos de canonización se extendieron minuciosamente en este punto, que revestía gran importancia en el capítulo de la obediencia, del heroísmo de las virtudes y también de las 'objeciones' que las investigaciones tienen que resolver a fondo y con todo escrúpulo. Si las superiores habían sido severas con Bernadette, ¿la razón obvia no era que ella lo merecía? En casos similares es ya clásica la desmesurada insistencia en los pequeños aspectos de la vida de los conventos. El proceso de Teresita de Lisieux ha desvelado las luchas y querellas de los dos clanes rivales que se repartían por entonces el Carmelo; situación ésta mucho menos normal que la de Nevers.

3) Finalmente, durante mucho tiempo se sospechó que tras los documentos revelados había otros ocultos, y desde luego peores. Este último mito lo ha disipado el examen completo de todas las piezas. No es necesario reiterar aquí los documentos y su análisis detallado que hemos realizado ya en *Logia* (t. 3, p. 168-175) y en *Bernadette vous parle* (t. 2, p. 344-394).

He aquí resumida toda la verdad, tal como se desprende de esos informes.

La severidad de las superiores es un hecho. Pero no es más que un caso particular de una regla que era general en esa época austera. En conventos menos equilibrados que el de Nevers las maestras de novicias practicaban auténticas medidas vejatorias que hoy nos llenan de estupor. En Saint Gildard no había nada de absurdo, de repugnante, de brutal; pero sí que había empeño por romper la voluntad con vistas a la formación en la obediencia. Esas pruebas se dosificaban según cada religiosa, forzando la medida para los temperamentos fuertes y recalcitrantes. Respecto de Bernadette las pruebas estaban precisamente motivadas por el cuidado de no estropear un temperamento selecto, al que su posición excepcional ponía en peligro de embriaguez espiritual. Pero Bernadette no era la única en 'beneficiarse' de un trato más exigente. Y las superiores se empeñaron deliberadamente en ello, porque ellas mismas tenían que afrontar con rigidez una veneración que hubiera estado fuera de lugar.



Madre M.T. Vauzou



Madre Joséphine Imbert

Esas razones parecen explicar por completo la actitud de la superiora general, madre Joséphine Imbert, que humillaba a Bernadette y la trataba con frialdad, por miedo a ceder a cualquier tipo de favoritismo. Un día que regresaba de Roma dijo una palabra a cada novicia según las iba abrazando. Al llegar a Bernadette la abrazó sin decirle una palabra. Según el testimonio de monseñor Forcade (p. 26), la trataba de *persona inútil* y hasta de *imbécil*. Bernadette comentaba:

—*Madre Joséphine, ¡oh cómo la temo!* (L 502).

Y no hay nada más en el voluminoso informe de las confidencias hechas bajo el sello de secreto.

El caso de la madre Marie-Thérèse Vauzou es más complejo.

Muchas de las 'pruebas' a las que sometió a Bernadette eran comunes a todas las novicias: besar el suelo era, en aquel tiempo, la más trivial de las penitencias:

—*Buscaría inútilmente la baldosa del noviciado que yo no haya besado*, decía Julienne Capmartin (B 2, p. 127).

Y Bernadette no fue la única a la que se trató de tonta y orgullosa.

Las evaluaciones de los testigos presentan divergencias: sor Stéphanie Vareillaud, novicia con Bernadette, decía en el proceso:

—*Yo no hubiera querido estar en su lugar* (PANey 327).

En cambio, sor Julienne Capmartin, a la que la madre Marie-Thérèse

había tratado de forma especialmente severa, decía:

—*Jamás vislumbré nada que pudiera parecer una injusticia o una dureza...Siempre trató a sor Marie-Bernard como a las demás, sin miramientos, cierto, pero sin ninguna injusticia* (Guynot, 1926, p. 86-92).

Lo que está claro es un cierto temor de Bernadette ante la madre Vauzou.

También hubo cierta evolución en la maestra de novicias respecto a Bernadette.

Lo que predominó al principio fue la felicidad de acoger a ‘la niña privilegiada de la Virgen María’, como ella dijo en el noviciado antes de la llegada de Bernadette (B 2, p. 10).

Durante los primeros meses, un día que había mandado a sor Marie-Bernard que subiera temprano al dormitorio, la maestra refirió su historia a las novicias y les repitió que eran muy afortunadas de poder contemplar los ojos que habían visto a la santísima Virgen (testimonio de sor Cécile Pagés, B 2, p. 252).

Cuando la profesión *in articulo mortis* (octubre de 1866) la madre Vauzou dijo:

—*No somos dignas de conservarla, pero hay que hacer violencia al cielo.*

Fue después de eso, al comienzo del periodo activo (febrero de 1867), cuando la madre Marie-Thérèse anuncia a Bernadette *el tiempo de las pruebas* (L 69). Se trataba, pues, de una severidad clara y deliberada.

Sin duda se sumó alguna cosa más: una decepción respecto de Bernadette.

—*Es una religiosa ordinaria*, decía ella.

La maestra de novicias tenía una concepción exigente de la santidad, centrada en Cristo; lo cual le iba muy bien a Bernadette, pero con ciertos relieves místicos o heroicos, extraños a la vía humilde hacia la que estaba orientada desde su interior la vidente de Lourdes: la vía de los pobres, la vía 'oculta', según el Evangelio (Mt 11,25-27; Lc 10, 21-22), sin obras ni acciones brillantes, sin una conciencia introspectiva, según una pura transparencia, y en la escuela de la primera entre los pobres que fue la Virgen María. Esto desconcertaba por completo los puntos de referencia de la maestra de novicias.

La madre Marie-Thérèse no veía a Bernadette en los altares.

Sor Stanislas Pascal la oyó exclamar con un gesto ‘negativo’:

—*¡Oh, para que yo diera mi voto a la canonización de Bernadette...!*

Mientras fue superiora general, desde enero de 1881 hasta mayo de 1899, no se planteó la cuestión de introducir la causa de Bernadette en la curia de Roma. La madre Joséphine Forestier, que la sucedió, no ignoraba esa oposición. Y acudió a ella para someterle el proyecto. La madre Vauzou le respondió,

—*Aguardad a que yo muera.*

¿Qué era en concreto lo que ella reprochaba a la vidente? Que *el lado de la naturaleza dejaba entrever 'un amor propio'*. Pero sor Fabre, que discutió abiertamente con ella esa apreciación, no pudo conseguir 'más prueba que ésta' (L 682): Bernadette había improvisado un día una de aquellas parábolas que germinaban en su espíritu sentencioso. Había trazado un círculo en el suelo al tiempo que decía: *La que no tenga amor propio que ponga aquí su dedo* (L 682). Como Bernadette había puesto el dedo en el círculo para explicar la regla del juego, la madre Marie-Thérèse pensó que ella se consideraba a sí misma como exenta de orgullo. Pero ésa no era seguramente la idea de Bernadette. Todo lo contrario. Altiva, sensible hasta la susceptibilidad y militante por la justicia, tenía conciencia de ser orgullosa (L 683): una conciencia tal vez excesiva. Sus palabras lo testifican superabundantemente (tabla de los *Logia*, tomo 3, bajo la palabra 'orgullo' [*orgueil*], p. 309). Sabía que tendría que luchar contra ese defecto hasta su último día:

—*Me han asegurado que morirá un cuarto de hora después de mi muerte*, decía ella a Jeanne Védère (B I, p. 354).

Lo más claro son las causas que provocaron la rigidez de Marie-Thérèse con Bernadette.

1) Ante todo un relativo escepticismo respecto de Lourdes:

—*A si y todo, el rosal no ha florecido*, decía ella a la madre Bordenave.

En 1895 ó 1896 precisó al canónigo Boillot, entonces capellán de la casa madre, que había predicado fervorosamente sobre Lourdes, otras dos razones: *Hay obispos que no creen en ello* (PONev 1228-1229).

Ella había citado en concreto a monseñor Dupanloup, obispo de Orléans (cuya posición fue objeto de testimonios contradictorios: L 295).

—*¡Oh, era una pequeña campesina!* (había concluido ella). [...] *Si la santísima Virgen quería aparecerse en algún lugar de la tierra, ¿por qué iba a escoger a una campesina grosera y sin instrucción en vez de una religiosa virtuosa e instruida?* (PONev 1229; B 2, p. 357).

Algunos días después de esta conversación, el canónigo Boillot manifestó su asombro a tres hermanas del consejo. Y se le respondió sin rebozo:

—*Así que no sabéis que nuestra venerada madre no siente simpatía por las cosas de Lourdes. Con nosotras ha mantenido el mismo lenguaje* (ibíd.)

Pero tampoco aquí podemos simplificar demasiado:

Ella murió pronunciando estas palabras:

—*¡Nuestra Señora de Lourdes, proteged mi agonía!* (PANev 337v).

Sus reservas iban ligadas a su clasicismo espiritual, a su desconfianza frente a las devociones nuevas, apariciones, carismas. etc. Su vigoroso cristocentrismo (anclado en el sagrado Corazón) desconfiaba de las polarizaciones marianas como formas populares de devoción. En ello se adelantaba a ciertas corrientes que han triunfado en estas últimas épocas.

2) La segunda razón es una diferencia de clase y de ambiente social que han puesto de relieve la madre Bordenave y numerosos testigos:

—*¡Yo no comprendo que la santísima Virgen se haya mostrado a Bernadette cuando hay tantas almas tan delicadas y elevadas! En fin...* (PANev 327-328 y otros testimonios en B 2, p. 358-359).

3) Pero el motivo más determinante de las incomprensiones y endurecimientos se afina sin duda en el hecho de que a la madre Marie-Thérèse le agradaban mucho las jóvenes hermanas... de una gran apertura de alma. Y encontró a Bernadette demasiado reservada (PANev 225).

Ella [...] apreciaba la piedad de las novicias de acuerdo con las confidencias que le hacían, confirma la madre Bordenave (PANev 327-328).

Dudaba de la delicadeza de corazón de Bernadette:

Así me lo dijo a mí personalmente, confirma sor Bordenave (PANev 326).

Y la propia madre Vauzou confesaba a la madre Villaret:

—*Cada vez que tenía que decir algo a Bernadette me sentía inclinada a decírselo con acritud 1...1. En el noviciado yo tenía novicias ante las que me hubiera puesto de rodillas antes que delante de Bernadette* (PANev 1123).

La cerrazón fue recíproca. Como lo advirtió claramente el abate Febvre, Bernadette no se confiaba más que *a las personas ingenuas como ella*, especialmente a los niños. Pero *se cerraba con las personas menos sencillas* (ESB. p. 515).

La situación se endureció por el hecho de que Bernadette se abría más gustosa a otras superiores, particularmente a sor Éléonore Cassagnes, que tenía su confianza.

De ahí una cierta sombra en el espíritu de la madre Marie-Thérèse Vauzou (PANev 336).

Ocurrió incluso que [...] la venerable confiaba sus penas a sor Nathalie Portat, segunda asistente [...]. De ahí un cierto antagonismo, ha dicho J. Garnier (PANev 1 545v).

La maestra tropezó no sólo con la simplicidad, sino también con cierto misterio de Bernadette, aquel misterio de limpidez que la hace tan admirable en el discurso directo y tan extraña en el análisis de los estados de alma.

4) Es necesario contar también con el carácter impresionable de madre Vauzou, mujer anticuada en sus ideas (B 2, p. 361-362). Ella tuvo una cierta conciencia de ello y sintió escrúpulos de haber sido demasiado severa con Bernadette. Al final de su vida, durante uno de sus últimos retiros en Lourdes, consultó allí al padre Jean Léonard, abad del monasterio cisterciense de Fontfroide, que la tranquilizó (B 2, pp. 361-362). Y así se expresaba dos meses antes de morir:

—*Dios ha permitido que madre Joséphine Imbert y yo fuésemos severas con sor Marie Bernard, a fin de mantenerla en la humildad* (PONev 104v, etc.)

5) Y, finalmente, hay que contar también con los artificios de la época, en que lo natural, la franqueza y la claridad no eran cosas tan apreciadas como hoy:

Carácter seco, muy susceptible, había anotado la madre Marie Thérèse Vauzou en su nota secreta sobre las novicias.

Nota compensada por otra, igualmente confidencial:

Piadosa, modesta, servicial, es ordenada (PONE 324, PANev 334, B 82, p. 364).

La prueba fue dolorosa para Bernadette, por el atractivo que ejercía sobre sus novicias la rica personalidad de la madre Marie-Thérèse, bien pronto elegida superiora general, y considerada como una de las más destacadas de la época.

Bernadette se siente feliz cuando la madre Marie-Térèse acude a la enfermería a visitarla. Hemos visto con qué entusiasmo (excesivo, pensó ella misma) se abalanzó hacia la maestra de novicias, al regreso de ésta de un viaje (L 90). Dos factores aumentaban ese entusiasmo colectivo: entonces se admitían muchachas muy jóvenes, que ingresaban en el convento sin haber sido formadas por la vida, y en las que se cultivaba un abandono infantil, y se proyectaba sobre las superiores, representantes de Dios, una aureola transfigurante que realzaba su importancia como signo y transmisor de la voluntad de Dios.

Había también una tensión entre el poder establecido de la maestra de novicias y el prestigio carismático de que gozaba la persona de Bernadette. Hay que hacer justicia a la madre Marie-Thérèse de que no se mostró desconfiada. Lejos de intentar destruir o eliminar ese polo de atracción, supo reconocerlo y utilizarlo en beneficio de las novicias, como ya hemos visto. Se sentía lo bastante fuerte, lo bastante segura de sí misma y lo bastante ampliamente aceptada como para no inquietarse por ello. Y la docilidad proverbial de Bernadette le facilitó un *modus vivendi*, sabiendo utilizar su irradiación de un modo perfectamente controlado... aunque no sin tirantezas.

La tirantez fue recíproca, porque Bernadette no tenía la flexibilidad diplomática de ciertas novicias. Su misión la había formado para hacer frente al comisario, al procurador, al juez, el párroco, etc.

Pero entre esas dos mujeres tan diferentes existía una simpatía secreta, una atracción contrariada. He aquí un síntoma significativo: cuando Bernadette estaba en la enfermería y la madre Thérèse pasaba por allí (sin entrar), tosía para hacerle una señal a la que también Bernadette respondía del mismo modo. Ese lenguaje compensador certifica a la vez su deseo de comunicación y la inhibición que lo trataba (L 281; B 2, p. 129 y 352).

La última prueba

Nos falta por penetrar en las últimas pruebas que más profundamente marcaron la vida de Bernadette: pruebas físicas y pruebas morales; éstas últimas más terribles a juicio de la propia sor Marie-Bernard.

Pruebas secretas de Bernadette

Desde el 12 de diciembre hasta el mes que precedió a su muerte, Bernadette va a ser de nuevo objeto de interrogatorios en condiciones singularmente penosas para ella...

La empresa del padre Cros

Y, sin embargo, el historiador y todos los amigos de la verdad no pueden sino simpatizar con quienes la sometieron a esa penúltima prueba... en el momento en que tantas razones aconsejaban no importunarla.

El caso de conciencia se plantea el 24 de agosto de 1878. Ese día el padre Cros llega a Saint Gildard. Es un jesuita encargado de escribir una historia científica de las apariciones; proyecto caro a los capellanes desde la época en que Lasserre había conseguido detener su *Petite histoire*, recogiendo contra ellos la protesta de Bernadette y denunciándolos en una *Mémoire* impresa que envió 'a los obispos' y 'al santo oficio' de Roma.

El padre Cros, era un fervoroso devoto de Lourdes desde hacía largo tiempo. Había encontrado a Bernadette en 1864 y 1865. Y ya aquellos encuentros le habían inspirado el proyecto de escribir la historia de las apariciones. Quería ponerse a la obra de inmediato. Y, de haberlo hecho, el aspecto de las cosas hubiera cambiado, porque su genio provocativo de investigador hubiera hecho brotar de Bernadette los recursos más ocultos. Pero sus superiores le ordenaron que terminase primero su historia de Juan Berchmans (que interesaba más a la compañía). Fue sólo en 1877, después de la muerte de los padres de Bernadette y de muchos otros testigos, cuando emprende la investigación sistemática entre los supervivientes de 1858, todavía numerosos veinte años después. En Lourdes, en la primavera de 1878, interrogó a más de doscientos testigos: la nodriza de Bernadette, sus compañeras del 11 de febrero, Jeanne y Toinette, el molinero Nicolau. Y anotó directamente todas sus declaraciones (Cros, 1, p. 509-520).

Era fundamental que interrogara al único testigo de la aparición:

Bernadette... Y pensar que en 1864 ella le había propuesto de forma espontánea darle su relato (porque entre ellos se había establecido una corriente de simpatía), ¡y lo había rechazado, arguyendo que él creía lo bastante sin necesidad de más!

Un muro

El 24 de agosto el padre Cros está en Saint Gildard, en el curso de un viaje en el que ha sabido disipar mil prevenciones y había sacado de sus escondrijos mil documentos inauditos, entre ellos los que ocultaban los antiguos funcionarios de Lourdes, de 1858. Siempre había logrado su propósito... Pero en Nevers su diplomacia desenvuelta choca contra un muro. Las religiosas están escarmentadas con el asunto de la protesta y temen que vuelva a recrudecerse el conflicto. Quieren ahorrar a Bernadette esa prueba, según la promesa que le habían hecho. La ingeniosa alacridad del padre, que a menudo obraba maravillas, no consigue aquí más que reforzar las defensas. Las hermanas le remiten al obispo; él envía otra vez a las hermanas, en un ir y venir inútil.

Cros ha sabido ganarse la simpatía de los sencillos. Ha metido en su juego al ayuda de cámara del obispado y a los empleados de correos por los que se informa de los telegramas, porque ha pedido al obispo de Tarbes que telegrafe urgentemente en favor suyo. Todo es inútil. Su última tentativa cerca del ayuda de cámara para obtener alguna respuesta o envite del obispo, sólo le permite escuchar a distancia 'la voz nerviosa, chillona y colérica' del prelado ordenando a su domestico que no le deje subir.

Cros hace una última tentativa cerca de la superiora general:

—Rogad a la santísima Virgen que incline vuestro corazón.

Y recibe la respuesta siguiente:

—*Mi corazón no está inclinado, está derecho.*

Recurso al papa

Está claro que sólo una orden del papa puede solucionar aquel conflicto. Cros había redactado el proyecto desde noviembre de 1871. En noviembre del año siguiente el arzobispo de Reims, monseñor Langénieux, lo lleva a Roma. El 8 de diciembre de 1878 comunica el pleno éxito de la empresa.

León XIII ha firmado el Breve donde declara por adelantado que agradecerá, a quienquiera que tenga a bien, ayudar a llevar el proyecto a buen término [...] o que deponga como testigo (Cros, Récits et mystères, Toulouse, 1901, p. 12).

Y he ahí a Bernadette y a sus superiores a prestar un servicio al propio papa.

La negociación se renueva en Saint Gildard. Pero no se quiere ver más al padre Cros. Se teme su persuasiva fogosa y su capacidad de infiltración. Por el contrario, se acepta al padre Sempé, que se ha mostrado discreto, conciliador y modesto en sus pesquisas, con motivo de la contraprotesta en noviembre de 1869.

Intervención de Bernadette

Es, pues, el quien somete a Bernadette, el 12 de diciembre de 1878, a los interrogatorios preparados por el padre Cros. Pero la respuesta más frecuente es a las cincuenta preguntas repartidas en dos series es ésta:

—*Yo no me acuerdo.*

El tiempo y el desarraigo han borrado poco a poco los detalles en la memoria de Bernadette. Muy pronto, ya a los pocos meses, había olvidado las *fechas* y no distinguía las particularidades de cada una de las apariciones. Las querellas de los historiadores le han enseñado la dificultad de poner en claro los pormenores de los sucesos a los que es imposible volver para verificarlos. Y se valora su honestidad en el expolio sucesivo que hace de sus testimonios. Al contrario que en los videntes imaginativos, en los que el acontecimiento y el mensaje proliferan, Bernadette no ha agregado una sola palabra ni un hecho a su testimonio primitivo. No desarrolla sino que aclara. Ha interiorizado las apariciones, hasta no saber ya objetivarlas ni representárselas. No puede evocar el recuerdo más que a través de una distancia dolorosa, y que le provocaría el vértigo si se detuviera en ella.

Los recuerdos emergen a veces de forma esporádica. Ante el padre Sempé recuerda Bernadette haber encontrado el agua templada al atravesar por primera vez el Gave, el 11 de febrero de 1858. Y puede precisar las oraciones que sabía por aquellas fechas:

— *Padrenuestro, Avemaría, Credo [...] en francés, así como la invocación 'Oh María, sin pecado concebida'* (B 2, p. 241).

Lo que mejor vuelve a encontrar son las palabras de la Virgen, en patois, que bajo su dictado se copian una vez más.

Al día siguiente (13 de diciembre), el padre Sempé vuelve a ver a Bernadette 'gozosa y distendida'. Para él evoca este recuerdo de infancia:

Su tío, el marido de su madrina, al volver de Betharram llevó una cierta cantidad de pequeños anillos para sus compañeras. Todos resultaron demasiado grandes para los pequeños dedos de Bernadette. Ella sintió pena. Su tío la consoló prometiéndole que le llevaría uno a la medida de su dedo. El tío mantuvo su palabra y le llevó un pequeño anillo. Pero era tan pequeño que no se lo pudo meter. Bernadette no se desanima, y hace tales esfuerzos, ayudándose con los dientes, que el anillo tras enormes dificultades acabó por entrar. Mas el dedo empieza a dolerle y al poco tiempo empieza a hinchársele. Hinchazón y dolor crecían al tiempo. Hubo que aserrar el anillo con una pequeña lima. Sor Marie-Bernard decía riendo con toda su alma:

—*Nunca más tuve deseos de tener tal anillo (L 535).*

Una vez más se recogieron de su boca las palabras de la aparición. Pero Cros no está satisfecho. Tiene problemas y objeciones contra ciertas respuestas abruptas de Bernadette. Está desconcertado con sus olvidos, con ciertas discrepancias en detalles mínimos, sobre todo cronológicos. Bernadette habla como si todas las palabras hubieran sido pronunciadas en una sola y misma aparición, el 18 de febrero, primer día en que la oyó hablar. Su cabezonería proverbial resiste a las argumentaciones del padre Cros, a veces endureciendo su punto de vista, como hace siempre cuando se le contradice. La investigación vuelve a reanimarse. Las preguntas llueven por parte del padre Cros acompañadas de argumentos contundentes. Esas demandas llegan ahora a Nevers con la autoridad de León XIII. Cada vez repiten las hermanas con vigor creciente:

—*¡Es la última vez!*

Pero, cansadas de luchar, son ellas mismas las que formulan las nuevas preguntas a Bernadette, sin ningún testigo ajeno a la comunidad, el 12 de enero, luego el día 30, y después el 3 de marzo de 1879 (L 447-553).

Noche sobre las apariciones

Estos interrogatorios fueron para ella un sufrimiento. Lo deja entrever una confidencia sorprendente del año anterior. Se la hizo Bernadette a monseñor Bourrett, obispo de Rodez, que tanto había

insistido en verla. Era el 1.º de septiembre de 1877 y Bernadette le contaba su repugnancia a hablar de la visión de su juventud.

—*Ya quedan lejos... muy lejos... todas esas cosas. Ya no me acuerdo. No me gusta demasiado hablar de ello, porque, ¡Dios mío, si me hubiera equivocado!* (L 461).

No nos sorprendamos. Semejante olvido y dudas parecidas constituyen un fenómeno clásico entre los místicos. Es difícil, y a menudo imposible, evocar la memoria de esos estados segundos, de esos momentos de luz excepcional, como les resulta difícil a los lapones imaginar la luz permanente del solsticio de verano durante la larga noche del solsticio de invierno, y como a nosotros nos es difícil imaginar la vuelta del sol cuando la lluvia y la niebla se prolongan. Teresa de Lisieux conoció, más rigurosamente aun, el mismo eclipse. Cediendo a ese vértigo y al escrúpulo, creyó 'haber mentido' tras referir la visión de la Virgen que la había curado.

Bernadette no se dejó llevar por el vértigo. Su convicción profunda se mantiene intacta. Pero sabe que, en adelante, será mejor para ella centrar su atención en otra parte, en lo cotidiano, en el porvenir que Dios realiza en ella como en una crisálida, según la palabra austera, que no le promete ser 'feliz en este mundo, sino en el otro'. Ya no puede volverse atrás hacia su pasado. Desde este punto de vista nosotros ya sólo la vemos de espaldas.

La evidencia y la fuerza que la habían sostenido frente al comisario, al procurador, al juez, a los contradictores eclesiásticos, se ha evaporado. Esas luces vivas ya no pueden movilizarla. Le resulta tan difícil pensar en ello como a un ciego por accidente representarse el tiempo en que veía la luz del día.

Noche del sufrimiento

Y eso no es más que el aspecto menor y más externo de su prueba. Para ella ha llegado ahora la doble noche del sufrimiento y de la propia fe.

El cardenal Veuillot, abatido por la enfermedad, empleó sus últimas energías (las únicas que le quedaban después de haberse vaciado en el servicio de la Iglesia) en esta frase sorprendente:

—*Decid a los sacerdotes que no hablen del sufrimiento. ¡Que no hablen de él, porque no saben lo que es!*

El sufrimiento físico es una noche incomprensible. Nadie puede hablar sobre ello de un modo objetivo y lúcido. Nadie puede dominarlo. Bernadette ha sabido asumirlo humildemente, mejor que los intelectuales y los sabios y los eruditos. Ella había conocido desde hacía mucho tiempo esos túneles oscuros, durante las crisis de asma que la ponían en el umbral de la muerte. Y, sin embargo, en el curso precisamente de una de esas crisis, le decía a Julie Garros:

—*Es muy doloroso no poder respirar; pero es mucho más penoso estar torturada por penas interiores. Es terrible* (L 345).

Fue entre julio y octubre de 1875. Y de entonces data el signo más antiguo que nos ha sido dado de la honda prueba purificadora que marcó sus últimos años.

Noche de la esperanza

Bernadette supo apreciar la diferencia de grado, de profundidad, entre el sufrimiento físico y el que la afectaba más hondamente en el ejercicio de su esperanza. Ella sintió pasar la sombra tenebrosa del tentador. Lo poco que habló al respecto coincide con el cura de Ars y con Bernanos.

Todo ello es la misma cosa. Durante los últimos meses sor Tourriol la oyó dirigirse (firmemente en su tribulación) al espíritu del mal:

—*Retírate.*

Su lucidez seguía siendo grande en medio de aquella noche. En octubre de 1877 dice, al saber la muerte del abate Peyramale:

—*¡Oh, ahora llegará pronto mi turno, pero antes es necesario que cumpla 'otra muerte'!* (L 466).

Sor Marthe du Rais testifica en el mismo sentido:

Un día la vi bañada en lágrimas [...]. Y le dije:

—*Sor Marie-Bernard, ¿por qué lloráis? ¿Os encontráis mal?*

Ella me respondió:

—*¡Oh no! No es eso... Si supierais todo lo que me pasa... Rogad por mí* (L 806).

Esa prueba fue conocida muy pronto. El padre Sempé hablará de ella al día siguiente de la muerte de Bernadette.

Jean-Baptiste Estrade, informado por él, ha escrito en su *Histoire*

intime des apparitions, editada por primera vez en 1898:

En los últimos años de su vida fue asaltada por terrores morales, mil veces más terribles que los dolores físicos.

El abate Febvre, último confesor de Bernadette, precisa el punto más notable de ese sufrimiento íntimo:

Ella se reprochaba a menudo el no 'rendir' a Dios de conformidad con las gracias recibidas.

Noche de la fe

Pero esa prueba se hundía en una noche más radical, que permiten entrever algunos indicios muy tenues. Bernadette conoció, como Teresa de Lisieux, la noche de la fe. No vivía ya de luz y atractivos, sino de una fidelidad a la palabra del Dios oculto, silencioso, puesto en tela de juicio por la algarabía de las dudas y tentaciones interiores. También desde ese aspecto nosotros sólo vemos por detrás; me refiero en lo que concierne a su libertad siempre viva en medio de aquel aparente derrumbamiento.

Pasión de Bernadette

La vida de Bernadette acaba en una 'pasión, como fue el hambre, la ruina y también ya los trastornos de su salud. Ahora es la enfermedad, la impotencia, las tinieblas físicas y morales. La palabra *pasión* se cumple aquí en su sentido etimológico, según esta observación de su confesor:

Las virtudes 'pasivas' han abundado en ella: vida de penitencia, santificada por la acción divina..., modelada por las cruces.

Y también (refiriéndose a la acción misteriosa de Dios en ella):

Ha sido trabajada más de lo que ella trabajó (ESB, p. 515, B 2, p. 414).

'Como un puchero roto'

Esa 'pasión —ella emplea la palabra— la asume Bernadette con una conciencia activa, identificándose con todas sus fuerzas con la pasión de Cristo crucificado. Ella se reconocía cada vez más en él, aunque a tientas.

Ya en 1877 decía:

—*Nuestro Señor fue tratado como un puchero roto* (L 481, B 2, p.

415).

LOS ÚLTIMOS MESES

(diciembre de 1878 - abril de 1879)

Desde el 11 de diciembre de 1878, Bernadette ‘cae en cama definitivamente’ (Lasserre, *Bernadette*. 1879, p. 3491: un estar en cama que ya no le permitirá más que las idas y venidas de la cama al sillón.

'Receptáculo de todos los dolores'

El abate Febvre, visitante asiduo de los últimos meses, hace este recuento de sus enfermedades:

—*Un asma crónico, desgarramiento del pecho, acompañado de vómitos de sangre que han durado dos años. Aneurisma (desarrollo de la aorta), una gastralgia, un tumor en la rodilla... Finalmente, durante los dos últimos años la caries ósea, de manera que su pobre cuerpo era el receptáculo de todos los dolores. Mientras tanto se fueron formando abscesos en los oídos de sor Marie-Bernard, que la afligieron con una sordera parcial, muy penosa para ella, sin que cesase más que un poco antes de su muerte.*

A partir de sus votos perpetuos (22 de septiembre de 1878), los sufrimientos redoblaron su intensidad y no cesaron más que con su muerte. Su ambición, que ella ocultaba lo mejor que podía, era la de ser una víctima del corazón de Jesús (L 554).

Las superiores han precisado uno de los puntos más sensibles de sus sufrimientos, el que preocupaba a las enfermeras.

Un tumor anquilosó su rodilla...Sufrimiento atroz; una rodilla enorme, la pierna disminuida, sin saber cómo moverla. Algunas veces 'se necesitaba' una hora para encontrar la posición. [La] fisionomía 'había' cambiado, y parecía una muerta. Ella, que era tan enérgica para sufrir, estaba vencida por el mal; incluso durmiendo, el menor movimiento de la pierna 'le arrancaba' un grito... y 'esos gritos' agudos impedían dormir a sus compañeras de enfermería. Ella pasaba las noches sin dormir. En sus sufrimientos había empequeñecido... Se había reducido a nada

(estenografía del padre Cros, A I; ESB p. 516).

Un enemigo terrible

El doctor Robert Saint-Cyr, desconcertado por los altibajos de los años precedentes, estaba tanto más crispado cuanto que hubiera deseado aliviarla en la medida en que había expresado la estima que tenía de ella cuando era enfermera (véase cáp. 11). En su impotencia llega e considerarla como 'una enferma caprichosa'. A guisa de diagnóstico se sirve de frases enigmáticas, como ésta:

—*¡Usted tiene un enemigo terrible!*

Y, dicho esto, refiere Bernadette,

se dio media vuelta... Comienzo a creer que no comprende nada (carta del 28 de diciembre de 1876. ESB p. 473).

A comienzos de 1879 llega a decir:

—*¡Yo no lo quiero, que no vuelva!* (L 546).

'Los talones y la punta de la nariz'

Tiene que 'soportar' tantos males, que evita las pruebas inútiles: las gotas de agua que harían desbordar el vaso. Bernadette no se exalta en un heroísmo estoico. Sabe que hay que mantenerse sincera y tener piedad de sí misma. Se acepta humildemente como es.

En enero de 1879 una hermana la visita y le hace '36 recomendaciones', pidiéndole oraciones de todo tipo:

Ella no dejó traslucir nada, aunque en aquel momento sufría horriblemente, cuenta sor Victoire Cassou. Por el contrario, se mostró muy graciosa. Mas, cuando salió la hermana, no pudo reprimirse de decir:

—*Prefiero verle los talones que no la punta de la nariz. Cuando se sufre se tiene necesidad de estar solo.*

Yo le dije:

—*Lo mismo dirás de mí cuando me vaya.*

Ella me respondió:

—*¡Oh no, mi pobre amiga!, no es lo mismo* (L 545).

En una carta de 5 de enero de 1879, intenta por última vez

tranquilizar a los suyos:

—*Voy mejor, toso menos desde que el tiempo ha mejorado un poco* (ESB, p. 508).

Las noches más largas

A partir de febrero de 1879 hay que velarla en la enfermería de la Santa Cruz; tiene 'su pierna derecha fuera de la cama, apoyada en una silla'. Son noches dolorosas, con gemidos continuos ininterrumpidos, testifica alguien que la veló aquel mes, sor Michel Duhème (L 551). Era, dice, *una especie de llanto sordo, medio ahogado entre los dientes y cortado por breves silencios. Yo adivinaba que hacía esfuerzos para contenerse por mí... Se daba cuenta de que yo estaba despierta. En cierto momento le dije, obedeciendo la consigna que yo había recibido:*

—*Mi querida hermana, sin duda que tenéis necesidad de alguna cosa. ¿Puedo prestaros algún servicio?*

—*No, me respondió ella, dormid, dormid. Ya os llamaré si os necesito.*

Yo me había esforzado por guardar la inmovilidad más completa para darle [...] la ilusión de que dormía; pero ella no se llamó a engaño. Cuando me despedí de ella para ir a la oración, me dijo:

—*No habéis dormido, ¿verdad?*

La hermana enfermera vino a advertirme que no volvería más junto a la enferma. La propia Bernadette le había dicho:

—*No quiero que esa hermana vuelva a velarme... Quiero hermanas que duerman* (L 551).

Último signo de su libertad interior: todavía sabe decir: *Yo quiero, yo no quiero*, y decirlo en beneficio de los demás, con una autoridad que se hace obedecer.

Impotente para sofocar algunos lamentos, dice:

—*Os pido perdón por quejarme tanto* (L 555).

Y también:

—*No creáis en mis contorsiones* (L 556).

Presencia

Doquiera se encuentra, su contacto lejos de deprimir estimula. El 20 de marzo aún le presentan a una joven postulante (Camille Labaume). Bernadette está agotada y sale del trance diciendo:

—*Señorita, sufro demasiado y no puedo daros un abrazo, pero rezaré por vos.*

Sabe agradecer los ‘buenos caldos’ que le llevan y las buenas intenciones que le demuestran:

—*Estoy mejor cuidada que una princesa* (L 563).

El 19 de marzo confía al abate Febvre que ha pedido a san José ‘la gracia de una buena muerte’. Ya no quiere oír hablar de novena:

—*¡Pedir mi curación, no!* (L 561).

Los consuelos del capellán son oportunos y reavivan su esperanza:

—*Oh, ¡sí!... Ese pensamiento me ha hecho bien* (L 579).

Pero a veces agrega:

—*¡Cómo tarda en llegar el final!* (L 578).

Extrema unción

(28 de marzo de 1879)

El 28 de marzo le ponen una vez más (al menos la cuarta desde 1868) la unción de los enfermos. Ella protesta:

—*He sanado todas las veces que la he recibido* (L 568).

Después de recibir el viático, las unciones y la alocución del abate Febvre, ella manifiesta a su vez:

—*Mi querida madre, os pido perdón de todos los disgustos que os he causado con mis infidelidades en la vida religiosa, y pido también perdón a mis compañeras de los malos ejemplos que les he dado... ¡sobre todo con mi orgullo!*

El acento de convicción conmueve a todo el mundo: voz de trueno como de un predicador que quiere hacerse oír, anota el abate Febvre (L 569, B 2, p. 269).

—No se encuentra tan mal, dice la secretaria general.

Se le hacen 'encargos' pare el cielo (L 419).

—*Sí no olvidaré a nadie.*

El 29 de marzo el abate J.E. Greuzard le lleva una fotografía de una estatua de nuestra Señora de Lourdes, realizada por Armand Caillat, célebre artista lyonés.

Bernadette dice indulgente:

—*Es la menos mala.*

Aunque agrega:

—*Yo no sé por qué representan así a la santísima Virgen; siempre he dicho que no tenía la cabeza tan inclinada hacia atrás. No es de esa manera como miraba al cielo (L 571).*

Las piedras y los huevos

A finales de marzo, sor Philomène Roques obtiene permiso para velarla y oye sus quejas en una pesadilla dolorosa, por lo que acude en su ayuda:

—*¿Qué tenéis, mi querida hermana? ¿Sufrís?*

—*Oh sí, yo estaba 'allá abajo' y un muchacho pequeño tiraba piedras al torrente.*

¿Era la piedra de Jeanne Abadie que volvía a surgir en sus angustias de agonizante?

Esa misma mañana hay que colocarle una sábana plegada debajo del cuerpo.

—*Su pobre cuerpo no es más que una llaga (consigna la enfermera). En todos sus miembros inferiores ya no tiene piel (L 472).*

Al acercarse la pascua aprovecha una pequeña mejoría para decorar un huevo rascando la pintura rosa con un pequeño cortaplumas (L 575). Repite, renovándola un poco, una reflexión con la que sabe alegrar sus visitas.

—*Los hombres ya no tienen corazón, así que lo pongo en los huevos.*

Le cortan por última vez los cabellos, como se lo hacían periódicamente, en provecho de las obras misioneras. Con ello se sacaban algunos recursos para el rescate de esclavos. De ahí su respuesta a sor Marie Guerre, que una mañana le levanta su gorrito para el aseo y le

encuentra con el cráneo rasurado:

—*Es para comprar una negra.*

Bernadette siempre lo ha dado todo, y de todo corazón.

La semana santa

Durante la semana santa (6-13 de abril de 1879) las escaras se agravan y Bernadette pide un alivio para ‘aguantar’:

—*Si pudierais encontrar en vuestra farmacia algo para aliviar mis riñones, estoy toda desollada (L 577).*

Y también:

—*Buscad entre vuestros medicamentos... algo que me alivie. Estoy tan débil que no puedo respirar. Mandadme vinagre bien fuerte para oler (L 577).*

Es la hora de despojarse de todo:

Hace quitar todas las imágenes que tenía sobre su cama.

Y explica el hecho mostrando el crucifijo:

—*Éste me basta.*

El lunes 7 de abril vuelven a su espíritu los interrogatorios y disputas de los historiadores. Y encuentra energías para decir a la secretaria general, la madre Éléonore Cassagnes:

—*Yo no quiero disputas. He recomendado vivamente a mis parientes que se mantengan al margen (L 576).*

Y agrega:

—*Yo he dicho las cosas. Que recuerden lo que dije la primera vez. Puedo haber olvidado y los demás pueden haber olvidado. Cuanto se escriba de más sencillo será mejor. Cuando leo la pasión me emociono más que cuando me la explican (L 576).*

TRÁNSITO DE BERNADETTE

El día de pascua, 13 de abril, ‘tosía de continuo’. Y confía a sor Saint-Cyr Jollet:

—*Esta mañana, después de la sagrada comunión, he pedido a nuestro Señor cinco minutos de respiro para poderle hablar a mi gusto. Pero no ha querido dármelos... ‘Mi pasión durará hasta mi muerte’.*

‘Adiós, Bernard’

El lunes de pascua la visita sor Bernard Dalías:

—*Se han descornado las cortinas. La enferma tiene el rostro vuelto hacia la pared y no se mueve [...]. Voy a apoyarme un instante al pie de su cama para verla por última vez.*

Entonces, con uno de sus graciosos mohines de niña, que siempre había conservado, abrió un ojo que dirigió hacia mí y que hizo una pequeña señal para que me acercara... Su mano delgada roza la mía:

—*Adiós, Bernard, me dice, esta vez se acabó.*

En un impulso de veneración iba a llevarme aquella pequeña mano a mis labios, pero ella la retiró enseguida bajo las mantas (L 583).

Bernard Dalías era la que había dicho al encontrar por primera vez a la vidente:

—*¿Bernadette? ¿No es más que esto?*

Y lo recuerda entonces.

En aquel primer encuentro, Bernadette me había tendido aquella misma mano sonriendo. Hoy me la retiraba... Nuestros doce años de tierna amistad se encuentran así enmarcados por dos apretones de mano... Ella no había advertido la presencia de mis compañeras, lo que me valió aquel privilegio de un adiós personal.

‘Como un grano de trigo’

Este mismo lunes de pascua Bernadette sigue luchando. Y ha dicho a

sor Cécile Pagès (la boticaria de la casa):

—*¿No encontraríais nada para aliviarme el corazón... para hacerme respirar?* (L 584).

Y aún agrega:

—*Yo no conozco ningún alivio. El capellán me ha dicho que el buen Dios quiere hacerme merecer mientras esté sobre la tierra. Es necesario que me resigne.*

Tiene el rostro congestionado. La postración se agudiza. Un recuerdo de infancia aflora sobre su ser destrozado, y dice a sor Léontine:

—*Estoy molida como un grano de trigo.*

Y continúa:

—*No hubiera creído que hubiera que sufrir tanto para morir* (L 585).

Combates

En la noche del lunes al martes de pascua entra en la 'agonía espiritual'. Su confesor la oye repetir varias veces estas palabras:

—*¡Vete, Satán!*

El martes por la mañana, refiere el abate Febvre, me dice que el demonio había intentado asustarla, pero que ella había invocado el santo nombre de Jesús y que todo habla desaparecido (L 586).

Ese mismo día recibe aún la sagrada comunión; pero en el curso de la mañana sufrió una crisis de opresión muy fuerte. Me hizo llamar y quiso recibir el sacramento de la penitencia. Enseguida le apliqué la indulgencia plenaria 'in articulo mortis'. Como yo le dijera que renovara con amor el sacrificio de su vida, me respondió con una vivacidad sorprendente:

—*¿Qué sacrificio? No es un sacrificio dejar una pobre vida en la que se experimentan tantas dificultades para pertenecer a Dios* (L 587).

Se esfuerza por repetir las jaculatorias que se le sugieren. Y dice:

—*¿Qué razón lleva el autor de la 'Imitación' al enseñar que no se ha de esperar al último momento para servir a Dios! ¡Se es capaz de tan poca cosa!*

'Dar gracias hasta el final'

Son las 7 de la tarde. Llega a su cabecera sor Nathalie. Es una hermana que tiene un raro don de simpatía, contacto y presencia, que ha desarrollado ocupándose de los sordomudos. Bernadette le dice:

—*Mi querida hermana, tengo miedo. He recibido tantas gracias y las he aprovechado tan poco.*

Sor Nathalie la anima a ofrecer *todos los méritos del corazón de Jesús*. Ella promete ayudarla a *dar gracias a la santísima Virgen hasta el final*. Y agrega algunas palabras en voz baja; no refiere su temor, sino sólo esta respuesta de Bernadette:

—*¡Ah! ¡Os doy las gracias!* (L 589).

Es la última vez que el sol se pone sobre Bernadette.

La última noche

La noche del 15 al 16 de abril la vela una novicia, sor Alphonse Guerre:

Yo subí a la enfermería después de la oración de la noche, hacia las 9, refiere ella. Nuestra querida enferma... me respondió dulcemente, débilmente. La encontré tan fatigada que creí prudente no acostarme, como había hecho la que me había precedido. Me senté, pues, a su cabecera para estar pronta a prestarle ayuda.

De tiempo en tiempo el sufrimiento le arrancaba alguna ligera queja, que me hacía estremecer en la silla. Me rogó varias veces que la ayudase a girarse para poder hallar un poco de alivio, porque su pobre cuerpo estaba en carne viva y puede decirse que reposaba sobre llagas.

Intentamos entonces ponernos de acuerdo para ejecutar aquella maniobra que era difícil. Yo le tomé el pie de la pierna enferma (sabéis que tenía una rodilla horrorosamente tumefacta por la caries de hueso) y me esforzaba por seguir los movimientos de su cuerpo, para que pudiera girarse a la vez sin que las articulaciones de la pierna tuvieran necesidad de funcionar. Observé que durante esa noche interminable no había dejado escapar ni una palabra de impaciencia o de disgusto... El resto ha desaparecido de mi memoria (L 590).

Por la mañana, visita de la madre Marie-Louise Bourgeot. Bernadette siempre con su presencia de ánimo piensa darle una imagen para una de las religiosas de Beaumone: sor Madeleine Bounaix.

A los 11 y media desea que la levanten.

La ponen en un sillón. Advierte entonces la hora por las campanadas del reloj... Pidió perdón a las compañeras que estaban a su lado por tener que retrasar la hora de la comida por ella (L 593).

El crucifijo

Miraba el crucifijo, colocado frente al sillón, precisa la madre Éléonore Cassagnes (L 593).

Entre las doce y la una del mediodía intenta 'tomar un poco de alimento sin conseguirlo', consigna la madre Joséphine Forestier.

Su estado de extrema debilidad me impresionó... Creí mi deber advertir a la enferma y dar la alarma a la comunidad (L 594).

Acude el abate Febvre, la confiesa de nuevo y recita con ella la oración de los agonizantes. Ella la repite, *con voz débil pero clara* (L 595). Sus miradas están siempre fijas en el crucifijo que está en la pared (L 593, II). 'En un momento de calma', refiere el capellán, la exhorté con las palabras bíblicas del 'Esposo divino':

—*Ponme como un sello sobre tu corazón* (Cantar de los Cantares, 8,6).

La vimos entonces tomar el crucifijo y ponérselo sobre el corazón apretándolo con fuerza. Su deseo era que permaneciese siempre allí fijo, y hasta se le ató con una cinta, para que no se desplazara con los movimientos involuntarios causados por el dolor (L 596).

Con aquella señal, Bernadette pretende sellar su alianza con Jesús crucificado.

Entre la una y media y las dos, la madre Éléonore Cassagnes vuelve a tomar la palabra:

—*Vos estáis en la cruz.*

Bernadette extiende sus brazos hacia el crucifijo.

—*¡Jesús mío! ¡Oh, yo te amo!* (L 597).

A las dos y cuarto una de sus compañeras le pregunta:

—*Hermana mía, ¿sufres mucho?*

—*Todo esto es bueno para el cielo.*

—*Voy a pedir a nuestra Madre inmaculada... que te dé sus consuelos.*

—*No, replica la enferma, nada de consuelos, sino fuerza y paciencia* (L 599. Testimonio del abate Febvre).

Se acuerda entonces de la bendición que Pío IX le había otorgado para la hora de su muerte. Y quiere tener aquella hoja en sus manos, *a fin de recibir su aplicación. Se le hace observar que ello no era necesario, que bastaba... con su intención, invocando el nombre de Jesús* (L 600).

En ese momento intentó incorporarse un poco apoyando su mano derecha en el brazo del sillón, alzó su mirada al cielo y se llevó la mano izquierda a la frente. Sus ojos tenían una expresión conmovedora, y permanecieron algunos instantes en un punto fijo. Los rasgos de su rostro expresaban calma, serenidad y al mismo tiempo una cierta gravedad melancólica. Entonces, con un tono de voz indefinible, indicando sorpresa más que dolor, y con emoción creciente, lanzó esta triple exclamación:

—*¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!*

Y experimentó un temblor en todo su cuerpo (L 601).

Son las dos y media.

A las tres menos cinco suena el reloj para las letanías, que la comunidad recita diariamente en la capilla. Bernadette *desea tomar un poco de reposo*. El confesor la deja. Las religiosas se retiran. Alguien sugiere a la agonizante este motivo de confianza:

—*La santísima Virgen bajará a vuestro encuentro.*

—*¡Oh sí!, yo lo espero.*

Hacia las tres de la tarde la enferma parecía víctima de las torturas de un sufrimiento interior imposible de expresar... Toma su crucifijo (el que monseñor de Ladoue le habla traído de Roma en 1877), lo contempla un instante amorosamente y después besa despacio una a una las llagas de Cristo (L 605).

Sor Nathalie, que llega en ese momento, la halla absorta en la contemplación de su crucifijo.

De repente [Bernadette] levanta la cabeza [...con] una mirada indefinible [...].

—*Mi querida hermana, perdonadme, rogad por mí... Rogad por mí.*

[Sor Nathalie] y las dos enfermeras caen de rodillas para rezar. La enferma se une a sus jaculatorias, que repite en voz baja (L 606).

Enseguida se recoge unos instantes, la cabeza inclinada hacia el lado de la hermana enfermera que está a su izquierda, y después con una

expresión de dolor y de supremo abandono, alza sus ojos al cielo, extiende sus brazos en cruz y lanza un gran grito:

—*¡Dios mío!* (L 607).

Un estremecimiento... recorre a las tres religiosas todavía arrodilladas.

Bernadette se une de nuevo a las oraciones de sus compañeras:

—*Santa María, madre de Dios...*

Se reanima entonces y repite por dos veces:

—*Santa María, madre de Dios, rogad por mí, pobre pecadora* (L 608).

Mira intensamente a sor Nathalie y tiende los brazos hacia ella. Esa hermana que había enseñado a los sordomudos, lee más allá de las palabras.

Y con su mirada interrogante responde a la mirada de Bernadette: *¿Qué esperáis de mí?*

No se ha pronunciado una sola palabra; pero la moribunda ha comprendido. Y dice *con voz fuerte:*

—*¡Es para que vos me ayudéis!* (L 609).

Sor Nathalie recuerda la promesa que habla hecho la víspera a Bernadette: *ayudarla a dar gracias a la Virgen hasta el final.*

Algunos instantes después la enferma, con un gesto expresivo, pide de beber. Hace un gran signo de la cruz, toma el frasco con la bebida tonificante que le ofrecen, toma unas gotas en dos intentos, e inclinando la cabeza, entrega dulcemente su alma (L 611).

Sor Gabrielle de Vigouroux, la enfermera, entra en ese instante:

—*Yo llegué a tiempo de recibir su último suspiro, que entregó muy dulcemente, apoyada en mi brazo. Tenía el crucifijo en su mano, apoyándolo contra el corazón. Creo que hasta se lo habían atado. Estaba inclinada sobre el lado derecho, pero cerraba los ojos. Recuerdo que me costó cerrarle el ojo derecho que se le abrió repetidas veces* (L 611).

Lasserre la vio muerta (lo anota Zola en su *Journal de Lourdes*, en 1892). Y dice *que estaba muy bella.*



Le enfermería de la Santa Cruz en que murió Bernadette



Sillón en que murió Bernadette



Si el grano
que cae en la tierra
no muere,
queda solo.
Si muere,
prduce
mucho fruto



DIARIO DEDICADO A LA REINA DEL CIELO (1866)

¡Qué dichosa era mi alma, oh mi buena madre,
cuando tuve la felicidad de contemplaros!
Me gusta recordar aquellos dulces momentos
pasados bajo vuestros ojos
llenos de bondad y de misericordia por nosotros.

Sí, mi tierna madre, vos os habéis rebajado hasta la tierra
para apareceros a una débil niña,
[...], vos, la reina del cielo y de la tierra,
habéis querido ser de lo que había de más humilde,
según el mundo.

Bernadette, Diario dedicado a la reina del cielo. 1886.

SIGLAS

Este libro está destinado al gran público. Las referencias se han reducido al mínimo. Con ellas se remite al lector a las obras fundamentales en que podrá encontrar las pruebas, fundamentos y complementos detallados. Las abreviaturas empleadas son las siguientes:

A Legajo de los archivos Cros. Citamos sobre todo A III, A VI y A VII: Minutas de la encuesta 1878-1880.

ANDL *Annales de Natre Dame de Lourdes*.

Arch Archivos.

Azun T.M.J. Azun de Bernéas, *La Groite des Pyrénées*, Larrieu, Tarbes 1061.

B R. Laurentin, *Bernadette vous parle*, Lethielleux, Paris 1972, 3 volúmenes, 432 y 448 pagó (biografía detallada).

Barbet J. Barbet, *Bernadette Souhirsous*, Pau 1909 (citamos la ed. De Tarbes 1923).

Cros L.J.M. Cros, *Histoire de N.D. de Lourdes*, Beauchesne, Paris 1927 3 volúmenes.

D R. Laurentin. *Documents authentiques* (en colaboración con B. Billet) 7 volúmenes. Lethielleux, Paris 1957-1966.

ESB A. Ravier, *Écrits de Sainte Bernadette*, Lethielleux, Paris 1961.

Guynot E. Guynot, *Sainte Bernadette*. La cifra que sigue indica la fecha de las distintas ediciones (donde los rasgos elegidos están en parte renovados).

H R. Laurentin, *Histoire authentique des apparitions*, 6 volúmenes, Lethielleux, Paris 1961-1964. Es la base para las apariciones.

L R. Laurentin y M.T. Bourgeade, *Logia de Bernadette*. Estudio crítico

de sus palabras desde 1866 a 1879 (3 volúmenes), Lethielleux, Paris 1971. El número que sigue a esa sigla indica el número de los logia. La mención p. está precisada formalmente donde es útil indicar la página.

R R. Laurentin, *Récit authentique des apparitions*. Lethielleux, Paris 1966 (resumen de H).

OG Olphe-Galliard, *Lourdes 1858. Témoins de l'événement*, Lethielleux, Paris 1957.

RC *Registre de contemporains*, 1907. Arch. Nevers.

RSL Recherches sur Lourdes. Obra editada en Lourdes por B. Billet.

V B. Billet, *Bernadette, Une vocation...* Lethielleux, Paris 1965.

[] Pasaje añadido por nosotros en la cita de un documento.

[...] Pasaje omitido en la cita de un documento.

Las ilustraciones están sacadas de la colección de R. Laurentin, de Von Matt, Durand y Viron.

1879 Centenario de Bernadette 1979

Santa Bernadette de Lourdes murió el 16 de abril de 1879. He aquí su centenario, a los 20 años del de las apariciones. Desde entonces no ha cesado de aumentar la importancia de la vidente en la peregrinación.

¿Quién es Bernadette? La hija de un molinero arruinado, al que en el colmo de su miseria meten en la cárcel; una pastora, una vidente, un testigo sorprendente: un pequeño David victorioso contra los numerosos Goliat asociados contra ella: una religiosa, una enfermera que terminó en 'el empleo de enferma', asumiendo su pasión de forma conmovedora. En torno a todo esto se ha mitificado mucho. La verdad es más bella que los mitos. Bernadette es una santa, simple y llanamente. Y revela la santidad de los pobres, recibida de buena fuente. Esa santidad desconocida estaba ya en ella mucho antes de las apariciones.

Tras 20 años de estudios y 25 volúmenes de publicaciones científicas que sientan autoridad, René Laurentin, profesor en la Universidad católica, doctor en Letras, y también periodista, ha escrito una vida transparente y sencilla como Bernadette, según la consigna que ella dio a los futuros historiadores, en su lecho de muerte: "Cuanto más sencillo se escriba, mejor. A fuerza de querer adornar las cosas, se las desfigura."

"Nada de novelado... un estilo ágil, una historia... viva; deseo que sean muchos los cristianos que lean este libro, que con toda razón es el libro del centenario".

(Prefacio de monseñor Donze, obispo de Tarbes y Lourdes).

Cubierta: Rerato de Bernadette en azul, conservado por los descendientes de Jean Soubirous, primo de Bernadette (foto Durand).